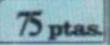


los más bellos romances del mundo

—Ir a almorzar está bien; cenar, quien sabe, pero eso de involucrarte con un hombre que te dobla la edad...

No hay edad para el amor

Anne Mather



En Harmex: No hay edad pdara el amor (Colección Jamín)
Título Original: Caroline, 1977, Mills & Boon Ltda.
Sello / Colección: Jazmín 37
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Adam Steinbeck y Caroline Sinclair

"Cuidado Caroline, estás jugando con fuego. Para un hombre rico como Adam Steinbeck, las mujeres no son más que juguetes. Y tú estás cayéndo dentro de la trampa. Además es imposible que un hombre glamoroso como él no sea casado y con un tropa de hijos" —le decían sus amigas a Caroline, preocupadas por su relación cada vez más íntima con el poderoso jefe de la empresa donde ella trabajaba.

Sin embargo Adam no era casado, era viudo y padre de un muchacho de la misma edad de Caroline y que no dudo un sólo momento en mostrar interés por ella.

CAPITULO I

Adam Steinbeck pasó rápidamente por las puertas de vidrio del edificio de la Steinbeck Corporation, en Park Lane, en el centro de Londres. Era un hombre alto de hombros anchos, vestía un pantalón oscuro y un abrigo de piel de carnero, mostraba mucho poder y seguridad. Cuando ya había entrado, además de los buenos días acostumbrados de los porteros y de la recepcionista, se creo en el ambiente una leve sensación de inquietud, y Adam respondió al saludo con una sonrisa seca. Sabía perfectamente que, al desaparecer del recibidor, una llamada apresurada avisaría a los miembros de su equipo que él se encontraba en el edificio. Raramente iba a la oficina por la mañana. Entró en el ascensor y, cuando la puerta estaba casi cerrándose, oyó la voz de alguien muy joven.

—Oh, por favor, ¡espere un instante!

Con un leve fruncimiento del entrecejo, Adam vio a una chica cruzando apresuradamente el portal en su dirección. Tenía cabellos largos, lisos y rubios, un cuerpo alto y esbelto, traía un abrigo de lana azul marino y su bolsa de mano.

Su comportamiento dejaba claro que ella no tenía la menor idea acerca de la identidad de Adam, y los trabajadores lo miraron a él, perturbados, el movió los hombros con indiferencia, alejándose un poco para que la chica entrara en el ascensor.

—Mucha gracias —ella agradeció, con una sonrisa. Adam cerró la puerta.

—Usted trabaja aquí? —preguntó, dudando que ella fuera empleada de su firma. Ya eran casi las nueve y media de la mañana; obviamente, ella estaba atrasada.

—Sí —respondió la joven, esforzándose por normalizar su sofocada respiración—. Trabajo en la central de mecanografía. En el sector de la Srta. Morgan.

—Queda en el tercer piso, ¿no es así?

—Exacto. Estoy terriblemente atrasada, y ella con toda la certeza va a llamarme la atención. Pero nosotros simplemente no oímos el despertador sonar hoy en la mañana, a pesar de que Mandy jura que lo ajustó anoche.

—¿Mandy?

—Amanda Burchester, la chica que vive en el apartamento conmigo. Bien, no llega a ser un apartamento de verdad, son sólo dos cómodos cuartos. Amanda está aprendiendo a ser aparadorista en las Tiendas Bailey.

—Comprendo. —Adam se sintió extrañamente atraído por la chica. Era tan diferente de las mujeres que él conocía y, como no sabía quien era él, hablaba libremente, sin ninguna inhibición.

—Nunca lo vi a usted antes —continuó ella, levantando la mirada hacia él—. Si lo hubiera visto, tengo la seguridad de que me acordaría. Todos los hombres que conozco son de mi estatura. Tengo un metro y setenta y cinco, pero cerca de usted parezco baja.

—Gracias, si eso fue un elogio. Creo que este es su piso, ¿no?

—¡Cierto! Sólo me faltaba olvidarme de descender aquí.

—Yo no dejaría que eso ocurriera —dijo Adam.

—¿Usted trabaja aquí también? Entonces, está atrasado como yo. Estoy aquí desde hace sólo dos semanas, por eso aún no conozco a todos los empleados —explicó ella, saliendo del ascensor.

—Sí, también trabajo aquí —respondió él, con una leve sonrisa—. Espero que usted no tenga muchos problemas con su jefe.

—Yo también lo espero —ella habló, con un suspiro—. Bien, hasta luego. Tal vez nos encontremos otra vez cualquier día de estos.

—Es posible —Adam dijo y cerró la puerta del ascensor, antes de apretar el botón que lo llevaría al último piso del edificio. Su oficina estaba localizada en la última planta del edificio, justamente con las oficinas de los directores y el imponente salón de reuniones.

Adam tenía su propio equipo de mecanógrafas y un asistente personal, John Mercer, que ocupaba la oficina al lado de suya.

Al entrar en la antesala de su oficina, vio a su secretaria particular trabajando diligentemente, como si no percibiera su llegada.

Laura Freeman tenía treinta años y trabajaba para él había más de diez. El peinado severo, que generalmente confería un aire de austeridad a la mayor parte de las mujeres, funcionaba de manera diferente en Laura, subrayando la belleza clásica de sus rasgos y dándole una apariencia de serenidad. Adam conocía muy bien los sentimientos que su secretaria fomentaba por él, pero no se sentía personalmente atraído por ella. Las relaciones entre ambos permanecían en un plano puramente profesional, lo que causaba un cierto dolor a Laura. Cuando cerró la puerta, ella levantó la mirada y al verlo se levantó inmediatamente.

—¡Sr. Steinbeck! —exclamó, como si estuviera sorprendida por la presencia de él—. No lo esperábamos hoy por la mañana aquí en la oficina.

—Oh, vamos, Laura —dijo Adam, en un tono de leve reprimenda, mientras cruzaba el recinto en dirección a su recinto—. Dudo que el personal de la entrada no haya llamado a acá aún. Yo casi pude oír los teléfonos sonando mientras subía el ascensor.

—La correspondencia está sobre la mesa —le informó—. ¿El señor quiere dictarme algo?

—No se moleste de momento, yo la llamaré cuando fuera necesario. Ah, Laura, por favor, telefoneé a la srta. Morgan. Quiero hablar con ella inmediatamente.

—¿La srta. Morgan de la central de mecanografía? —preguntó Laura, espantada.

—¿Existe alguna otra? —respondió Adam, entrando en su oficina y cerrando la puerta tras de sí.

Caroline Sinclair estaba tomando el desayuno en compañía de una compañera, Ruth Weston, también mecanógrafa. Eran diez y treinta. A esa hora, las mecanógrafas tenían siempre un descanso de diez minutos para tomar café.

—Pago diez centavos por tus pensamientos —dijo Ruth, forzando a Caroline a salir de sus divagaciones.

—No es nada importante. Estaba sólo tratando de entender por qué la srta. Morgan fue tan comprensiva conmigo hoy. Cuando llegué atrasada por primera vez, se puso furiosa. Pero hoy simplemente dijo que sabía que los despertadores a veces no funcionaban y me pidió para que me apresurara para evitar una acumulación de trabajo.

Ruth, que ya tenía diecinueve años y que era dos años más vieja que Caroline, arqueo las cejas.

—¡Cielos! —exclamó—. Has estado aquí sólo dos semanas, y yo nunca vi la srta. Morgan comprender que alguien pueda perder la hora. Mucho menos si se tratase de una empleada nueva. Tal vez ella, finalmente, haya conseguido un novio.

Caroline rió.

—¡Ruth! ¡Cuidado, ella puede oír lo que estás diciendo! Ah, eso me hizo acordarme de una cosa: hoy en la mañana, yo subí al ascensor con uno de los hombres más bien parecido que yo haya visto en toda mi vida.

—¿De verdad? —preguntó—. ¿Joven, viejo o más o menos?

—Debía tener unos treinta y pocos años, calculo —respondió Caroline.

—Muy viejo para ti, ¿no? —indagó Ruth, con una poco de reprobación.

—¿Y qué? —replicó Caroline—. Yo prefiero hombres maduros. No me gustan los jovencitos. Siempre tengo ganas de bostezar cuando ando con ellos.

—¿Y como era el tal hombre? ¿Alto o bajo? ¿Con o sin barriga?

—Alto, de hombros anchos y muy atractivo —murmuró Caroline, sonriendo—. Sus cabellos eran negros, bien cortados y gruesos. Él es exactamente lo que yo llamo un hombre atractivo.

—¡Oh, Caroline! ¡Debes estar jugando! Hablar de ese modo de un hombre que probablemente es lo suficiente viejo como para ser tu padre. Yo creo que Mark Davidson debería hacer más tu clase. Él está intentando convencerte de a salir con él, no es así?

—Mark Davidson no pasa de ser un colegial un poco más crecido,

Ruth. Y lo peor es que él se califica como el gran presente de Dios para todas las mujeres.

Mark trabajaba en un otro departamento, en el mismo edificio, y ya había salido con casi todas las chicas de la central de mecanografía, inclusive con Ruth. Caroline, en la condición de novel, estaba actualmente ganando las atenciones de él, pero ella no estaba interesada.

—Bien, no importa —prosiguió Ruth—. A fin de cuentas, ¿quien es ese hombre? ¿En que piso él descendió del ascensor?

—No sé. Cuando yo descendí, él continuó subiendo —respondió Caroline—. Tu conoces a todos los hombres que trabajan aquí en este edificio?

—No, no a todos —habló Ruth—. Existen tantos departamentos diferentes. Pero es claro que conozco a muchos de ellos de vista, por lo menos.

El pequeño apartamento que Caroline compartía con Amanda quedaba en una vieja mansión, adaptada para poder recibir muchos inquilinos y localizada en un callejón, con una única salida para King's Road. Anteriormente, la mansión fue una residencia de una señora noble y, ahora, reformada, abrigaba diversas personas. Los padres de Caroline murieron en un accidente de automóvil cuando ella tenía sólo tres años de edad, y ella fue criada por una vieja tía. Hacia seis meses, cuando Amanda descubrió el apartamento, invitó Caroline a vivir con ella. Caroline estaba entusiasmada, pues tía Bárbara, aunque era una dulce viejecita, no era la compañía ideal para una chica. La tía, por su parte, se mostró muy comprensiva y permitió que Caroline experimentara la libertad. Las dos jóvenes se conocían desde los tiempos de la escuela primaria y creían que iría a ser muy divertido dividir un apartamento.

Caroline era menos extrovertida, pero Amanda tenía un flujo constante de pretendientes y novios, algunos de los cuáles acababan desviando sus atenciones a Caroline. Sin embargo, el hecho de ella ser muy alta, frecuentemente provocaba una reducción de intereses de esos jóvenes; además de eso, era claro, que los jóvenes que Amanda juzgaba atractivos no siempre lo eran para Caroline. Amanda tenía cabellos pelirrojos y dieciocho años de edad. Sus padres vivían actualmente en el norte de Inglaterra, y ella no quiso salir de Londres cuando ellos lo hicieron. A causa de ese cambio de los padres, Amanda fue obligada a buscar un apartamento para sí misma.

Los jóvenes tenían una importancia secundaria para Caroline. A ella le gustaba mucho leer y visitar galerías de arte. Veía casi todas las exposiciones y adoraba todas las oportunidades de informarse mejor acerca de los artistas. Además de eso, a ella también le gustaba mucho

la música clásica, y Amanda nunca consiguió comprender como su amiga era capaz de pasar una noche entera bailando locamente en una discoteca y en la noche siguiente extasiarse con El Concierto para Piano y Orquesta de Grieg.

Al despertarse, cierta mañana, Caroline fue a la ventana y percibió que una espesa neblina imposibilitaba casi toda la visibilidad. Bien deprisa, cerró nuevamente las pesadas cortinas y soltó un suspiro profundo. Después miró a Amanda, que hacía muecas, perturbada por la luz que Caroline había encendido.

—Vamos, levántate, Mandy —dijo Caroline, con la voz aún embargada por el sueño—. La neblina allá fuera parece intrascendente, y sólo Dios sabe cuanto tiempo emplearemos para llegar al trabajo.

—¡Oh, Dios! —murmuró Amanda, en un tono de gran dolor—. Yo no estoy bien, Caroline.

—Yo tampoco lo estoy —respondió Caroline, mirando rápidamente en dirección de su amiga, antes de dirigirse al baño, para cepillarse los dientes.

—Estoy hablando en serio —insistió Amanda, con voz ronca, volviendo a recostarse en las almohadas—. Creo que cogí una gripe. Yo siempre me quedo constipada en noviembre.

—Vamos a trabajar, chica —Caroline llamó, mientras llenaba la tetera de agua en el grifo que existía en el pequeño borde de la sala, que ellas habían transformado en cocina.

—Creo que no lo voy a conseguir —replicó. Amanda—. Caroline, por favor, prepáreme una taza de té con algo de jerez.

—Claro que sí —concordó Caroline, apresurándose en atender al pedido de la amiga—. Voy a tener que ser rápida, sino llegaré retrasada al servicio más una vez.

—No te preocupes por eso —refunfuñó Amanda—. A fin de cuentas, nadie puede exigir puntualidad en una mañana como esta. Además, es posible que consigas encontrar al hombre de tus sueños.

—¡Mandy, eres incorregible!

Cuando el té estuvo listo, Caroline gritó a Amanda, que continuaba acostostada:0

—¿Quieres comer algo?

—No. Quiero sólo una aspirina —respondió, apenas—. Creo que, el que me quede en la cama y duerma durante el día entero, ayudará a que esté buena.

—Pero no exageres —dijo Caroline, con severidad—. Voy a intentar venir hacia a casa en la hora del almuerzo para prepararte algo para que comas. —Le dio el té—. ¿Donde guardas las aspirinas?

Algunos minutos más tarde, Caroline, antes de salir hacia el

trabajo, comprobó que Amanda tenía todo lo que pudiera necesitar. El tiempo no fuera suficiente para que ella tomara su desayuno, siendo así, se contentó con una taza de té, sorbido rápidamente. Allá fuera el frío era intenso. La neblina cubría todo de melancolía, y saber que los largos meses de invierno apenas habían comenzado no era muy agradable. Se quedó parada en la parada del autobús, hasta que, finalmente, uno apareció, y ella lo tomó, quedando oprimida entre los pasajeros. El vehículo se movía lentamente en medio del tráfico congestionado. Eran nueve y cuarenta y cinco cuando consiguió llegar a la entrada del Edificio Steinbeck. Tenía la seguridad de que de esa vez su atraso no sería perdonado y de que sería despedida. Finalmente, era el tercer atraso en poco menos de un mes de trabajo en la firma. La situación era seria. Al atravesar el recibidor, se sintió pequeña y amedrentada.

No había ni rastro del simpático desconocido que ella, más o menos inconscientemente, había esperado encontrar, y la srta. Morgan estaba tan irritada como ella había imaginado que estaría.

Caroline apenas había entrado por la puerta, cuando sintió los ojos de su jefa mirándola impasiblemente.

—¿Usted se percató, Caroline —gritó ella—, que, durante un periodo de sólo tres semanas, usted consiguió llegar tres veces atrasada?

—Sí, srta. Morgan —respondió Caroline, con esfuerzo.

—Es que la chica con la que comparto el departamento amaneció con gripe, y yo no pude salir de casa sin antes hacerle por lo menos una taza de té.

—Guarde sus disculpas y explicaciones para el jefe del departamento de personal —replicó ella fríamente—. Esta vez, estoy firmemente resuelta a enviar su caso a la administración. No admito su comportamiento relajado. ¡Ya está fuera de mi control!

—Pero srta. Morgan… —Caroline intentó explicar más una vez.

—No estoy interesada en lo que tenga que decirme —habló su jefa —. Vamos a acabar con este desperdicio de tiempo. Vaya hacia la máquina de escribir y haga su trabajo.

Caroline se aproximó de su mesa, sintiendo que las lágrimas estaban muy próximas. Percibió que Ruth la miraba con simpatía, pero no tuvo el coraje de retribuir el gesto. Además de todo, la neblina persistía, y Caroline comenzaba a considerar las consecuencias que correría durante la hora del almuerzo, yendo hasta su departamento para cuidar de Amanda y después volviendo a la brevedad a la oficina. Todo eso en sólo una hora.

Ella fue llamada a la sala del sr. Donnelly a las once horas. El sr. Donnelly era el jefe del departamento personal, y cuando Caroline lo conoció por primera vez, en ocasión de su entrevista, antes de ser

admitida en la firma, lo halló simpático y agradable. Ese día, sin embargo, él estaba lejos de ser un hombre agradable. Después de oír las lamentaciones de Vera Morgan, él estaba irritado, y la insinuación de que él, probablemente, estaba perdiendo el dominio de sus excelentes calidades profesionales, de lo contrario no habría contratado Caroline Sinclair, no había ayudado a mejorar su estado de ánimo.

—Caroline Sinclair, ¿usted ya intuyó que yo podría la despedirla inmediatamente a causa de eso? —indagó él, nervioso—. Usted no dio valor alguno a la confianza que le fue depositada. Principalmente a la confianza que le demostré. Soy responsable por su contratación. Y, actuando de esa manera, usted está simplemente comprometiendo mi recomendación!

—¡Oh, no, sr. Donnelly! —exclamó Caroline—. En situaciones normales, soy una empleada puntual. El caso es que mi compañera de departamento amaneció con gripe, y yo tuve que cuidar de ella antes de salir de casa. Y con esa neblina…

—Usted me colocó en una situación extremadamente desagradable —dijo él después de algún tiempo. Suspiró profundamente. La preocupación de ella era más que obvia, y era evidente también que ella no quería perder el empleo—. Muy bien, entonces —decidió él—. Voy darle una oportunidad más. Sin embargo, cualquier fallo suyo en relación al horario significará su desligamiento inmediato de la empresa. ¿Está bien claro?

—Sí, señor —respondió Caroline, con el corazón en ritmo acelerado. ¿Como iría a arreglarse en la hora del almuerzo? Se sintió tentada a preguntar si él podría darle quince minutos de tolerancia, pero decidió no arriesgarse. El sr. Donnelly había sido muy justo, y un pedido de esa naturaleza sería demasiado, incluso para él. En cuanto a pedir el permiso de llegar quince minutos más tarde a la srta. Morgan… ni pensarlo. Cuando volvió a su mesa, pasó a hacer el trabajo de manera automática. Mentalmente, calculaba el tiempo necesario para hacer todo lo que era preciso. Una hora no iba a ser suficiente. Ella gastaría casi la mitad de ese tiempo sólo para llegar a casa, y eso si tenia suerte de coger un autobús. En cuanto al regreso…

En la hora del almuerzo, Ruth fue para el comedor, mientras Caroline descendió corriendo las escaleras, no preocupándose en esperar por el ascensor. Apresurada, atravesó la entrada y salió por las puertas de vidrio. La neblina ya no estaba tan densa como por la mañana. En su prisa por llegar a la parada del autobús, Caroline chocó contra un hombre que venía en sentido opuesto.

—¡Oh! Yo siento mucho —comenzó ella a decir, pero paró cuando vio con quién estaba hablando—. ¡Ah! Es usted! —Era el hombre del ascensor.

—¿Srta. Sinclair? —preguntó él.

—Sí, pero… ¿como sabe mi nombre?

Él sacudió los hombros e ignoró la pregunta de ella.

—Parece que usted anda con mucha prisa.

Caroline se acordó que estaba perdiendo tiempo y sonrió.

—Pues lo estoy. Es una historia larga demasiado para contarla ahora, pero yo casi perdí el empleo hoy en la mañana y ya estoy arriesgándome otra vez. Tengo la seguridad de que voy a llegar atrasada por la tarde. —Soltó un suspiro profundo.

Adam pensó durante un instante y después dijo:

—Tal vez yo pueda acercarla…

—¿Acercarme? —Caroline estaba incrédula—. ¿En coche?

—Yo no estoy ofreciéndome para cargarla en mi espalda —él habló secamente.

Ella comenzó a reír.

—Pero usted no va a la misma dirección que yo —argumentó Caroline.

—Eso se puede cambiar sin problema alguno. Mi coche está estacionado ahí. Si usted quiere que la acerque, sólo dígalo.

—Gracias! —exclamó ella, aliviada—. Acepto.

—Muy bien. —Adam colocó su mano en el codo de ella y la guió rápidamente por la calle transitada.

Caroline era consciente de la proximidad física de él y también de su apariencia atractiva. El coche era un Rolls–Royce. Al volante estaba un conductor uniformado. Cuando Adam se aproximó, él saltó del coche y preguntó:

—¿Tan pronto, señor?

—Pues es si, Jules —respondió el compañero de Caroline, con voz pausada—. Pero yo pretendo conducir. Suba a la oficina y explique que tengo otro compromiso y que probablemente voy atrasarme bastante.

—Si, señor —dijo el empleado. Cuando el conductor se alejó, Caroline miró curiosa al hombre a su lado. ¿Quién sería él para poder darse al lujo de tener un Rolls–Royce con conductor particular?

Adam sonrió cuando percibió que ella estaba un poco nerviosa.

—No me mires con ese aire tan preocupado —dijo él—. Yo puedo garantizarte que el coche es mió.

—No estoy dudando de eso —replicó ella, suspirando y permitiendo que él la ayudara a acomodarse en el asiento. Después de cerrar la puerta, dio la vuelta y se acomodó al lado de ella.

—Y ahora —Adam comenzó a decir, antes que ella tuviera tiempo de formular cualquier pregunta —, ¿para donde quieres que te lleve?

Caroline le dio su dirección y se quedó dudando si él estaría o no, esperando una invitación para entrar en cuanto llegaran allá. Ella

esperaba que él no quisiera entrar. El edificio antiguo no era exactamente del tipo que ella habría escogido libre y espontáneamente.

El recorrido que él hizo, pasando por algunas calles que Caroline no conocía, los llevó hasta su casa en un instante. Como ellos habían evitado las avenidas principales, el tráfico no estaba congestionado, y, a pesar de que Caroline estaba segura de que nunca encontraría otra vez su camino en medio a toda aquella neblina, era obvio que ese hombre conocía Londres muy bien. Ellos no conversaron mucho durante el recorrido, y, cuando el estacionó el coche, Caroline intentó descender lo más rápidamente posible.

—Un momento —dijo él—. ¿Cuanto tiempo va a quedarse ahí?

—Yo no puedo quedarme mucho tiempo —respondió Caroline, desconfiada y con los ojos levemente turbados.

—Entonces la espero —dijo él sorprendiéndola. Caroline se quedó impresionada. Murmurando un rápido "gracias", salió del coche, cerró la puerta con cuidado y se alejó corriendo en dirección a la entrada del edificio. El departamento quedaba en el primer piso, e inmediatamente después ella estaba abriendo la puerta y entrando. Consultó el reloj y constató que aún le sobraban cuarenta y cinco minutos.

Amanda continuaba acostostada, un poco febril.

—¿Eres tu, Caroline? —preguntó, con voz nasal.

—¿Por qué? ¿Estás esperando a alguna otra persona? —replicó Caroline, alegre—. ¿Como te sientes? —Entró en el cuarto.

—No tan bien como me gustaría —respondió Amanda, forzando una sonrisa. —Llegaste pronto. ¿Crees que podría tomar sopa? Estoy con hambre.

—Creo que no hay problema alguno —dijo Caroline, quitando los guantes—. Si andas con apetito, es señal de que estás recuperándote. —Se dirigió deprisa para la cocina, llenó la tetera de agua y la puso en el fuego, antes de abrir la lata de sopa. Cuando el agua de la tetera comenzó a hervir, intercambió el agua de la bolsa de Amanda y aprovechó para hacer más algo de té. Después, colocó la lata de sopa dentro de una olla con agua, para calentarla en baño–María.

—¿Tuviste problemas en la firma hoy por la mañana? —preguntó Amanda, con su voz nasal, cuando Caroline colocó una bandeja con sopa caliente, tostadas y té delante de ella.

—Bien, yo aún no fui despedida —dijo Caroline, huyendo de la pregunta. No quería que Amanda se preocupara por ella. Cuando le contara que había aceptado que la llevará un hombre desconocido. Bien, eso era totalmente imposible Amanda iría a pensar que ella era una perfecta tonta, a fin de cuentas, ella nada sabía acerca de él.

—Necesito irme —dijo Caroline rápidamente—. Yo no quiero

llegar retrasada otra vez.

—Pero, Caroline, aún tienes media hora y no has comido absolutamente nada.

—Yo estoy sin apetito —mintió Caroline, sintiendo un vacío en el estómago—. De cualquier manera, si sintiera hambre, siempre puedo tomar un bocadillo allá en el comedor de la firma.

—Como que quieras. Muchas gracias por todo y cuidado en el camino. Vamos a rogar para que yo esté mejor en la noche. Tengo un compromiso con Ron Bon Cartwright —que era su actual novio. Un reportero novel del Daily Southenner, que se comportaba como si fuera, como mínimo, el editor en jefe. Esa era la opinión de Caroline.

—Quítate esa idea de la cabeza, tú no vas a salir —dijo Caroline, indignada—. La temperatura allá fuera es baja, además de eso, la humedad y la neblina sólo van a hacer empeorar tu gripe.

—Está bien, está bien, fue sólo una idea —expresó Amanda.

—Pues es mejor que olvides esa idea loca —afirmó Caroline, con una sonrisa—. Yo necesito irme ahora. —Fue hasta la puerta—. Espero estar de vuelta hasta las cinco y media.

—No te pierdas en el camino.

Caroline descendió las escaleras corriendo y llegó a la calle. El frío la dejó entumecida y, sintiéndose muy nerviosa, se aproximó al coche. En su ausencia, Adam había maniobrado el coche y, cuando ella lo alcanzó, él abrió la puerta por dentro, y Caroline entró y se sentó al lado de él.

—Muy bien —dijo Adam, mientras ella cerraba la puerta—. ¿Le dio tiempo para hacer todo lo que quería?

—Si, sí, señor —respondió Caroline respetuosamente. Él frunció a ceño.

—¿Por qué estás llamándome de señor ahora?

Caroline encogió los hombros.

—Bien, el señor debe ser alguien bastante importante para tener un coche como este —respondió ella, con bastante cuidado—. Yo no sé quién es, y, si me permite decir esto, el señor tampoco parece estar muy interesado en contarme. ¿Es casado y anda con miedo de que su esposa descubra alguna cosa? Oh, ¡espero que esto no haya sonado como una ofensa!

—No soy casado —afirmó él—, y usted puede llamarme Adam. ¿Esto la deja satisfecha?

—Sí, señor… quiero decir, sí, Adam —respondió, sintiéndose una tonta. Él conectó el motor, y el coche se alejó de la banqueta. Cuando llegaron a la avenida, sin embargo, él giró el coche para el sentido opuesto, y Caroline advirtió que ellos no estaban iban en dirección al Edificio Steinbeck.

—¿Para donde está llevándome? —preguntó, intentando parecer

tranquila, a pesar de estar temblando interiormente.

—A un mesón que yo conozco cerca de Lingston —respondió él naturalmente—. Imagino que aún no has comido. Durante un buen almuerzo, vas a contarme todos tus problemas.

—Pero yo necesito estar en la oficina dentro de veinte minutos —argumentó—. Por favor, lléveme de vuelta.

—No te preocupes con eso —murmuró él, encontrando graciosa la expresión del rostro de ella—. Prometo que hablaré personalmente con la srta. Morgan, cálmese.

El cuerpo tenso de Caroline, de pronto, se quedó lánguido. Que podía hacer ahora? Fue una tonta y estaba pagando por eso. Adam podía hacer con ella lo que quisiera! Llevarla para donde bien entendiera! La culpa era sólo de ella, por haber confiado en él. A causa de eso, se quedó aún más atónita cuando, algún tiempo más tarde, el potente vehículo pasó por los portones de hierro batido de una entrada que llevaba la una imponente fachada de una casa de campo. Sobre la puerta principal pendía un letrero con el nombre del mesón: "La Tetera de Cobre". Observando la entrada de ellos, el maître se aproximó rápidamente para saludarlos.

—¿La mesa de siempre, Sr. Steinbeck? —preguntó educadamente, al mismo tiempo que sus ojos examinaban el abrigo de lana azul de Caroline, llegando a la conclusión de que el material no era de primera calidad.

—Sí, gracias, André —respondió Adam, pretendiendo dirigirse a la mesa. Pero Caroline había quedado como si estuviera petrificada al oír las palabras del maître.

—Steinbeck —susurró ella, la voz invadida de espanto—. ¡Oh, cielos!

El restaurante estaba lleno, pero una mesa al lado de la ventana esperaba por ellos. André se encargo de instalarlos confortablemente y después presentó la carta con gestos refinados. Muchos de los presentes saludaron Adam y Caroline, que ahora, sabiendo quienes era él, se sentía contrariada y desplazada. A ella le gustaría que él no fuera alguien tan importante. Si Adam fuera una persona común, tal vez pudiera interesarse por ella. Sin embargo, ahora que sabía su identidad, tenía la certeza de que cualquier interés por parte de él no pasaría de mera curiosidad. Ella debía haberlo adivinado todo, el día en que lo encontró en el ascensor. Por el corte impecable de sus ropas, él no podría ser un empleado.

Adam le preguntó se tenía preferencia por algún plato especial. Caroline sacudió la cabeza y se quedó aliviada cuando dijo que él escogería por ella. Caroline no tenía la menor idea de que hacer con aquella extensa carta. Cuando terminó de pedir los platos al camarero, apareció un segundo camarero con la lista de vinos, lo que llevó a una

segunda discusión acerca de los méritos de cada cosecha. Mirando en torno, Caroline se sintió extremadamente consciente de las limitaciones del vestido rojo tipo jardinera, que usaba sobre una blusa blanca. Ella estaba correcta de ser el motivo de las conversaciones de todas aquellas mujeres elegantemente trajeadas. Debían estar tejiendo conjeturas acerca de los posibles motivos que llevaron a un hombre como Adam Steinbeck a almorzar con ella, cuando era obvio que él estaba mucho más acostumbrado a convivir con personas de la alta sociedad.

De pronto, sus miradas se encontraron. Adam percibió que ella lo estaba observando fijamente. Caroline intentó disfrazarlo y tomó un trago del martíni. El resultado era previsible, y ella se atragantó. Su tos llamó la atención de todo el mundo. Adam, sin embargo, no se perturbó y dijo suavemente:

—Creo que usted no deberías beber, ¿no es así?

Caroline enrojeció nuevamente.

—Tengo casi dieciocho años —respondió, enredada.

—Casi. No es suficiente —afirmó él—. Sin embargo, aquí y ahora, sólo nosotros dos sabemos que estamos infringiendo las leyes, por lo tanto, no hay ningún mal en esto.

—¿Por qué no me dijo inmediatamente que era Adam Steinbeck? —preguntó ella después de una pausa.

Él hizo un movimiento con los hombros.

—Para mí fue una experiencia nueva ser tratado como un simple empleado de la firma. Lo encontré muy agradable.

—Yo nunca sé cuando está hablando en serio o no —dijo ella, revelando su juventud y su vulnerabilidad.

—¿No sabes? —Sonrió él—. Tal vez hasta sea bueno —añadió enigmáticamente.

—Tengo la impresión de que te gustó el almuerzo —dijo él, cambiando de asunto.

—¡Si mucho! —exclamó Caroline—. ¡Fue fabuloso! Nunca comí como hoy, en un lugar así—. Enrojeciendo dijo—. Debo parecer bien tonta.

—No. Sólo muy joven —replicó él, con voz suave.

—Ahora, cuénteme lo que sucedió hoy por la mañana.

—Ah, mi atraso… —habló, haciendo una mueca—. Amanda amaneció constipada, y, antes de salir de casa, tuve que tomar una serie de medidas para tener seguridad de que no iría a necesitar de alguna cosa. Sólo me quedé sabiendo que ella no estaba pasando bien cuando me desperté, por eso llegué atrasada. La neblina también entorpeció el tráfico, y, al entrar en la central de mecanografía, la srta. Morgan estaba furiosa. Yo no le quito la razón a ella, pues ya eran casi diez horas. Intenté explicarle, pero ella rechazó oírme y fue a quejarse

al sr. Donnelly. A las once, él me llamó y, a pesar de estar furioso, creo que comprendió lo ocurrido. Sabe, la srta. Morgan es bastante agresiva, y el pobre desgraciado se queda sin saber cual es la mejor actitud a tomar.

—¿Es verdad? —Adam parecía estar intrigado. De pronto, Caroline se acordó con quien estaba conversando. Perturbada, añadió rápidamente:

—Usted no va a crear problemas a causa de eso, ¿verdad? Realmente no me gustaría crear problemas para nadie.

—No se preocupe. Prometo que voy a considerar todo lo que usted me dijo confidencialmente. Aún así, creo que la srta. Morgan debería controlarse un poco. —Rió, satisfecho—. Entonces, Donnelly resolvió no despedirla, no es así?

—Sí. Con la condición de que yo nunca más llegue atrasada. Si esto sucediera, seré cesada inmediatamente. —Ella consultó el reloj—. Lo que ahora ya parece una broma. ¿Sabes que son casi las tres de la tarde?

Él se recostó perezosamente, observando la expresión perturbada en el rostro de ella.

—Yo ya te dije que no debes preocuparte por eso. Tengo la certeza de que no vas a ser despedida hoy. Te doy mi palabra.

—Honestamente, esto más parece ser un loco sueño. Aún no puedo creer que sea verdad. Sé que estoy aquí sentada, pero todo me parece demasiado fantástico.

—Pero te está gustando, ¿verdad? —preguntó, interesado.

—¿Como podría no gustarme? —replicó, suspirando—. ¡Fue todo tan maravilloso!

—Entonces, estoy feliz —dijo él—. ¿Vamos?

Algunos minutos después, estaban dentro del Rolls, en camino a la ciudad. Caroline se sentía extrañamente deprimida. Todo fue tan excitante e inesperado y ahora se aproximaba del fin. Poco después, llegaron al Edificio Steinbeck, y Adam estacionó el coche en el mismo lugar donde estaba antes, aparentemente el lugar estaba reservado para él. Cuando el coche paró, Caroline, en un impulso, se volvió a él.

—Yo realmente no sé como agradecerte —dijo—. Fue un almuerzo fabuloso, y sólo espero que no haya estado demasiado torpe.

Adam sonrió y apoyó los brazos sobre el volante.

—No molestaste ni un poco —respondió de buen humor—. Escucha, ¿aceptarías una invitación a cenar conmigo una noche de estas?

Caroline quedo sorprendida y con la boca abierta.

—¡¿Yo?! —exclamó—. Oh, yo… ¿Estas seguro de que eso es realmente lo que quieres?

Adam continuaba sonriendo.

—¿Crees que si yo no quisiera te invitaría? ¿Que tal mañana?

Caroline no ocultó el regocijo. De pronto, aquel día sombrío se hizo casi soleado.

—Yo acepto.

—Perfecto. Estaré esperándote delante de tu edificio a las siete de la noche. ¿O será demasiado temprano?

—Para mí parece perfecto —respondió ella—. Es mejor que suba ahora.

—Espera un poco – le pidió él, saliendo del coche. —También tengo que entrar. Y estoy bastante atrasado.

—Pero usted no querrá ser visto conmigo —ella protestó y se quedó sorprendida con el cambio que ocurrió en el rostro de Adam, hasta entonces de buen humor.

—¿Tienes alguna objeción? —preguntó.

—¡Claro que no! —respondió ella.

—Entonces, nunca más repitas eso —dijo él secamente.

Enseguida, colocó la mano en el brazo de Caroline y, con firmeza, la condujo en dirección a la entrada del edificio. Eran las tres y quince, y las piernas de Caroline temblaban un poco. Sus preocupaciones deberían estar reflejándose en el rostro, pues él le susurró:

—Relájate. Yo ya te dije que no va ocurrirte nada.

Así que entraron en el imponente Edificio Steinbeck, inmediatamente fueron blanco de todas las miradas. La intimidad de la relación entre ellos inmediatamente se hizo visible para todos, y Caroline, sintiendo eso, se soltó de su brazo. Los empleados de la entrada estaban obviamente sorprendidos, y, así entraron en el ascensor, Adam le preguntó, con voz muy tranquila:

—Estas perturbada. ¿Por qué?

—Estaba pensando en ti.

—¿Pensando en mí? ¿En qué? ¿Que soy mucho mayor que tu? —Él parecía estar divirtiéndose con la situación.

—No —Caroline negó con vehemencia—. Es que el personal de la recepción ama el chisme, y, antes de la hora del descanso, el edificio entero va a saber que llegamos juntos.

—¿Y qué? —preguntó. Él estaba recargado en la pared del ascensor. Estaban ya detenidos en el tercer piso, pero Adam parecía no tener la mínima intención de abrir la puerta.

—Bien, ¿a ti no te importa? —preguntó ella, abochornada.

—¿Crees que debería importarme? —replicó él, sacudiendo los hombros—. Lo que hago no es del interés de nadie. Estas segura de que no es a ti a quien no le gusta la situación?

—¡De ninguna manera! —exclamó Caroline—. Para ser honesta, hasta puede que me gusté mucho sentirme importante una vez en la

vida.

—¿Entonces todavía quieres salir a cenar conmigo mañana por la noche?

Caroline lo miro a los ojos, con un gesto indefenso.

—¡Claro! Estoy contando con eso.

—Perfecto. —Enseguida, él abrió la puerta del ascensor, para que ella pudiera salir—. Entonces, nosotros nos encontraremos conforme fue convenido. —Él sonrió—. Espero que no tengas problemas con la srta. Morgan.

Fue realmente impresionante, pensó Caroline más tarde. La srta. Morgan sabía ser extremadamente simpática cuando algo le interesaba. En el momento en que entró en la sala, quedó bien claro que Vera Morgan había sido avisada de que Caroline llegaba atrasada al trabajo.

De manera muy bien educada, preguntó a Caroline si se había divertido y después añadió que las otras chicas podrían ayudarla en caso no consiguiera terminar su trabajo sola. Sin embargo, Caroline creyó que no sería justo transferir una parte de su obligación a sus compañeras, ya bastante ocupadas. Así, se lanzó con energía al trabajo. A las cinco de la tarde, ya había conseguido recuperar casi todo el atraso. Por lo menos el suficiente para informar la srta. Morgan de que sería capaz de continuar, con el ritmo normal en la mañana siguiente.

Cuando Caroline llegó a su casa, encontró Amanda de pie y vestida a pesar de su apariencia pálida y débil.

—Deberías haberte quedado en la cama —dijo Caroline, al sentarse para comer los huevos fritos y embutidos, preparado por Amanda. La verdad, Caroline no tenía mucho apetito después del suntuoso almuerzo de aquel día, pero insistió en demostrar que lo cocinado estaba delicioso para no lastimar a su amiga

—Imposible, querida —respondió Amanda, que comió apenas unas salchichas y una tajada de pan—. Ron llegará aquí a las seis y media, yo tenía que hacer algo.

Caroline no escondió su desaprobación.

—No vas a salir hoy por la noche —dijo con tanto énfasis que Amanda no consiguió reprimir la risa.

—Está bien, está bien, pero no exageres en tu papel de supermamá —respondió, suspirando—. Yo sólo quería tener una apariencia razonablemente presentable cuando él llegara, sólo eso. Sin embargo sigo sintiéndome cómo se estuviera muriendo en pie.

Amanda estaba lejos de parecer una chica saludable. Cuando Caroline entró en el cuarto y estaba dispuesta a pedirle a su amiga que

volviera a la cama, oyeron la campanilla de la puerta tocar. Caroline fue atender y dejó entrar a Ron. Como siempre, él parecía estar muy contento, pero detuvo, asustado, al ver el aspecto de Amanda.

—¡Dios del cielo! —exclamó, retrocediendo un paso—. ¡Hay un fantasma suelto en esta casa!

Amanda intercambió una mirada con Caroline.

—Creo que no es para tanto —Amanda habló, forzando una sonrisa.

—Pero, muñeca… estás realmente medio fantasmal. ¿Que te sucedió?

—Ella está terriblemente resfriada —explicó Caroline—. Y estoy segura de que no quieres coger gripe también, ¿no es así?— Esa última frase fue muy incisiva.

—Esas cosas pasan —dijo, instalándose en el sofá—. Sospecho entonces que nuestra ida al cine se vino abajo.

Caroline quedó disgustada con la falta de consideración de él y miró a Amanda, arqueando las cejas.

—Pues es sí. Voy a volver directo a la cama.

—Comprendo. —Ron lanzó una mirada inquisitiva a Caroline—. ¿Que dices de que nosotros dos que vayamos al cine? —preguntó con toda naturalidad. Amanda se quedó boquiabierta.

—¡No se preocupen por mi! —exclamó, furiosa, y corrió para el cuarto, azotando la puerta con fuerza.

—¿Qué le sucede a Amanda? —preguntó Ron, sin comprender—. ¿Y entonces, Caroline? ¿Que piensas de la propuesta?

—Debes estar jugando —dijo Caroline, intentando no mostrar la repugnancia que sentía. Ron no se dejó alterar.

—Sabes que yo siempre tuve ganas de hacer algo contigo —él mascullό, al levantarse. Jugando, intentó sujetarla por las muñecas, pero con un gesto rápido, Caroline escapó de él.

—¡No te atrevas a poner tus manos en mí! —gritó, furiosa—. Creo que estás desaprovechando tu tiempo aquí, Ron.

Él no perdió su aire pretencioso.

—Muy bien, muñeca. Me voy aunque, nadie puede decir que Ron Cartwright fuerza su presencia en lugares donde no es deseado. No es necesario todo esto. Basta con tronar los dedos para tener a una docena de chicas peleando por salir conmigo.

—Pues, entonces, ve a buscar a una de ellas —replicó Caroline—. ¡Sujetos como tu me enferman!

La frase debió haber alcanzado algún punto débil en él, pues Ron le dirigió una mirada furiosa antes de salir apresuradamente. Caroline cerró la puerta y fue al cuarto a ver como estaba Amanda. Ella había vuelto a la cama y, sorprendentemente, estaba sonriendo.

—Yo oí todo —dijo, antes que Caroline pudiera abrir la boca—.

Creo que estaremos libres de Ron por un buen tiempo.

—Bien, honestamente —Caroline comenzó a hablar, un poco arrepentida por la escena que había acabado de hacer —yo no consigo entender cómo pudiste envolverte con un sujeto de esos. Además de ser un vulgar, es terriblemente engreído.

Amanda hizo un gesto con los hombros, indicando estar de acuerdo con sus palabras.

—Nosotros, personas humildes, no podemos escoger mucho —respondió, respirando profundamente—. Cualquier día de estos también vas a tener que reconocer eso. Chicas como tú y yo simplemente no tenemos la oportunidad de coincidir con la élite de la población masculina de este país.

Caroline enrojeció. Ella no había contado nada a Amanda sobre su encuentro con Adam Steinbeck en el almuerzo de aquel día. Quedó un poco irritada al pensar que el comparar a Ron con Adam sería tan absurdo como comparar jugo de tomate con champaña.

Amanda sin embargo, percibiendo el cambio de semblante en las facciones de su amiga inquirió:

—¿Será que te encontraste otra vez al príncipe encantado del ascensor?

—Sí, Amanda —respondió con la mayor naturalidad posible—. Lo encontré durante la hora del almuerzo.

—¡¿De verdad?! —exclamó su amiga, entusiasmada—. ¿Como fue? —preguntó, curiosa.

—Bien, yo tropecé con él frente al edificio y cuando le dije que tenía prisa por llegar a casa, él se ofreció a traerme.

—Caroline Sinclair, no tenías la menor intención de contarme todo esto, ¿verdad?

—Es lógico que iba a contártelo todo —se defendió Caroline—. Simplemente no tuve tiempo. Bien, de cualquier forma, él me trajo a casa. Fue por eso que conseguí llegar tan pronto aquí.

—Ah, si… ¿No crees que fue un poco imprudente? A final de cuentas, no conoces a ese hombre. ¿Averiguaste por lo menos como se llama?

Caroline calló un instante.

—Bien, sí. Él es… Adam Steinbeck. —Ella reveló eso muy deprisa y se quedó observando las expresiones que se sucedían rápidamente en el rostro de Amanda. Primero fueron de espanto, sorpresa y después incredulidad.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó, levantando la mano a su rostro—. ¿Adam Steinbeck?

Caroline suspiró, sintiendo también una punta de incredulidad.

—Así es. Para mí, también fue una sorpresa.

—¡¿Sorpresa?! —exclamó Amanda—. En mi opinión, eso es un

milagro. Y lógico que el desgraciado de Ron no tuvo la menor oportunidad. Estas interesada en hombres más distinguidos.

—No nada de eso —dijo Caroline, levemente irritada. Amanda balanceó la cabeza, aún impresionada.

—Y estabas realmente hablando en serio el otro día, ¿cuando dijiste que no sabías quien era él?

—¡Claro! Yo sólo comencé a trabajar allá hace tres semanas. Como podría yo conocerlo? Yo no tenía la menor idea.

—¡Que cosa tan fantástica! ¿Él es un hombre atractivo?

—Él es fabuloso —Caroline afirmó, abrazándose a sí misma—. Es mejor que te cuente todo de un solo golpe. Él me llevó a almorzar a un mesón llamado "La Tetera de cobre".

Amanda se quedó aún más impresionada de lo que ya estaba.

—Adam es una persona muy simpática —continuó Caroline—. Hizo que me sintiera muy a gusto. Cuando volví a la oficina, ya pasaban de las tres y media de la tarde, pero la srta. Morgan estaba dulce como la miel. —Ella sonrió . —Fue realmente delicioso.

Amanda la enfrentó, con cierta frialdad.

—En mis sueños, salir con un millonario siempre es exquisito. —Suspiró . —Que suerte la tuya, ¿eh?

—El dinero de él no me atrae ni un poco —habló Caroline, recostándose en la cama—. De hecho, prefería que él fuera un simple empleado. Por lo menos, existiría la posibilidad de que él se interesara seriamente en mí. Del modo como están las cosas…

—Eh, ve tranquila, pequeña —aconsejó Amanda, sentándose en su cama—. No hay nada malo en ser invitada a un almuerzo. Pero en cuanto a envolverse seriamente con un hombre de esa edad… ¡Debes estar jugando!

—No digas eso.

—Y ¿por qué no? Alguien tenía que decirte eso. ¡Piensa un poco, Caroline! Él probablemente encuentra chicas como usted por docenas. Hombres del tipo de Adam Steinbeck pueden escoger cualquier mujer. Cualquiera! Necesitas actuar de acuerdo con tu edad. Además de eso, él probablemente es casado y tiene media docena de hijos en casa.

—Él me dijo que no es casado —murmuró tranquilamente.

—No es difícil descubrir si él está mintiendo, que no lo creo. No habría motivo para eso.

—Muy bien, entonces él no es casado. Pero eso ya no lo hace joven.

Amanda probablemente estaba en lo cierto en todo lo que decía, sin embargo, aún así, Caroline continuaba queriendo volver a verlo. Ella tenía que verlo nuevamente! Ella nunca había oído ningún comentario malo acerca de él en la oficina, pero eso no era garantía alguna. Finalmente, el dinero puede silenciar a muchas personas.

—Bien, de cualquier manera, voy a cenar con él mañana a la noche. Amanda hizo un gesto con las manos, dejando bien claro queno quería tener responsabilidad alguna en eso todo.

—Yo no puedo impedir que hagas lo que quieras. Pero, ¿ya pensaste que el Edificio Steinbeck existe hace unos quince años y que él debe haber sido jefe de la firma durante casi todo ese tiempo también?

—Creo que él debe tener unos treinta años aproximadamente —dijo casualmente.

—Caroline, usted está emocionada, ¿no es así? Siento que mucho tener que decirte esto, pero no deberías juzgar a las personas sólo por la apariencia.

—Realmente no tienes el derecho de hablar así. ¿Y como te explicas la presencia de aquel sujeto pavoroso aquí, hoy en la noche?

—Al menos él está en la misma franja de edad y financiera que yo —replicó Amanda.

Caroline se levantó de la cama y fue para la sala, apenas alegre. Amanda podía decir lo que quisiera, sin embargo, Caroline saldría al encuentro convenido.

CAPITULO II

A la mañana siguiente, toda la empresa estaba comentando el gran acontecimiento. Caroline Sinclair, la chica nueva de la central de mecanografía, había sido vista entrando en el edificio en la compañía del propio Adam Steinbeck. Algunos afirmaban incluso que los dos habían almorzado juntos.

Caroline se había levantado más temprano, para poder cuidar de Amanda antes de salir de casa, consiguiendo llegar en la hora justa. Ruth apenas podía esperar para conversar con ella sobre el asunto más comentado en la compañía.

—¿Es verdad? —quiso saber Ruth. —Fue por eso que llegaste tan tarde ayer después del almuerzo? Estuviste tan ocupada durante el resto del tiempo, que no hubo oportunidad para que conversáramos.

—Es verdad, sí —respondió Caroline, con cierta renuencia—. Pero, por favor, antes de que comiences, no estoy interesada en oír sermones.

Ruth se quedó sorprendida con el tono de irritado de Caroline.

—Oh, yo sé, él es un hombre maravilloso —la interrumpió Ruth deprisa—. Yo ya lo vi algunas veces, pero sólo de lejos. Imagino que hay docenas de mujeres que lo adoran. Honestamente, no crees que él pueda estar interesado en ti por cualquier otro motivo, además del obvio, ¿verdad?

—¿Y cual es ese obvio motivo? —preguntó Caroline, levemente irritada.

—Oh, el sexo, es lógico —respondió Ruth, dudando un poco.

—Sinceramente, yo no entiendo por qué tú y Amanda creen que conocen Adam Steinbeck mejor que yo. Amanda no sería capaz de reconocerlo en la calle, y tu misma acabas de admitir que lo has visto sólo de lejos. Sin embargo, vosotros dos parecen creer que él es un maníaco sexual o algo parecido.

—Estamos sólo preocupándonos por ti —dijo, con cierta frialdad —. ¿Ya consideraste todo lo que puede ocurrir cuando vosotros se hagan un poco más íntimos? Él ya no es un muchacho para contentarse con un beso de despedida en la puerta de su casa. Él ya fue casado y va a querer mucho más que eso.

—¡Casado! —exclamó Caroline—. ¿Que fue lo pasó con la esposa de él?

—Murió de leucemia hace unos ocho años. La empleada más antigua de la firma me contó eso.

—Ah, si… —Caroline no pudo impedir que una sensación de alivio la invadiera. Por lo menos él no le había mentido a ella—. ¿Y él tiene familia?

—Sólo un hijo. Parece que estudia en la Universidad de Radbury.

¡Caroline, el hijo de él es mayor que tu!

—Se franca, Ruth. ¿Creerías que él es demasiado viejo para ti, si estuvieras en mi lugar?

Ruth se quedó en silencio. En el fondo, sabía que Caroline había conseguido hacerle una pregunta difícil de responder. Un hombre como Steinbeck no podía ser ignorado, ni aún sin su posición y su fortuna. Además de eso, debía ser muy excitante recibir una invitación de él para almorzar.

—Está bien —convino por fin—. En tu lugar, yo probablemente haría lo mismo. De hecho, ¿como fue que lo conociste?

—¿Recuerdas al hombre que yo encontré en el ascensor? —preguntó Caroline.

—¿Era Steinbeck?

Caroline respondió afirmativamente con un gesto de cabeza.

—¡Cielos! —Ruth estaba estupefacta—. ¿Quieres decir que él te invitó a salir aquel día y no me contaste nada?

—No, fue ayer en la hora del almuerzo, cuando salí de aquí corriendo para ir a cuidar de Amanda en casa, me encontré con él frente al edificio. Él se ofreció llevarme, y yo acepté. Después, me invitó a almorzar.

Ruth agitó la cabeza significativamente.

—Muy bien, muy bien. —Suspiró—. Pero ve con cuidado, Caroline. Estoy realmente hablando serio.

Mientras trabajaba, Caroline se quedó pensando que ropa iría a vestir en la noche. Poseía un único vestido de noche, que había usado la última vez en la fiesta de graduación de su curso de secretariado. El corte era un poco antiguo, y, considerando que era hecho de algodón color de rosa, era obvio que ella parecía aún más joven cuando lo usaba. Decidió comprar un vestido nuevo. Durante el horario de almuerzo, fue hasta el banco y retiró una importante cantidad de sus ahorros, que equivalían a un tercio de su salario mensual. Sabía que estaba siendo ridícula en sus extravagancias, pero quería que Adam se enorgulleciera de ella. Después del trabajo, en una pequeña tienda en las inmediaciones de la empresa, encontró exactamente lo que quería. Era un vestido de diseño, color verde jade. Caroline se sintió osada y quedó muy satisfecha. Ahora, estaría al mismo nivel de todas aquellas elegantes mujeres de sociedad.

Amanda se quedó horrorizada cuando descubrió que Caroline gastará tanto dinero. Y "desperdicio" fue la palabra que ella usó para expresar su opinión.

—¡Debes haber perdido la razón! —exclamó ella, irritada—. Será que aún no entiendes que, si vas a comenzar a salir regularmente con un hombre de ese tipo, vas a necesitar comprar montones de ropa nueva.

Caroline la enfrentó furiosa.

—¡Oh, Amanda, no te metas! ¡El dinero es mío!

—Usted debería cuidar su cabeza —continuó Amanda.

—Por favor, déjame sola —refunfuñó Caroline—. Si no te importa, yo misma escojo el camino de mi ruina y de mi perdición.

Amanda se quedó en silencio durante un momento y después dijo:

—Siento mucho si parece que estoy interfiriendo en tu vida. La cuestión es que no puedes darte el lujo de gastar tanto dinero para comprar un vestido. Está bien, si realmente pretende llevar esto adelante… quieres que yo te preste mi estola de piel?

Caroline enrojeció, parecía estar avergonzada.

—Por favor, Amanda. Siento mucho, haberme irritada, pero soy capaz de cuidar de mí misma.

—Muy bien. Ya no abro la boca. ¿A que horas viene él a recogerla? —preguntó.

Caroline dijo la hora y después fue tomar un baño. Las campanas de una iglesia próxima anunciaban las siete de la noche cuando ella estuvo lista. Estaba muy bonita en el vestido verde. Amanda apreció que Caroline parecía mayor, pero evitó el comentario para no provocar nueva discusión.

Fue Amanda quién primero avistó el Rolls maniobrando en el callejón y parando delante de la entrada del edificio.

Mientras Caroline sentía su corazón palpitar.

—Voy a bajar —informó, abriendo la puerta.

—Diviértete —dijo Amanda, con una sonrisa seca. Y después, en un tono más serio, añadió—: ¡Y ve con cuidado!

Caroline asintió con un gesto de cabeza, cerró la puerta y descendió las escaleras, saliendo al encuentro de Adam.

—Hola —murmuró ella.

Los ojos de él se estrecharon irónicamente antes de retribuirle la sonrisa.

—Buenas noches —respondió suavemente, abriendo la puerta del coche para que ella entrara. Después de sentarse al lado de ella, la examinó atentamente—. Estás muy bonita, mi querida —dijo él, con una punta de ironía en su voz—. Y muy sofisticada también, ¿no lo crees?

—Yo… creo que no comprendo muy bien lo que quieres decir —respondió Caroline, intentando ver mejor el rostro de él en la oscuridad. En la comodidad del coche que se deslizaba suave y silencioso, Caroline consiguió relajarse un poco.

—Reservé una mesa en el Mozambo para las ocho —él habló al doblar King's Road, donde lo transito era más intenso.

El Mozambo era un club nocturno inaugurado hacía poco tiempo, y Caroline sabía que no tenía edad suficiente para frecuentar ese tipo

de lugar. Apreciando que ella no respondía, Adam le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Sucede algo? —preguntó discretamente—. ¿No te gusta la idea? Creo que es el lugar ideal para lucir un vestido como el tuyo.

—No es que yo no quiera ir, comprenda —dijo ella, mortificada—. Pero yo voy a cumplir dieciocho años en marzo y…

—Ah eso es, yo me había olvidado de ese detalle —dijo él, a pesar de tener la impresión de que él no se había olvidado de eso—. En ese caso, iremos a algún otro lugar menos peligroso.

Caroline se sintió ridículamente joven y afligida.

—Que pena… —murmuró—. Yo me siento ridícula.

—¿Por qué? No tienes culpa por tener esa edad. Además de eso, los clubes nocturnos no son necesariamente los lugares que más me gusta frecuentar.

Caroline continuaba sintiéndose incomoda.

—¿Para donde iremos entonces?

Adam meditó durante un momento.

—Creo que podemos cenar en el Caprice, y después haré los arreglos necesarios para ir algún espectáculo. ¿Existe algo en cartelera al que quieras asistir?

—Para mí, es igual —respondió Caroline, más aliviada—. ¿Estas seguro que no estoy estropeando tu noche?

—No podrías hacer eso —dijo él, sonriendo suavemente.

El Caprice era un restaurante tan excitante como ella imaginaba que debería ser. Caroline reconoció algunas personas famosas sentadas en mesas próximas y se quedó impresionada con la naturalidad de Adam en relación a los camareros. A pesar del restaurante estaba repleto, él no tuvo dificultades en conseguir una mesa. Adam examinaba la carta con mirada experta.

—¿Ya decidiste lo que vas a comer? —preguntó

—No. Dejo eso a tu criterio. Sabes que no estoy acostumbrada a cenar en lugares como este.

Había un cierto aire de inseguridad en la manera de expresarse, y, durante algunos instantes, él eliminó su mirada irónica y volvió a dedicar su atención a la carta. Adam hizo el pedido al camarero y, enseguida, se volvió a ella.

—Estoy contento por que hayas aceptado la invitación —dijo él con mucha naturalidad.

—¿Pensó que yo no aceptaría? —Caroline preguntó, sorprendida.

—Bien, admito que tuve mis dudas —respondió con su modo mordaz de hablar—. Imagino que todas tus amigas deben haberte aconsejado no involucrarse con un hombre como yo.

—Como sabes que… —ella comenzó a decir, pero se interrumpió, enrojeciendo.

—Entonces acerté —murmuró él—. Y por qué no aceptó el consejo de ellas?

—Yo les expliqué que soy perfectamente capaz de tomar una decisión por mí misma —habló, rehusándose a encararlo directamente.

—Comprendo… ¿Y realmente crees eso?

Caroline enrojeció aún más.

—¡Es lógico que lo creo! —exclamó rápidamente—. Si no lo creyera, no habría venido.

—Eres valiente —dijo él secamente, pero, cuando ella lo encaró, vio que los ojos de él tenían una expresión irónica. La mirada de Adam penetró, de una manera casi insolente, por las aberturas del vestido de Caroline, y ella sintió el impulso de cubrirse, de protegerse y deseó no haberlo comprado. La comida estaba deliciosa, sin embargo Caroline comió muy poco.

Durante los espacios entre los diversos platos, Adam conversó naturalmente sobre sus viajes por el exterior, y durante un considerado periodo de tiempo, Caroline consiguió relajar la tensión y se divirtió oyendo lo que él contaba. Más tarde, ella escogió un espectáculo que quería ver, y la noche se hizo más agradable. Era una comedia musical leve, que ayudó a acabar con la inseguridad de Caroline.

Tras el espectáculo, los dos se dirigieron hasta el coche y entraron rápidamente, para escapar del frío aire nocturno. Adam maniobro ágilmente el vehículo en el intenso tráfico. Caroline estaba tan fascinada con las manos de él, asiendo el volante, que no descubrió que habían tomado una dirección opuesta a su apartamento. Cuando lo advirtió, el coche estaba pasando por algunas calles desiertas de Mayfair.

Caroline apretó la bolsa entre sus manos. ¿Para donde él la estaría llevando?

Ella estaba tan impactada y cambia a espanto cuando él estacionó el coche delante de una casa, en una pequeña calle. Cuando Adam abrió la puerta, la luz automática del coche iluminó el rostro amedrentado de Caroline, y él dijo:

—No hagas esa cara. No voy a hacerte nada. ¡Vamos, baja!

Lanzándole una mirada disgustada, Adam abrió la puerta de la casa y encendió la luz. Después, retrocedió un paso para que ella pasara adelante y cerró la puerta. Era el recibidor más bien decorado que Caroline habi visto en toda su vida, y, como la curiosidad fue más fuerte que sus temores, ella siguió a Adam, que salía del recibidor por una gran puerta en arco. Caroline lo acompañó, y entraron en otra sala decorada con extremo buen gusto.

Caroline buscó palabras para describir sus impresiones. Cuando,

finalmente, consiguió hablar, murmuró:

—¡Esto es fabuloso! Pero, mi opinión no debe tener interés alguno para ti —añadió, suspirando. Adam sólo se dirigió al bar.

—¿Quiere tomar algo? —preguntó.

Inmediatamente, los temores de Caroline volvieron, y Adam, mirándola, debía haber percibido eso, pues dijo:

—No te preocupes en negarte. Creo que un pequeño copa de coñac va a ayudarte a recuperar la seguridad.

Caroline no respondió, pero aceptó la copa que él le ofrecía. En el rostro de Adam había una expresión de diversión.

—¿No quieres sentarte? —él pregunto, apuntando el sofá.

Caroline se acomodó rápidamente, contenta por la oportunidad de dar un poco de descanso sus piernas trémulas. Para su espanto, sin embargo, Adam se sentó a su lado y recostó de muy buena gana.

Caroline, que lo observaba, quedó impresionada con la fuerte atracción física que él ejercía sobre ella, haciendo con que se sintiera débil, indefensa y sin aliento.

—Y ahora —dije él, saboreando lentamente sus palabras—, vamos a dejar algo bien claro entre nosotros dos, ¿está bien?

Caroline frunció el ceño.

—No te entendiendo, ¿puedes explicarte? —preguntó, un poco nerviosa. Adam estiró las piernas.

—Bien —murmuró—, parece que está muy preocupada en relación a lo que puede ocurrir entre tú y yo. Cuando nos encontramos por primera vez, estaba mucho mas cómoda en relación conmigo, y a mi me gustó eso. Sé que no sabías quién era yo, pero, aún tras saberlo, continuaste portándote con naturalidad… Ahora, sin embargo, de repente, después de todo ese lavado de cerebro que tus supuestas amigas te hicieron, estás aterrorizada conmigo, ¿Por qué? ¿Que piensas que pretendo hacer? ¿Tocarte, tomarte o qué? —Caroline enrojeció. De repente, se sintió muy tonta. Él frunció el ceño y continuó—: Y hoy en la noche, cuando viniste a encontrarte conmigo, ¡tu apariencia es indescriptible! Ese vestido sería apropiado para una mujer de treinta años. Simplemente no queda contigo. Dije todas aquellas cosas acerca de sofisticación porque estaba furioso contigo por haber creído que necesitabas imaginarte de esta manera para agradarme. Simplemente conseguiste transformarte en una mujer más. Yo no reservé mesa alguna en el Mozambo. Yo sólo quería saber hasta donde irías a llevar esta falsa sofisticación. Si hubieras acordado en ir a ese centro nocturno, ¡yo te habría dado unos buenos azotes! ¿Estás comprendiendo ahora? Yo te invité porque eres… joven, inocente, no porque quisiera una muñeca a la última moda para cenar conmigo. ¿Será que no ves que estoy cansado de mujeres que se enredan a mi cuello? No pienses que esto es mero convencimiento de mi parte. Creo

que el dinero provoca esa reacción en la mayor parte de las mujeres.

Súbitamente, él se levantó y fue hasta el bar, donde volvió a llenar su copa.

Caroline tomó de un golpe de la bebida de su copa. Ella se sentía como si tuviera sólo seis años de edad y, a lo sumo, seis palmos de altura.

—¿Y ahora? —ella murmuró, con voz ronca y muy próxima a la lágrimas. Caroline sentía un dolor muy grande dentro de sí, un dolor que amenazaba hacerse más fuerte que ella y que no conseguía comprender el motivo. Adam colocó la copa sobre el bar y respondió, con una sonrisa:

—Creo que vamos a tener que comenzar todo otra vez.

Después, viendo lágrimas en los ojos de Caroline, pregunto:

—Escucha, ¿no estarás pensando que yo te traje hasta aquí sólo para reñirte y no verte nunca más, verdad?

Caroline respiró profundo y pasó el dorso de la mano por sus ojos. Una sensación de alivio la inundó a ella, como una explosión, ella comprendió de repente por qué había sentido tanto miedo. No quería que la relación terminara ahí! Estaba enamorada de ese hombre.

Ella lo amaba tanto que tenía la certeza de que nunca más volvería a ser la misma persona otra vez. Caroline lo miró a él, forzándose en no demostrar ninguna emoción, cuando Adam se sentó al lado de ella, diciendo:

—Mañana es sábado. ¿Te gustaría viajar conmigo al interior y conocer mi casa en los alrededores de Windsor? Este es sólo un lugar que tengo en la ciudad y que uso para dormir o trabajar cuando necesito quedarme en Londres.

—Me Gustaría mucho de ir contigo —respondió Caroline, entusiasmada, sonriendo para él—. ¿Estamos solos aquí, en este momento?

—Exactamente —él murmuró, suspirando—. Pero no pienses tonterías, pues voy a llevarte a tu casa inmediatamente. Él se levanto y extendió la mano hacia ella para poder incorporarla también. Cuando las manos se tocaron, Caroline sintió su interior estremecerse.

Ella no quería irse, quería abrazarlo y, de pronto, se quedó acobardada con el tumulto de sentimientos que él había despertado dentro de ella.

No tardaron mucho tiempo para llegar a su casa, y, con una cierta renuencia, Caroline descendió del coche, donde había un clima de cierta intimidad. Adam la acompañó hasta la entrada del edificio.

—Vendré a recogerte mañana, a las tres de la tarde —informó él, sonriendo—. Viste cualquier cosa informal.

Amanda aún estaba despierta cuando Caroline entró en a la habitación, así que ella tuvo que contarle todo lo que había sucedido.

Entretanto, Caroline omitió la visita a la casa de él en la ciudad, porque ya pasaban de las once de la noche. Amanda pareció creer que ambos habían venido directamente para casa después del teatro.

El sábado, Amanda fue trabajar, y eso hizo las cosas más fáciles para Caroline, que resolvió dejar sólo un mensaje a su amiga, diciendo que tuvo que salir, era la mejor manera de escapar de una nueva discusión sobre las ventajas y desventajas de envolverse con alguien del tipo de Adam.

Faltaban quince minutos para las tres cuando notó un pequeño coche blanco, modelo europeo, entrando en la calle, y preguntándose, sin mucho interés, a quien pertenecería aquel automóvil. Ella no estableció conexión alguna entre el coche y Adam hasta el momento en que oyó alguien cerrando la puerta. Caroline corrió para abrir, rezando íntimamente para que no fuera la tía Bárbara, que, a las veces, resolvía visitar a su sobrina en las tardes de sábado. Sin embargo, cuando abrió la puerta y vio Adam parado delante de ella, se quedó boquiabierta, sorprendida, y exclamó:

—¡Adam! ¡Yo estaba mirando por la ventana, pero no vi tu coche! —Caroline estaba realmente sorprendida. Él hizo un movimiento con los hombros y entró en la sala, observando en torno con mucho interés.

—Yo cambié de coche. ¿Estás lista? —preguntó—. Por lo menos hoy estás aparentando tu edad. ¿Podemos irnos?

El viaje hasta la casa de campo de él fue confortable, agradable y rápido. Atravesaron la ciudad de Windsor en dirección a una villa llamada Slayford, en cuyos alrededores Adam salió de la carretera principal, entrando por el portón de una villa moderna. Era una casa de aspecto sólido, en estilo griego. Delante de ella, había diversas estatuas y una pequeña fuente en medio. El camino circundaba la fuente, y Adam estacionó el coche delante de grandes puertas dobles de vidrio, revestidas con una reja de hierro grabado en la parte interna. Amplios escalones de poca altura llevaban hasta esa puerta, atravesando un mirador con columnas.

—¡Que hermoso! —exclamó Caroline, desciendo del coche antes que Adam tuviera tiempo para ayudarla.

—Estoy contenta en ver que te gusta —respondió él, colocando las manos en los bolsillos de la americana—. Mandé construir esta casa hace cinco años, según un boceto que yo hice.

Adam abrió la puerta, y entraron por el bello zaguán. Inmediatamente después, una puerta se abrió en el extremo opuesto, y una mujer de mediana edad se aproximó, apresurada, acompañada por un spaniel. El perro hizo mucha fiesta a Adam, ladrando de contento, saltando y meneando la pequeña cola.

—Esta es la Sra. Jones y este es Nero —dijo Adam, sonriendo a Caroline—. Sra. Jones, esta es la srta. Caroline Sinclair.

—Mucho gusto, señorita —habló, sonriendo, la pequeña mujer de aspecto maternal—. ¡Que sorpresa! —exclamó ella, mirando a Adam con una cierta indulgencia en la mirada—. Es muy agradable verlo otra vez, sr. Steinbeck. Jones está cortando leña allá en el fondo, pero, si el señor quiere verlo, iré a llamarlo inmediatamente.

—No hay necesidad, sra. Jones —respondió Adam.

La sra. Jones era baja y alegre. A Caroline le gustó instintivamente. En cuanto a Nero, estaba muy agitado, se quedó saltando de vuelta a ellos, cuando entraron en la sala de estar.

—Este es el único recinto de la casa toda donde existe una chimenea de verdad. El resto está equipado con el centro calefacción —le informó, mientras se sentaba en uno de los sofás más próximos al fuego.

—Y de tarde en tarde, me gusta quedarme mirando las llamas.

—A mi también me gusta mucho —concordó Caroline, sintiéndose inundada por una sensación de bienestar.

Adam fue sentarse más cerca de Caroline, y ella se preguntó si él tendría alguna noción del efecto que causaba sobre ella. Se sintió un poco deprimida cuando pensó que Adam probablemente la consideraba sólo una compañía más o menos agradable, con la cual estaba divirtiéndose un poco.Perezosamente, él estiró las piernas en dirección al fuego.

—Esto si que es vida! Lejos de los negocios, de los asuntos de altas finanzas, de la especulación inmobiliaria…

Caroline sonrió, observándolo atentamente. Era difícil imaginar que la vida de centenares de trabajadores dependía enteramente de este hombre. Cuántas personas dependerían de las opiniones de él? El Edificio Steinbeck abrigaba una serie de compañías, todas pertenecientes a la Steinbeck Corporation y cada una de ellas, de cierta forma por lo menos, dependía de Adam Steinbeck. Él era el presidente y director, siempre que era necesario era de el voto decisivo, siendo también responsable por cualesquier error que sobreviniera. Ella deseó tener el coraje para aproximarse más a él y darle un masaje en las sienes. A tía Bárbara le gustaba mucho cuando ella hacía eso, decía que era lo indicado para aliviar la tensión. De pronto, golpearon en la puerta, e inmediatamente enseguida, la sra. Jones entró con una bandeja, trayendo té, bocadillos y galletas de avena. Adam abrió los ojos y, con cierta resistencia, se sentó en una posición más formal.

—Muchas gracias, sra. Jones. ¿Sería posible que cenemos alrededor de las siete y media?

—¡Claro que sí! De momento, coman estas galletas de avena que

yo misma hice y si quisieran más té sólo llámenme.

—Que Dios la conserve siempre así —dijo Adam, y la sra. Jones salió con una sonrisa de satisfacción.

Al terminar la merienda, Caroline colocó la bandeja sobre una mesa al lado de la puerta, preguntando:

—¿Quieres que lleve la bandeja a la cocina?

—No es preciso —dijo—. Ven y siéntate aquí a mi lado. Quiero que me cuentes todo acerca de tu vida.

El corazón de Caroline latía violentamente cuando se sentó al lado de Adam. Ella estaba bastante consciente de que la pierna de él estaba próxima a la de el. También percibió que Adam la observaba atentamente.

—No hay mucho que contar —murmuró ella, mirando detenidamente las llamas en la chimenea—. Mis padres murieron cuando yo era aún muy pequeña. Fui criada por una tía y, hace seis meses, la dejé para ir a vivir con mi amiga Amanda.

—Es muy excitante todo eso —él habló con una sonrisa—. ¿Y no hubo ningún enamorado hasta ahora?

La intimidad de la situación fue más fuerte para ella que respondió sólo con un gesto negativo de cabeza, pues no confiaba en palabras. ¿Como podría conversar con naturalidad acerca de un asunto que le afectaba tanto?

Adam se movió lentamente, hasta que sintió su pierna junto a la de ella. Después, con la mano en su rostro, la forzó a mirarle. Sus ojos la examinaban atentamente. Caroline tenía certeza de que él estaba oyendo los latidas de su corazón. Sintió que él jugueteaba, distraídamente, con sus cabellos, tocándole levemente la nuca, perturbándola. Enseguida, despacio, él se inclinó hacia el frente y rodeó su boca en la de ella, explorando los labios tiernos, hasta que se entreabrieron involuntariamente… El beso se prolongó, transformándose en algo mucho más serio y sensual. Caroline nunca había imaginado que la boca de un hombre fuera capaz de despertar tales sensaciones y se sintió un poco perdida cuando él la soltó, levantándose con un movimiento casi brusco. Caroline permaneció donde estaba, inconscientemente provocativa en su inocencia semidespierta.

Irritado, Adam meneó uno de los troncos de madera con la punta del zapato y se quedó mirando atentamente a las llamas.

—¿Por qué no dices nada? —murmuró él—. Por ejemplo, ¿acerca del sermón que yo te di anoche?

Caroline suspiró.

—¿Estás arrepentido por haberme besado, Adam? —preguntó con voz suave.

En un gesto brusco, él se volvió hacia ella.

—¡Sabes muy bien lo que tengo ganas de hacer! —él exclamó violentamente—. ¡Yo! ¡El consejero platónico de anoche! —Frunció el ceño, irritado consigo mismo.

—Y llegué a pensar que sería capaz de traerte hasta aquí y llevarte de vuelta otra vez, sin que ocurriera ningún accidente. —Se pasó las manos por los cabellos—. ¡Estaba loco cuando pensé una cosa de esas!

—Para de torturarte con eso, Adam —dijo ella tranquilamente—. ¡La culpa fue sólo mía.

—¡Caroline, no lo hagas todo aún más difícil!

Ella se colocó provocativamente delante de él.

—¿Por qué más difícil? —murmuró ella—. Hasta parece que quieres olvidar lo que ocurrió. Pero ninguno de nosotros sería capaz de eso.

Adam la encaró durante un momento y después la acerco a sus brazos.

—¡Caroline, esto es una locura! —murmuró, todo su cuerpo temblaba, y Caroline, al colocar los brazos en torno al cuello de Adam, destruyó todas las tentativas de él de actuar de manera racional. Sus bocas volvieron a encontrarse, y ahora los besos demostraban la pasión de un hombre por una mujer. Caroline no planteó ningún tipo de resistencia. Era Adam quién la besaba. Ella lo amaba y quería que él se enterara de eso.

De pronto, oyeron la puerta de un coche cerrarse, quebrando el silencio que los envolvía. Era posible oír las voces que entraban por la puerta del frente de la casa.

Con un gemido de disgusto, Adam, renuente, soltó a Caroline, alejándola un poco, y pasó las manos por sus cabellos. Caroline suspiró profundamente y llevó las manos al rostro.

—¿Quién será? —susurró ella, sintiendo que sus mejillas ardían después de todos aquellos besos. Sus labios jóvenes habían perdido el color que ella había aplicado en la tarde, estaban inflamados. Los ojos de Adam asumieron una expresión más suave en el momento en que se posaran en ella, y después sacudió los hombros, en un gesto de quien nada podía hacer.

—Creo que es John —respondió—. Mi hijo. Y parece que trajo a alguien con él.

CAPITULO III

Caroline quedó boquiabierta al oír lo que Adam había acabado de revelar.

—¡Adam! —exclamó—. Yo… debería irme. Será que existe alguna otra puerta para que yo pueda salir de aquí sin que ellos me vean?

Adam frunció el ceño y la miró.

—¿Por que? —preguntó un poco áspero.

—Bien, yo sólo pensé… —Caroline no encontraba las palabras correctas. ¿Como explicar que su presencia allí podría causarle problemas? Finalmente, ella era una simple mecanógrafa.

—Estás avergonzada por estar en una situación, a tu modo de ver, "comprometedora" —dije él, y había un tono acusador en su voz.

Caroline hizo una mueca y movió la cabeza negativamente.

—Oh, Adam, estás completamente equivocado —se defendió ella, agarrándose al brazo de él—. Estoy pensando en ti. Por supuesto, todo está bien, pero tú eres su padre.

Adam quedó sereno e inclinando la cabeza, la beso levemente,

—En ese caso, tal vez sea lo mejor que ellos hayan venido —dijo con suavidad—. Casi nos olvidamos de que tengo edad suficiente para ser tu padre también.

Caroline lo encaró con una mirada irritada.

—No hables así —pidió, acercándose más a él—. La edad no tiene la más pequeña importancia entre nosotros.

Adam no tuvo tiempo para responder, pues la puerta se abrió, dando paso a un joven alto, moreno y esbelto y a una joven exuberante.

—¡Estamos aquí, papá! —exclamó el joven, extrañado por la presencia de Caroline, que continuaba tomando el brazo de Adam.

John se detuvo donde estaba, con una expresión de sorpresa en el rostro. Durante la desagradable pausa, Caroline percibió que los ojos del muchacho la examinaban de manera insolente

Gentilmente, Adam dejó a Caroline y atravesó la sala para saludar a su hijo.

—C¿uánto tiempo vas a quedarte esta vez? —preguntó él y, enseguida, dirigiéndose a la joven, con una sonrisa de bienvenida, habló—: ¿Y usted es…?

—Tonia Landon —respondió la chica, sonriente—. He oído muchas cosas a de usted, Sr. Steinbeck. Estoy fascinada por la oportunidad de conocerlo personalmente.

—Nosotros vamos a quedarnos hasta mañana en la noche —dije John, mirando a su padre—. Quiero decir, si no estamos estorbando.

Adam levantó los hombros levemente, ignorando la observación, y, volviéndose a Caroline, la atrajo deliberadamente al frente.

—Carol, quiero presentarte a mi hijo John y una amiga de él, la Srta. Tonia Landon —él habló, sonriendo—. John, Tonia, ella es la Srta. Caroline Sinclair.

John y Tonia percibieron la manera especial con que Adam había hecho las presentaciones e intercambiaron un mirada intrigados.

Eran casi las cinco de la tarde, y todos se sintieron aliviados cuando la Sra. Jones entró, apresurada, queriendo saber lo que estaba sucediendo, quien iría a quedarse a dormir…

Después de un rápido intercambio de palabras, ella se alejó para mostrar el cuarto de huéspedes a Tonia, mientras John se sentaba en el sofá al lado de su padre

Caroline se instaló en el brazo de una de los sillones, un tanto resuelta. Fuera del poco tiempo que había pasado junto de Adam, ella se había irritado un poco con la llegada de la pareja. Mientras Adam y John conversaban, recordó rápidamente los acontecimientos de aquella tarde. Ah, si John y su novia no hubieran llegado en un momento tan inoportuno! Quién podría saber cuando Adam volvería a comportarse nuevamente de aquella manera?

Sonriendo para John, la Sra. Jones sirvió más té. Estaba bien claro que él también disfrutaba del afecto de aquella figura maternal. Caroline se sintió desesperadamente sola. Los ojos de John eran fríos y agresivos, lo que hizo con que Caroline se sintiera peor aún. Imaginó el choque que debería haber sido para él la descubrirla ahí en la compañía de su padre, prácticamente solos en aquella casa enorme. Imaginó que él debería tener curiosidad e incluso un poco fastidiado con el giro en sus propios planes. Finalmente, John se levantó y salió para lavarse las manos, y Caroline pudo quedarse a solas otra vez con Adam. Los ojos de él la acariciaban, y ella dejó el asiento donde estaba para sentarse en el sofá al lado de él.

—Oh, querido —susurro, colocando los brazos en torno al cuello de Adam, amó la sensación despertada por el contacto de sus labios en los sedosos cabellos de ella. Después, con un suspiro, ella añadió:

—Creo que debería irme.

Adam frunció el entrecejo.

—¿Por que?

—Ciertamente vas a querer estar a solas con tu hijo —respondió ella, medio sin aliento.

—¿Con aquella chica haciendo lo posible por monopolizar la conversación? —replicó Adam secamente—. No, muchas gracias, mi bien. ¡Ella que se quede con John! Vas a quedarte para la cena, conforme habíamos convenido, y después yo te llevaré de vuelta a la ciudad, ¿está bien? Caroline sonrió.

—Si realmente quieres que me quede, yo me quedo —concordó—.

Pero no estoy muy bien vestida para una cena, ¿verdad? ¡Sólo Dios sabe lo que la Srta. Landon irá a usar!

Adam también sonrió.

—Carol, mi amor, continuarás siendo muy bella para mí, y yo soy la única persona cuya opinión debe significar alguna cosa para ti.

Caroline rió nuevamente.

—Sabe que para mí eres el único —murmuró—. ¡Oh, Adam, es tan delicioso estar aquí contigo! Me gustaría que ellos no hubieran venido para acá.

Sus bocas se encontraron, y los labios de ella se separaron automáticamente. Caroline puso la mano en torno al cuello de Adam y se quedó acariciándolo en la base de la nuca.

—Caroline… como te deseo —susurro, mientras su boca la excitaba cada vez más. De repente, sin aviso alguno, la puerta se abrió, y Tonia entró. Caroline se aparto inmediatamente de los brazos de Adam, a pesar de que los dedos de él la tomaron de la muñeca, impidiendo que se alejara más. Caroline estaba acertada de que Tonia vio el abrazo que intercambiaron, pues tenía una expresión de sorpresa estampada en el rostro. Obviamente, Tonia se había sorprendido, de la misma forma que la propia Caroline, por el hecho de que un hombre como Adam se interesara por una chica humilde como Caroline.

—¿El señor pasó el día todo aquí? —preguntó Tonia, lanzando un mirada a Adam que dejaba bien clara su admiración por él.

Sentado en el sofá, Adam parecía un tigre, relajado, pero al mismo tiempo listo para saltar. Tonia sabía perfectamente lo que Caroline veía en Adam, de cuya fuerte personalidad emanaba una intensa masculinidad. Eso, mas su atractiva apariencia física, era un desafío para cualquier mujer.

—No… Vinimos hacia acá esta tarde —respondió Adam—. ¿Usted está en la universidad también? —indagó, dirigiéndose a Tonia, al mismo tiempo en que fumaba un cigarrillo.

—¡Oh, no! Yo vivo en Radbury —explicó Tonia, sonriendo—. Conozco a su hijo hace algunos meses. Nosotros nos encontramos en una fiesta, una de las veces en que él consiguió huir un poco de los estudios.

—Creo que ese tipo de oportunidad sea bastante frecuente —dijo Adam, en un tono seco, y Tonia rió.

—Él me contó que usted estuvo recientemente fuera del país —continuó ella, haciendo lo posible por mantener la atención de él.

—Si es verdad. Estuve en Estados Unidos —asintió Adam—. Por eso, no he visto mucho a John desde las últimas vacaciones de de verano.

—Imagino que sí —Tonia habló, con entusiasmo. Después, sin

mucho interés, se volvió hacia Caroline.

—¿Y usted que hace Caroline?

—Trabajo en una oficina —respondió ella, enrojeciendo e intentando no revelar en que oficina trabajaba—. Soy mecanógrafa. ¿Y usted?

Tonia rió de buena gana.

—¡Cielos, yo no trabajo! —exclamó con una punta de malicia y maldad. —Debuté el año pasado y, actualmente, estoy sólo divirtiéndome un poco.

Adam soltó delicadamente la muñeca de Caroline y, cruzando la sala en dirección al bar, preguntó:

—¿Que puedo ofrecerle para beber, Tonia?

Ella también se levantó y fue hasta donde él estaba, dejando a Caroline al pie de la chimenea.

—¿Tiene vodka? —preguntó, sonriéndole. Caroline se quedó mirando las llamas. Ella ya estaba sintiendo los agudos celos, y el simple hecho de pensar que esa mujer se quedaría el domingo entero con Adam y John la dejaba colérica. Notó que Tonia, obviamente, se sentía atraída por Adam y parecía estar perfectamente dispuesta a intercambiar a John por el padre, desde que este mostrara interés en asumir la posición de su hijo.

Después de entregar un vaso con vodka a Tonia, Adam preparó jerez para Caroline, whisky para sí mismo y volvió al sofá. En ese instante, John apareció, incorporándose al grupo, después de servirse una bebida también. Conversaron sobre los estudios de John en la universidad y el tiempo. Caroline habló poco. Estaba bien claro que a John no le gustaba la presencia de ella y que Tonia la consideraba una persona aburrida y apenas vestida. Caroline tenía la seguridad de que Adam no fue a cambiarse por algo más apropiado para la cena a causa de ella.

La cena fue servida en una sala acristalada, que daba vista a buena parte del jardín y al balcón iluminado. La comida servida fue deliciosa. Caroline se sentía relegada, aquel no era su mundo, al contrario de Tonia, que sabía perfectamente como comportarse en un lugar como ese.

Se contento cuando todo terminó, y ellos volvieron a la sala de estar para tomar café, licores y fumar. Caroline y John ocuparon los sillones, mientras que Adam y Tonia se instalaron en el sofá. Caroline había descubierto que Tonia había maniobrado la situación de esa manera, pero ya no le importaba. Lo único que ella quería era estar muy lejos de ahí, estar en su casa. No le importaba su actitud derrotista. Detestaba toda aquella hostilidad velada. Alrededor de las nueve y media de la noche, Adam declaró:

—Creo que es hora de que Caroline y yo nos vayamos a la ciudad.

¿Vosotros nos disculpan? Debo estar de vuelta dentro de algunas horas.

—Como prefieras, papá. Cuidado con las carreteras, están cubiertas de hielo.

—No te preocupes. Hasta más tarde, entonces.

—Hasta más tarde, papá. Buenas noches, Srta. Sinclair. —La voz de John fue muy fría en su última frase.

—Buenas noches, John. Buenas noches, Srta. Landon —saludó Caroline de la manera más suave posible y salió de la sala antes que Adam.

Afuera el aire estaba muy frío. Después de la cena, una densa neblina se había formado rápidamente. Las luces del jardín habían sido borradas, y nada podía ser visto además de la neblina.

—¡Maldición! —murmuró Adam, quitando la capa de hielo que se había formado sobre el parabrisas—. ¡Que noche!

Él se sentó en el coche al lado de ella y respiró profundo.— Carol, mi bien, te importaría mucho si yo te pidiera que pasaras la noche aquí? Sería una locura intentar llegar Londres con un tiempo como este. Además de eso, mañana es domingo.

Caroline suspiró, resignada.

—Es verdad, creo que sea más una locura viajar hoy —respondió ella, preocupada—. Oh, Adam, no me importaría ni un poco si estuviéramos solos los dos aquí, pero ahora… —Su voz se perdió, y él percibió cuan preocupada ella estaba. Adam colocó el brazo en torno a los hombros de Caroline.

—Mi querida —murmuró él suavemente —ignóralos. John está un poco resentido, sé de eso, pero Tonia no significa nada para nosotros. John anda con una chica diferente cada vez que lo veo. Piensas que me preocupa lo que ellos pueden estar pensando? Cielos, Carol, esta casa es mía, y yo quiero que tu te quedes. Créeme, tienes tanto derecho de quedarte aquí como cualquiera otra persona. ¿Pero que le puedo decir a ellos? No pasan de dos niños demasiado mimados. —Él sonrió y besó la punta de la nariz de ella—. ¿Entonces usted te quedas?

—Sí —respondió, percibiendo que su depresión había desaparecido casi completamente.

—Genial. ¿Y, como prefieres estar lejos de ellos, vamos a mi oficina y dejemos la sala de estar para ellos, de acuerdo?

—¡Oh, Adam! —ella exclamó, feliz, y apoyo el rostro en el pecho caliente y estimulante de el.

Momentos después, los dos salieron del coche y caminaron en dirección a la entrada que daba a la oficina. Durante el trayecto, Caroline recordó en avisarle a Mandy, pues ella podría estar preocupada. Llegaron a la puerta que los llevaría a la sala de trabajo y

entraron.

—Quítate tu abrigo, mientras voy a poner la Sra. Jones al corriente de nuestros planes —dijo él, retirándose rápidamente.

Caroline se quitó el abrigo de lana y entró en la sala. Comparado con el lujo opulento existente en el resto de la casa, la sala de trabajo era bastante austera. Caroline colocó el abrigo en una de las butacas de cuero que Adam usaba cuando trabajaba allí. Era difícil asociar al hombre que ella conocía con el hombre de negocios, inflexible y exitoso, en que él se transformaba en el Edificio Steinbeck. Con un suspiro, se inclinó al frente y comenzó a mover en los papeles esparcidos de manera confusa delante de ella. Distinguió que estaba separando los documentos y, poco tiempo después, había organizado pilas diferentes para avisos bancarios, préstamos, compras de inmuebles, opciones de compras…

Había también numerosas cartas pidiendo cosas, cartas de instituciones de caridad y finalmente, la correspondencia particular. Trabajando automáticamente, ella olvidó donde estaba, fascinada en su ocupación. Se sentía atraída por la lectura de contratos de compraventa de inmuebles y demoliciones, así como por las diversas actividades desarrolladas por las firmas reunidas en el edificio donde ella trabajaba. Estaba completamente inmersa en otro mundo cuando Adam regresó. Él cerró la puerta con un ruido seco, y ella levantó la cabeza sorprendida. Inmediatamente, pensó que estaba haciendo algo indebido, enrojeció y explicó:

—Estuve organizando tu correspondencia. Espero no haber hecho algo que no debía. ¿No te importa?

Adam sonrió.

—Creo que puedes, siempre que quieras, mirar mi correspondencia —respondió él naturalmente, atravesando la sala y tumbándose sobre la silla. Al ver las diversas pilas que ella había hecho, observó, aprobando:

—Muy profesional lo que hiciste. ¿Te gustaría trabajar como mi secretaria personal? La Srta. Freemam, de la oficina, viene acá de tarde en tarde para organizar mis documentos.

—¡No estás hablando serio! —exclamó Caroline—. Además de eso, no creo que fuera capaz de trabajar mientras tú estuvieras cerca.

—¿Y por qué no? —Por el tono voz. Adam parecía estar divirtiéndose mientras jugueteaba con una mecha de los cabellos de ella medio de sus dedos.

—No me provoques —Caroline aconsejo, apartando la cabeza.

Con una leve sonrisa en los labios, enderezo su cuerpo.

—Como prefieras, querida. Ahora vas a llamar a tu compañera de apartamento, ¿no?

—¡Dios! Lo había olvidado. —Descubrió sobre la mesa, el teléfono.

—Discutiste mi supuesta personalidad con tu compañera de cuarto, verdad? —preguntó el tranquilamente—. Fue ella quien te alerto contra mis intenciones?

Caroline sintió que su cara estaba enrojeciendo.

—Si, ella lo hizo. Mas en el futuro pretendo formar mis propias opiniones al respecto de las personas —dijo ella, intentando sonreír a Adam.

Los dedos de el acariciaban los hombros de Caroline, y ella sintió su calor a través del grueso suéter.

—Nada de opiniones acerca de hombres —murmuró él, acercando la boca al cuello de Caroline—. Su amiga puede tener toda razón al respecto. ¿Ella tiene mucha experiencia?

Caroline rió, sintiendo cosquillas.

—Acuérdame después de contarte la historia sobre un tal Ron Cartwright —respondió.

Enseguida, volvió su atención la conexión telefónica.

—Dígame, Sr. Benson.

Los Benson vivían en el apartamento bajo del de Caroline y Amanda, y siempre mostraron ser buenos vecinos para ambas. Le gustaba saber que había una pareja de más edad viviendo en las inmediaciones, personas con quienes podrían contar en caso de necesidad. Y era lo que Caroline hacía ahora. El Sr. Benson le prometió dar el recado a Amanda y, después de algunas palabras, cortó la comunicación.

—¡Aquí estoy yo, sentada justamente en la silla que pertenece al dueño de la Steinbeck Corporation! —exclamó ella, después de desconectar el teléfono.

—¿Y qué?

—Adam, ¿ya observaste como son de diferentes nuestras vidas? —pregunto ella, apoyando la barbilla sobre una de sus manos—. ¿Ya imaginaste lo que es vivir en un apartamento minúsculo, teniendo sólo el dinero necesario para sobrevivir?

—Ya pasé por eso —él respondió sorprendentemente—. ¿O crees que nací rico?

Caroline hizo una expresión de espanto.

—No sé muchas cosas al respeto. Cuéntame más.

—¿Estás realmente interesada en saberlo, Carol?

—Adam, todo lo que este relacionado contigo me interesa —habló con sinceridad.

—Bien, comencé la vida con un puñado de libras esterlinas cuando tenía, aproximadamente, veinte años de edad. Compré un terreno, que conseguí por un precio barato y que vendí con un beneficio enorme. Negocios de ese tipo eran considerablemente más fáciles en aquellos tiempos. Los precios no eran iguales a los de hoy. Si tú pudieras ver

ese pequeño negocio e imaginarlo como una piedra desciendo por una ladera llena de nieve, formando una avalancha, cómo es naturalmente la Steinbeck Corporation. Y claro que tuve socios, y nosotros compramos firmas menores, que fueron reunidas para formar la empresa que existe hoy. Y eso es todo.

—Sólo eso! —exclamó ella—. ¡Es fantástico! Yo leí sobre casos parecidos, pero no tenía la menor idea de que fuera así que te hizo ser quién eres.

—Los últimos años, también compramos algunos inmuebles en Estados Unidos, y por eso es por lo que paso una parte de mi tiempo allá —Adam prosiguió—. Obviamente, yo podría transferir una buena parte del trabajo a mis socios, pero a mí me gusta trabajar. Además de eso, desde que Lidia murió, no he tenido muchas otras cosas para hacer.

—¿Lidia? ¿Era su esposa?

—Exacto. Ella falleció hace ocho años. Supongo que ya sabes que ella murió de leucemia.

—Sí —asintió Caroline. Adam suspiró profundamente.

—Sabes, para ser bien honesto, no creo que Lidia tuviera mucho interés en continuar viviendo después que John nació, y los negocios prosperaron continuamente. Creo que a ella le gustaba tener una vida más simple. —Sonrió—. Ahora ya sabes todo respecto a mi —concluyó él.

—¿La amabas mucho? —preguntó Caroline, sabiendo que esa pregunta era una tortura para sí misma.

—¿Amor? —Adam hizo un movimiento ambiguo con los hombros —. Yo me casé con Lidia cuando tenía sólo veinte años de edad. Ni siquiera sabía lo que era amor en aquel entonces. Ella era cinco años mayor que yo y muy astuta. Lidia, cierto día, me dijo que estaba embarazada. Nosotros nos casamos inmediatamente. John nació doce meses más tarde.

—¡Oh! —Carolina bajó la cabeza. Tenía la seguridad de que Adam nunca había contado eso a cualquiera otra persona, y ella sintió el ímpetu de correr hacia él y mostrarle la inmensidad de sus sentimientos. Sin embargo, se quedó sentada donde estaba.

—Desde entonces —él continuó lentamente —conocí muchas mujeres. Pero nada tuvo a ver con amor.

—Comprendo.

—Las mujeres de mi ambiente parecen ver siempre al millonario, y no al hombre —dijo secamente.

—No creo que eso sea completamente verdad —Caroline habló rápidamente—. No estás dando el debido valor a tus atractivos físicos ni a tu personalidad. No es el dinero lo que me interesa Adam.

Él la encaró con una expresión levemente escéptica.

—¿Ni un poco? —preguntó suavemente—. Encuentro difícil creer eso.

—Cuando entré en el ascensor aquel día, el día en que nos vimos por primera vez, no tenía la mínima idea de quien eras. Sin embargo, me atrajiste de la misma manera y con la misma intensidad con que me atraes ahora.

—Entiendo. ¿El dinero no te atrae ni un poco, entonces?

—No seas tonto. Es lógico que el dinero también me atraiga —ella respondió—. Yo sería una boba si dijera que no. Finalmente, a nadie le gusta ser pobre toda la vida. Lo que estoy queriendo decir es que el dinero, por sí sólo, no me atrae ni un poquito. Cuando leo en los periódicos acerca de chicas adolescentes aún, casándose con hombres de setenta o más años de edad, me quedo… no sé como. Y si te imaginas que pienso de esa manera sobre ti, debes estar completamente loco. —Un escalofrío sacudió todo su cuerpo—. Yo nunca permitiría que un hombre de esos colocara un dedo en mí. Sería peor que… —Su voz falló.

—Creo que piensas que estas hablando en serio —Adam murmuró, en un tono de voz medio divertido.

—Pero, realmente, estoy hablando en serio —afirmó ella irritada.

—Tal vez yo esté equivocado —Adam admitió, examinándola durante algún tiempo. Después, con un movimiento de hombros, dijo —: —Caroline, tendré que viajar el próximo lunes, después de mañana. Sucedió un imprevisto.

—Cuanto tiempo vas a estar fuera? —preguntó, esforzándose por parecer tranquila, pues no le había gustado la declaración.

—Bien, no tengo mucha certeza, pero creo que serán unos cinco días. El lunes por la mañana, cogeré un avión para Nueva York y quiero poder ir a Boston el jueves. Mi madre vive allá.

—¡Tu madre! —Caroline quedó sorprendida.

—Sí. ¿Tampoco imaginabas que yo tuviera madre? —preguntó sonriendo.

—No nada de eso. Sólo pensé que ella ya no vivía.

—Mi padre murió cuando yo aún era muy pequeño —explicó él—. Mi madre es descendiente de irlandeses y, como todos sus parientes están viviendo en Estados Unidos actualmente, ella prefirió vivir allá, en vez de quedarse aquí, donde las oportunidades de verme no son muy frecuentes.

—Comprendo. —Caroline suspiró. Ella había averiguado muchas cosas sobre Adam ese día, ¡pero había tantas otras que ella aún quería saber!

—Entonces, ¿vas extrañarme un poco mi ausencia? —indagó él en tono de broma.

—¡Claro que si! —exclamó, en el mismo tono de broma—. ¿Quien

va ayudarme si yo llegara atrasada al trabajo?

Adam sonrió.

—¿Quiere que deje instrucciones diciendo que tienes mi permiso para llegar al trabajo a la hora que quieras?

Caroline chillo.

—¡Oh, no! Yo estaba sólo jugando —dijo ella—. ¡Que envidia te tengo! Me gustaría poder decir "voy para Estados Unidos", como si fuera la cosa más natural del mundo.

Él la miró con los ojos semicerrados.

—Vamos juntos, entonces —la invitó.

El sobresalto era evidente en el rostro de Caroline. Después, frunciendo el ceño, ella suplicó:— Por favor, no hagas bromas de ese tipo conmigo, Adam.

—¿Y quien dijo que estoy jugando? —replicó—. Si quisieras viajar conmigo, yo arreglaría todo lo que fuera necesario.

—¡¿Si yo quisiera?!

A Caroline le encantaría viajar con él, pero sabía que no sería posible. La situación no era así tan simple, a pesar de estar íntimamente preparada para ser tan osada. A fin de cuentas, era necesario pensar en tía Bárbara, en Amanda…

—No —respondió por fin—. ¿Sabías que yo no iría a aceptar, no es así?

—Creo que sí —Adam acordó, con un suspiro. En ese instante, alguien golpeó en la puerta, y la Sra. Jones entró en la sala.

—Acabo de servir la cena para John —ella informó—. Cuando él me preguntó si el señor ya había vuelto, yo tuve que contarle la verdad. Y él me pidió que viniera preguntarle por qué no va reunirse con ellos en la sala de estar.

—Esta bien, Sra. Jones —respondió Adam, sin preocuparse—. Por favor, diga John que nosotros estamos bien aquí y que los veremos durante el desayuno.

—Sí, señor.

—¿Preparó el cuarto rosa de la manera que le pedí, Sra. Jones?

—Sí. Está todo preparado como el señor lo pidió.

—Bien. Me gustaría que le mostrara el cuarto a la Srta. Sinclair. —Volviéndose hacia Caroline continuó:

—Acompaña a la Sra. Jones, querida. Y que duermas bien —murmuró suavemente.

—Buenas noches, Adam —dijo Caroline y, obediente, acompañó a la Sra. Jones al cuarto que le había sido designado. El aposento, con baño privado, quedaba en la parte superior de la casa, y Caroline se quedó impresionada con el lujo de la decoración. Después de tomar un baño, ella apagó las luces principales, dejando sólo una de un buró al lado de la cama. El cuarto se sumergió en una penumbra dorada. Miró

su reloj y vio que ya era casi medianoche, hora de dormir pensó.

De pronto, oyó un golpe en la puerta. Ella la abrió, y Adam entró. La cerró y se recargó en ella, sonriendo. Caroline se sentó en la cama, sorprendida por la visita inesperada. Él aún estaba vestido y camino en dirección a la cama.

—No estés asustada —susurró él—. Yo sólo vine para ver si todo está en orden y para desearte una buena noche.

Caroline suspiró.

—Creí que querías que yo no te estorbara allá abajo.

—¿Fue esa la impresión que te di? Lo siento mucho, mi bien. Yo simplemente no quería dar motivos para que la Sra. Jones inventara chismes. A fin de cuentas, eres muy joven… y muy hermosa también… —Él se mordió el labio inferior mientras la miraba.

—Estoy contenta de saber que me hallas atractiva —ella dijo suavemente—. Este cuarto es maravilloso.

Él nada comentó y continuó mirándola fijamente. Después de algunos instantes, Caroline indagó, con voz ronca:

—¿Supongo que esta pijama es tuya, no?

—Sí —murmuró él, mientras sus ojos continuaban acariciando el cuerpo esbelto de Caroline. Súbitamente, Adam se sentó al lado de ella, acercándola contra sí, su boca buscando urgentemente la de Caroline. Había una enorme ternura en ese beso, una ternura que la conquistó completamente, y, cuando ella lo retribuyó, él se tornó más agresivo y sus labios y lengua cada vez más exigentes.

—Adam… —ella murmuró, sofocada.

—Por Dios, Carol —dijo él, soltándose de ella y levantándose nuevamente—. ¡No sabes lo que haces conmigo!

—Pero sé lo que haces conmigo —respondió ella, apoyándose sobre el codo, con el saco del pijama entreabierto, revelando la curva de sus senos firmes.

Adam miro a Caroline y, después de un breve momento, habló en un tono de voz forzado:

—Duerme bien… —Enseguida, él se retiró, cerrando la puerta.

Caroline se giró boca abajo en la cama y comenzó a llorar.

CAPITULO IV

A la mañana siguiente, Caroline se despertó cuando la Sra. Jones entró en el cuarto, diciéndole:

—El desayuno está servido en el comedor.

—Muchas gracias, Sra. Jones —agradeció Caroline.

Más tarde, ya vestida, bajo al desayunador, sin dificultad para encontrar el camino. La casa estaba en completo silencio. Ya eran más de ocho y media de la mañana, sin embargo, siendo domingo, era demasiado temprano, incluso para ella. Cuando entró en la gran habitación iluminada, encontró a una única persona, John Steinbeck. Estaba sentado a la mesa, con un plato con huevos y bacon frente a el, leyendo el periódico. Levantó la vista cuando ella entró y la miró con cierta frialdad.

—Buen día —saludó Caroline, sintiéndose nerviosa y sentándose del otro lado de la mesa.

John refunfuñó una respuesta con un gesto rudo y volvió a concentrarse en la lectura del periódico, pero acordándose en aquel instante de su papel de anfitrión, colocó el periódico a un lado y le ofreció algunas tostadas.

—No, gracias —respondió Caroline, meneando la cabeza—. ¿Tu padre aún está acostado? —preguntó.

—¿Entonces no lo sabes? —menciono dejando bien clara la implicacion existente en sus palabras.

—Si supiera no preguntaría —dijo de la manera más fría posible—. Ahora, tal vez puedas responder mi pregunta.

John se sintió confundido con su propia falta de educación.

—Él anda con Jones, mirando la propiedad. Ellos salieron hace más de una hora. Yo debí haber imaginado que él difícilmente se habría levantado a las siete de la mañana si… —No terminó la frase, pero Caroline comprendió muy bien lo que él quería decir.

—Usted es muy joven aún —ella habló con naturalidad, y tomó un trago de café.

John se irrito

—No me sorprendería si supieras que soy mayor que tú —respondió, determinado a esconder la irritación de su voz.

Caroline rechazó enredarse por el camino que él proponía. En vez de caer en la trampa, comento:

—La neblina parece haberse dispersado hoy, ¿no es así?

John irguió un poco los hombros, mostrando que eso no le interesaba Empujó el plato, dejando claro que había terminado de comer.

—Quieres otro poco de café? —indagó Caroline, levantándose y dirigiéndose al aparador con su propia taza en la mano. Él estaba casi

rehusando, pero acabó diciendo, medio desanimado—: Sí, por favor.

Caroline sirvió el café y después de entregarle su taza volvió a sentarse en el mismo lugar. John también parecía estar más conforme, y Caroline imaginó que, si las circunstancias fueran otras, a ella probablemente le habría gustado él. Era joven, atractivo e inteligente. Tenía la certeza de que a él también podría haberle gustado ella. A pesar de que sus ojos expresaban antagonismo, revelaban también que John la hallaba atractiva. Y ella se divertía con su demostración clara de celos.

—¿Hace cuanto tiempo que conoces a mi padre?

—Hace pocos días —respondió Caroline, prestando atención a la manera como él reaccionaría al hecho.

—¡Días! —exclamó. Enseguida, indiferente, prosiguió:

—Pero parece que vosotros consiguieron hacerse bastante íntimos durante ese tiempo.

Caroline enrojeció nuevamente, pero se esforzó para responder con la mayor tranquilidad del mundo

—Eso ocurre a veces.

—Lo dudo —dijo John, con ironía—. Y supongo que el dinero de él no te incomoda, ¿verdad?

—¡Realmente, el dinero de él no me molesta! —exclamó Caroline —. Para ser sincera, sin embargo, me parece que todos en esta familia dan demasiada importancia al dinero. Puedes creer o no en lo que voy decirte, pero no fue el dinero de tu padre que hizo que yo me sintiera atraída por él. Adam es un hombre fascinante, ¿o será que nunca has visto eso? ¡Tu novia ya lo notó!

John se puso furioso y Caroline, satisfecha. ¡Él se consideraba tan inteligente y, ahora, ella había conseguido sacudir sus cimientos!

Caroline se levantó de la mesa y fue hasta una amplia ventana desde donde se podía ver la entrada de la casa. Eso dio a John el tiempo necesario para controlarse. No le era muy agradable ser ridiculizado por una chica la cual estaba comenzando a gustarle, independientemente de los lazos que la unían a su padre. Estaba acostumbrado a ser asediado por todas las mujeres que encontraba, y el hecho de que Caroline prefiriera a su padre le causaba aprensión.

Caroline desvió los ojos al techo al oír la conversación inconsecuente de Tonia, que había entrado en la habitación, interrumpiendo la plática entre ellos. Era perfectamente comprensible que Adam detestara a las mujeres de su nivel social si todas hablaban así. Son adornos muy decorativos, pensó Caroline, suspirando. Momentos más tarde, Adam tomó su desayuno en la compañía de Caroline, y, enseguida, ambos partieron para Londres.

Cuando él estacionó el coche al lado del edificio donde ella vivía, Caroline declinó la cabeza, sintiéndose bastante deprimida. La semana

que tenía enfrente le parecía ser excesivamente larga y monótona.

—Bien —dijo Adam, colocando el brazo sobre el espaldo del banco —, llegó la hora de que nos separemos, pero por poco tiempo.

Caroline asintió con un gesto de cabeza, sintiendo una sensación enorme de llorar. Ella nunca se había sentido tan triste antes.

—Oh, Adam —susurró, irguiéndose buscando con sus ojos los de él —, no estás sólo jugando conmigo, ¿verdad?

La expresión de Adam cambió.

—¿Existe alguna necesidad de preguntar eso? —murmuró, un poco irritado—. Por Dios, Carol, ¿crees que quiero dejarte aquí? Si yo pudiera hacer las cosas a mi manera, yo te llevaría conmigo. Pero eso no es posible, ¿o si?

—Es verdad… —habló tristemente—. Eso no es posible. ¿Cuando pretendes volver?

—Creo que estaré de vuelta el viernes —respondió él, mordiéndose los labios—. Prometo telefonearte desde la oficina, ¿está bien? —Y sonrió—. En cuanto el avión llegue allá.

—¡De allá del aeropuerto! —Exclamó ella, sonriendo también—. Si quisieras —dijo suavemente —yo también podría telefonearte a Nueva York.

—Pero no tienes el teléfono del departamento.

—No te preocupes por eso.

—Basta que me telefonees cuando estés de vuelta, querido.

—Repite esa última palabra —Adam pidió—. Me gusto oírte decir eso.

Enseguida, él besó suavemente la frente de Caroline.

—Ahora ve mi amada. Ya no digas nada, sino yo no voy a dejarte salir de aquí.

Caroline descendió del automóvil en silencio. Se sentía levemente embriagada. Ese diálogo fue mucho más intoxicante que cualquier bebida alcohólica. Adam condujo el coche y se alejó sin una mirada para atrás.

Caroline entró lentamente en el edificio. Era casi medio día. Cuando abrió la puerta del apartamento, encontró a Amanda preparando el almuerzo. Esta se volvió hacia ella cuando oyó el ruido de la puerta. Había una expresión de alivio en su rostro.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Amanda—. ¡Pensé que ya no volverías!

—Oh, Mandy —respondió Caroline—. Yo sólo me quedé en Slayford a causa de la neblina. Era una noche pavorosa.

—Yo sé, yo sé. Pero, lógicamente, me acordé de quién la acompañaba y me quedé imaginando si él no iría aprovecharse de la oportunidad caída de los cielos.

—No estábamos solos —explicó Caroline, un poco irritada—. El

hijo de él y la novia llegaron allá ayer al caer la tarde, para pasar el fin de semana. Eso para no mencionar la gobernanta y su marido. Honestamente, Amanda, no hay necesidad de hablar de ese modo. Estoy perfectamente bien y continúo intacta, física y mentalmente. No sucedió nada.

Amanda levantó los hombros con un aire lastimado. Caroline frunció el ceño. No tenía la intención de ser ruda con su amiga, pero en aquel momento no estaba interesada en intrigas. En cuanto a su relación con Adam, se sentía totalmente subyugada y sabía que Amanda me quedaría impresionada si supiera eso algún día. Caroline nunca había sentido nada parecido durante toda su vida y, probablemente, nunca iría a sentir lo mismo al lado de cualquier otro hombre. Hasta entonces, los muchachos difícilmente conseguían perturbar sus emociones. Pero Adam alcanzó las profundidades de su alma, haciéndola sentirse sacudida por la confusión íntima que le causara. Será que él podría algún día sentir lo mismo en relación a ella? Caroline dudaba de eso. Él ya había conocido muchas mujeres y no iría envolverse seriamente con una adolescente.

La semana siguiente pareció ser la más larga de toda la vida de Caroline. Ella iba automáticamente al trabajo, viviendo únicamente en función del próximo fin de semana y de la vuelta de Adam.

Ruth, que le hizo una serie de preguntas acerca de Adam, recibió sólo respuestas monosilábicas y no tardó mucho tiempo para desistir. Caroline estaba segura de que Ruth creía que ella estaba deprimida e intentó mostrarse alegre como siempre, pero no fue muy convincente.

La tarde del jueves, a mediados de diciembre, Mark Davidson entró en la central de mecanografía con una pila de cartas para otra chica. Después de entregarlas y certificarse de que la Srta. Morgan no estaba cerca, se aproximó a la mesa de Caroline, con una manera de quien no quiere nada. Se recargo en la mesa de ella y dijo:

—¡Hola, belleza!

Caroline sonrió por la falta de imaginación de aquellas palabras.

—¿Que es lo que quieres? —preguntó—. La Srta. Morgan puede volver en cualquier instante, y sabes que a ella no le gusta que te quedes por aquí más que el tiempo necesario para su trabajo.

—Oh, pero eso es lo que estoy haciendo —respondió Mark, de buena gana—. Además de eso, ella está en una reunión con el Sr. Willis, por lo tanto, va a tardar un poco. Ahora… ¿que me dices de esa historia loca que oí? Dicen que usted y el jefe fueron almorzar juntos…

Caroline no dio mucha importancia. La historia estaba circulando por todo el edificio.

—Eso fue la semana pasada —habló fríamente—. Como noticia no

debe ser la última.

—Tal vez no —dijo Mark, arqueando las cejas—. Pero, aún así, continúa siendo un asunto bastante interesante, ¿no crees? ¡Tú juegas muy alto niña! Ahora, puedo comprender por qué ni yo entro en tus planes.

—¡No seas ridículo, Mark! —exclamó Caroline, sintiéndose irritada con las palabras de él. Una cosa era que las personas comentaran hechos pasados y otra era especular sobre cosas que podrían suceder. A ella no le gustaba ver el nombre de Adam siendo usado de esa manera. Eso nunca había ocurrido antes, y la manera en la que Mark se expresaba hizo con que ella comprendiera como las otras personas consideraban divertida una oportunidad como esa, para mofarse de un hombre influyente.

—No encuentro eso ridículo —replicó Mark, con una sonrisa divertida y maliciosa iluminando su rostro—. A fin de cuentas, no eres de la misma clase social que él, ¿o si? Quiero decir que cualquiera que sea la relación entre ustedes, todos pensarán siempre lo peor, ¿no lo crees? Ni aún tú puedes imaginar que eso vaya a resultar en algo serio.

—Fue sólo un almuerzo —dijo Caroline, aliviada porque nadie sabía acerca del fin de semana.

—De momento fue sólo eso —coincidió Mark—. Pero sabes lo que sucede cuando se juega con una piedra en una laguna de aguas inmóviles. Los círculos van haciéndose cada vez mayores. —Él observó que Caroline estaba visiblemente preocupada. Aprovechando la oportunidad, continuó—: Obviamente, podrías colocar un punto final en todos esos rumores.

—¿Como? —preguntó, interesada, sin desconfiar de las intenciones de él.

—Saliendo con otra persona. Finalmente, una chica que ya está saliendo normalmente con un muchacho no se ocupa de un hombre lo suficientemente viejo para ser su padre.

De pronto, comprendió adónde él quería llegar.

—Supongo que esta insinuándome para que yo salga contigo —ella habló, suspirando.

—Mira, hallo perfecta la idea. —Mark sonrió abiertamente—. ¿Que piensas de eso?

Caroline tardo en responder, odiándolo por su pretensión y su falta de imaginación. Pero a Mark Davidson le gustaba hablar mucho, y ella podía imaginar muy bien todo lo que diría, si se rechazara su invitación. Sintiéndose entre la espada y la cruz, capituló.

—Muy bien, entonces —dijo, forzando la voz para asumir un tono frívolo y despreocupado.

—¿Que día sugieres?

—¿Que tal hoy por la noche? —respondió Mark rápidamente. Él se sentía feliz. Nunca había pensado que su embate fuera a encontrar tan poca resistencia. Caroline asintió. Finalmente, al día siguiente en la noche, ella probablemente estaría encontrándose con Adam. Después que Mark se fue, ella no se sintió tan despreocupada.

Era una buena idea salir con aquel sujeto engreído para callarle la boca a los intrigosos, pero y si Adam supiera que ella había salido con ese muchacho? Caroline suspiró. Que motivos tenía para creer que Adam pudiera importarle eso? Su posición era muy insegura en ese momento.

A las cinco de la tarde, ella ya se había arrepentido de la decisión tomada, sin embargo, se encontró con Mark en la entrada, conforme había sido convenido, y no había sabido como librarse del compromiso. Fueron al cine a ver a una película bíblica. A pesar de haber intentado sólo coger su mano en el cine, Caroline tenía miedo de ir a casa con él, pues podría mostrarse mucho más osado.

No que ella no supiera como lo impediría, ella simplemente no quería ofenderlo. Mark podría vengarse, esparciendo rumores maliciosos sobre ella y Adam. Antes de llevarla a casa, fueron a cenar en un pequeño restaurante chino. Caroline no estaba muy dispuesta a conversar, y Mark no paraba de hablar. Sin embargo, parecía satisfecho con las respuestas cortas que ella le daba, y Caroline cedió para que él imaginara que le estaba gustando el paseo.

Al salir del restaurante, Mark tuvo la intención de llamar un taxi, pero Caroline protestó.

—¡No es necesario hacer eso! —exclamó ella—. Puedo muy bien ir en autobús a casa. No me importa irme sola, pero a ti se te va hacer muy tarde por acompañarme.

—No que va —respondió Mark, con determinación. Y así que cuando un taxi pasó, lo paró, ayudándola a entrar. Ella se sentó lo más distante posible de Mark. Después de una tentativa fallida de colocar el brazo en torno a los hombros de Caroline, no la molestó más durante todo el recorrido. El taxi se estaciono en la calle Gloucester Court, Mark pagó el viaje y descendió.

Caroline suspiró profundamente. Él, obviamente, tenía la intención de prolongar al máximo la despedida. Cuando el taxi se alejó, ella comenzó a andar en dirección a la escalera del edificio.

—Bien —dije con firmeza— muchas gracias por esta agradable noche. Buenas noches.

—¡Espera un momento! —exclamó Mark—. ¿Eso significa que ya vas a entrar?

—Exactamente —Caroline habló, volviéndose para él—. ¿Por casualidad imaginabas alguna otra cosa?

—Bien, pensé que podríamos comenzar con un beso —dijo Mark,

acercándola con fuerza. Caroline volvió el rostro a un lado, después para el otro, evitando el contacto de los labios de él e intentando soltarse.

—¡Suéltame! —ella gritó, furiosa—. ¿Quién piensas que soy?

—Tranquila —le pidió, pues también ya estaba irritado. Mark no estaba acostumbrado a encontrar una resistencia así de grande.

—¡No! —Caroline finalmente consiguió librarse de él—. Debes estar loco —dijo ella, muy nerviosa—. ¡Los hombres no deben forzar las mujeres a hacer lo que no quieren! Simplemente aún no has crecido Mark.

—Sí… realmente creo que debes preferir a hombres más viejos —respondió irónicamente—. Yo no te tocaría otra vez por nada de este mundo.

—Y yo te prometo que no tendrás oportunidad —ella dijo, aún furiosa.

—¿Por qué? ¿Aún pretendes conquistar al jefe? ¡Que esperanza! Cuando él se entere que saliste conmigo, perderá una buena parte de su interés.

Caroline cerró los puños y entró corriendo al edificio donde vivía.

El día siguiente estuvo lleno de expectativas para ella, pues esperaba una llamada de Adam.

Todas las veces que el aparato tocaba en la oficina, tenía ímpetu de salir corriendo para atenderlo, pero cuando otra persona lo atendía, y no era Adam, no se arrepentía de haberse quedado sentada. Durante el almuerzo, no comió casi nada, y Ruth observó que ella estaba diferente.

—¿Como te fue en tu salida de ayer con Mark? —preguntó Ruth.

—No hables de eso —pidió Caroline, erizándose—. Él es un sujeto molesto. De cualquier forma, no consiguió mucho conmigo.

—Mark debe estar perdiendo la forma —respondió Ruth con una mueca—. Yo ya lo conozco desde hace mucho tiempo. Acostumbraba salir con él de tarde en tarde, en la época en que comencé a trabajar aquí.

—¿Llegaste a salir con él? Parece que Mark ya salió con todas las chicas de aquí. —Por lo menos, tiene fama de hacer eso—. Usted no había me contado nada —dijo Caroline, arqueando las cejas.

—Pensé que lo sabias. Oh, Caroline, debes de haber oído las historias que corren por ahí acerca de Mark. Algunos dicen hasta que una chica salió de la firma porque estaba esperando un hijo de él, y Mark la abandonó. De cualquier manera, ella perdió el niño y casi murió también. Es claro que hace mucho tiempo que todo eso pasó. Caroline se sintió indignada. Y pensar que ella había salido con ese hombre para no llamar la atención de todos sobre Adam!

—Voy a volver a la oficina —Caroline informó, levantándose.

Adam no telefoneó durante toda la tarde y Caroline estaba en una inmensa desolación al final del día. Al salir del Edificio Steinbeck, notó que se había formado una neblina espesa y oró para que Amanda no estuviera en casa cuando ella llegara. Ella le había contado a Amanda que Adam volvería de viaje el viernes y estaba segura que no podría conseguir evitar las preguntas.

Por lo menos en ese punto el destino parecía estar de su lado. Amanda había dejado un recado diciendo que fue invitada a una fiesta y que había aceptado, imaginando que Caroline ciertamente tendría un compromiso con Adam Steinbeck.

John Mercer deshizo el cigarrillo en el cenicero de la sala de espera de pasajeros de primera clase y, apenado, miró a Adam.

—Bien —dije él, haciendo una mueca— parece que este último comunicado coloca un punto final al problema, ¿verdad?

—Pues si —Adam coincidió de manera abrupta, respondiendo a lo que le había dicho su asistente personal. Antes de arrojar el cigarrillo, fumo una vez más y después añadió:

—¿Ya te detuviste a pensar que estamos aquí, sin hacer nada, desde las seis de la mañana? Ahora ya son las dos de la tarde, y estaremos aquí hasta las ocho de la noche, John.

—Sí, lo sé.

—Quería estar de vuelta en Londres hoy, sabias eso. Pero aunque hubiera un vuelo ahora, sólo conseguiría llegar hasta mañana.

—Sí, sin embargo el servicio meteorológico cree que habrá que esperar por lo menos seis horas a que se despeja la neblina.

—Lo sé, lo sé. Y, por eso, la compañía de aviación ya hizo reservas en el hotel para nosotros.

—Es verdad, señor.

John Mercer asintió con cansancio. Quién sería capaz de saber lo que Adam estaba pensando? De hecho, por qué él estaría tan interesado en volver para Inglaterra? Eso nunca había acontecido antes, y John ya había viajado por todo el mundo con su patrón.

—Estoy complicando las cosas —dijo Adam—. Vamos a ver si encontramos un local, donde podamos beber algo capaz de cambiar nuestro estado de ánimo. No lo crees?

—Es una excelente idea —John respondió, sonriendo. Enseguida, dejaron la sala de espera.

Consiguieron despegar de Nueva York en la noche de aquel mismo día y llegaron a Londres a la nueve y media de la mañana del sábado.

Adam decidió ir inmediatamente a la oficina, para resolver algún

problema de correspondencia, antes de que el edificio cerrara las puertas por el fin de semana. Sabía que Caroline trabajaba los sábados alternados y, como ella no había trabajado la semana pasada, seguramente estaría ahí aquella mañana. Sin embargo, por una rápida llamada, hecha antes de salir del aeropuerto, supo que Caroline no fue a trabajar.

Apartándola de su pensamiento Adam consiguió concentrarse en sus obligaciones profesionales.

Laura Freeman se encontraba en su sala cuando Adam entró rápidamente, acompañado de John Mercer. Ella parecía estar muy contenta y tenía toda la razón para eso. Siempre había sentido una fuerte atracción por Adam Steinbeck, pero sin grandes resultados, y cuando descubrió que él fue a almorzar con una mecanógrafa había permanecido furiosa. Sin embargo, la mañana anterior, había encontrado a Mark Davidson en la hora del refrigerio, y la conversación que tuvo con él contribuyó en mucho a mejorar su humor. Si Caroline estaba saliendo con alguien del tipo de Mark, entonces lo que existía entre ella y Adam no podía ser de mucha importancia. Si Adam supiera eso accidentalmente, y era exactamente lo que ella intentaba hacer, él tal vez estaría interesado en buscar una otra mujer!

—Buen día, Srta. Freeman —Adam saludo, pasando por la oficina de ella y quitándose el abrigo sin detenerse.

John Mercer le hizo una mueca a ella, que retribuyo con una sonrisa.

—Traiga su libreta —pidió Adam a la Laura, entrando en su oficina y dirigiéndose al escritorio. Había una pila de correspondencia que fue examinada y algunas cartas entregadas a John, que inmediatamente dejó la oficina.

John se retiró en el momento en que Laura entró y se sentó delante de Adam. Poco tiempo después, Adam estaba dictando rápidamente, y Laura tenía que prestar mucha atención para poder seguir el ritmo rápido de trabajo. En una pausa entre dos cartas, Laura preguntó:

—¿Fue la neblina la que causó el retraso, Sr. Steinbeck?

—Sí —respondió Adam—. ¿Podemos continuar ahora?

Después de más media hora de dictado, él concluyó la sesión.

—Creo que eso es suficiente —dije, relajándose un poco—. ¿Podrías servirme un café? Necesito uno.

—Claro que sí —Laura se retiró y apareció momentos después, con una bandeja en la mano. Adam aceptó la taza que ella le ofreció y después preguntó:

—A propósito, la Srta. Sinclair no vino a trabajar esta mañana. ¿Podrías decirme por qué? Me parece que ella debería estar trabajando hoy.

—Sí, debería —concordó Laura, apenas consiguiendo creer en su suerte. No había duda, los cielos estaban enviándole esta oportunidad única! —. Tal vez ella esté enferma. Sin embargo, sé que ella estaba bien la noche de jueves, porque salió con Mark Davidson. Conversé con él ayer en el refrigerio, y Mark comentó sobre la película a la que habían ido. —¡Ella había conseguido pasar la información! Pero si esperaba alguna reacción de Adam quedó decepcionada. Él dijo simplemente:

—Tal vez esté gripada. Está haciendo mucho frío. Adam terminó su café y se levantó.

—Bien, Srta. Freeman, el trabajo restante está a su cargo. La única cosa que quiero ahora es una cama. No duermo bien desde el jueves y estoy muy cansado.

—Oh, vamos a salir —pidió Amanda—. Hoy es sábado, y estás tan desanimada. Mira, ¿por qué no te arreglas un poco y vienes con nosotros? A Bobby no le va a importar, estoy segura. Él es maravilloso, y, además de eso, vamos a una fiesta. Habrá muchos muchachos solos por ahí.

Bobby era el nuevo novio de Amanda, y ese día iban a una de aquellas fiestas interminables, de las cuales a Amanda parecía gustarle tanto. Caroline tenía claridad de que moriría de tedio y fue exactamente eso que ella dije a la amiga.

—Debes estar enfermando —discutió Amanda, irritada.

—No es nada de eso —respondió Caroline, suspirando—. Estoy cansada. Tomaré un buen baño y después me voy a la cama.

—Como quieras —dijo Amanda, contrariada—. Diviértete —añadió antes de salir y azotar la puerta.

Así que quedó sola, Caroline se pregunto furiosa. ¿Por qué? Oh, ¿por qué Adam no entraba en contacto con ella? ¿Por qué él no la informaba de lo que estaba ocurriendo? Impaciente, comenzó a andar por la sala. Ella se sentía deprimida. ¡Si por lo menos él apareciera!

Más tarde, tras el baño, Caroline fue preparar un café y oyó a alguien llamando a la puerta del apartamento. Temblando un poco y con el corazón latiendo irregularmente, Caroline cruzo la sala.

—¿Quién es? —preguntó sin abrir la puerta.

—Steinbeck —respondió la profunda voz.

—¡Adam! —exclamó ella. Rápidamente abrió la puerta y se alejó un paso, para que él pudiera entrar.

Durante un momento, ella sólo pudo mirarlo, sintiendo el inmenso placer de verlo. Después cerró la puerta y se recostó en ella. Caroline no sabía si había o no esperado que él la abrazara, pero de cualquier manera, no estaba preparada para su expresión solemne y para el aire

de ironía que se veía en sus ojos.

—Hola, Caroline —dije él, haciendo un gesto de cabeza. De repente, ella fue consciente de su apariencia poco adecuada para recibir visitas y dijo:

—Voy a cambiarme por algo más apropiado.

Pero, antes que pudiera dar un paso, los dedos de él se cerraron en torno a su muñeca.

—No te molestes —dije Adam—. No pretendo quedarme por mucho tiempo. Siéntate.

Caroline obedeció y, nuevamente, pensó en cuánto él la atraía.

—¿Llegaste muy tarde anoche? —preguntó, mirándolo a él.

—¿Anoche? —Adam arqueó las cejas—. No, la neblina atrasó el vuelo, y nosotros sólo conseguimos aterrizar en Londres hoy por la mañana.

—Ah, comprendo. —Caroline casi sonrió. Eso por lo menos explicaba en parte el retraso de la visita de él. Su corazón se sintió un poquito mejor, pero la expresión de Adam continuaba siendo muy violenta.

—No fuiste a trabajar esta mañana —habló él tranquilamente.

—No. Lo siento mucho. No conseguí dormir muy bien la pasada noche y estaba apenas descansando cuando desperté hoy.

Adam hizo un gesto de comprensión con la cabeza.

—Vine aquí para despedirme de ti —informó, con mucha tranquila Caroline palideció.

—¡¿El qué?! —exclamó ella, con un tremendo pánico.

—Sabías que todo tendría que terminar algún día.

Caroline simplemente no creía lo que estaba sucediendo. Ese no era el mismo Adam que se fue de viaje una semana antes. El mismo hombre con quien ella había pasado el último fin de semana. De repente, ella descubrió que había sentido miedo durante toda la semana de que algo así pudiera ocurrir, por eso, a pesar de saber que él volvería el próximo fin de semana, no consiguió controlar su comportamiento.

Él metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó un paquete pequeño, que entregó a Caroline.

—Yo te compré un presente en Nueva York —murmuró.

Los dedos de ella temblaban al abrir el paquete. Era una caja forrada con papel blanco, había un brazalete de platino, adornado con esmeraldas, rubíes y diamantes. Era la joya más costosa y bella que ella ya había tenido la oportunidad de ver, pero su corazón y su estómago protestaron. Sería que él pensaba que había algún motivo para pagarle?

Cerró la caja y la devolvió a Adam.

—Lo siento mucho, pero no puedo aceptar este presente —dije

ella, con frialdad en la voz—. Si tu intención fue darme un recuerdo de… bien… de nuestra relación… esto no es necesario. Prefiero comprar personalmente mis joyas, gracias.

Era muy difícil sonar digna y mostrar orgullo cuando, por dentro, estaba deshecha. La voz de Caroline sonó bastante insegura, a pesar de todos sus esfuerzos por mostrar lo contrario.

—Vas a cambiar de opinión —Adam habló secamente, poco convencido de la sinceridad de ella.

—¡Como tienes el coraje de insinuar una cosa de esas!—exclamó, furiosa—. ¿Imaginas que sólo porque no vivo con mucho lujo, estoy dispuesta a agarrar cualquier cosa que me aparezca enfrente? Debes tener una opinión muy ruin de mí…

—No —respondió él—. Por lo menos, no de ti en particular. Creo que las mujeres, de manera general, son muy parecidas.

—Bien, no soy parecida a las mujeres de ese tipo —respondió ella.
—Puedes coger tu brazalete y dárselo a alguien que realmente este contenta con él. Alguna mujer que este feliz de recibir cualquier cosa del gran Adam Steinbeck por el simple hecho de venir de ti!

—Eres aún muy joven. —Fue todo lo que él dijo.

Caroline se sintió indefensa. Ese tipo de discusión simplemente no llevaría a lugar alguno.

No quería que la considerara sólo una chica voluntariosa. ¡Quería que la deseara! ¡Que la amara! ¿Por qué, de repente, él estaba tan frío y distante?

—¿Tomaste esa decisión porque soy demasiado joven? —preguntó ella, suspirando—. Creo que tengo el derecho de saber el por qué de todo esto.

—Más o menos por eso —convino él, en un tono de voz extremadamente frío.

Caroline dio media vuelta y se pasó las manos por el cuello, masajeándose la nuca.

—Tú cambiaste. Realmente conseguiste engañarme.

—Yo podría decir lo mismo en relación a ti —argumento él, dirigiéndose a la puerta.

—Estás olvidando tu brazalete —ella le informó.

—El brazalete es tuyo —él la corrigió, cerrando la puerta del apartamento.

CAPÍTULO V

Al día siguiente, el domingo, Caroline despertó muy tarde, sintiéndose bastante deprimida. Nunca en toda su vida se había sentido tan infeliz. Todo le parecía desagradable y sin atractivo. Se quedó en la cama, intentando dormir otra vez, hasta la hora del almuerzo. Amanda se levantó antes. Caroline temía enfrentar a su amiga y la avalancha de preguntas que fatalmente haría.

Era una actitud cobarde, pero Adam fue la más importante de toda su vida, y ahora todo había llegado a su fin. Aún tenía dificultad en creer en lo que había pasado en la noche anterior y alimentaba esperanzas de que todo no había pasado de una pesadilla. Amanda puso un punto final en esas esperanzas cuando, al entrar en el cuarto, más o menos a la mitad del día, trajo consigo la caja con el brazalete.

—¿Esto de aquí es tuyo? —preguntó ella con una sonrisa, al descubrir que Caroline tenia los ojos abiertos.

—No —respondió Caroline, temblorosa, con las lágrimas aflorando en sus ojos—. Eso pertenece a Steinbeck. Él se olvidó de llevárselo anoche. Voy a tener que devolverlo personalmente.

Amanda frunció el ceño.

—Querida, sé que soy una persona muy curiosa, pero… ¿puedo saber por qué estás llorando? ¿Él vino o no? ¿Él no… Bien…? —Sus palabras y el significado de ellas eran bastante claros.

—Él no me sedujo —explicó Caroline, con voz neutra—, si es eso lo que quieres saber. Por el contrario, nuestro pequeño asunto, si es que se puede usar esa palabra, terminó. Pero no me preguntes por que. Yo misma aún no consigo comprender todavía lo que pasó.

Amanda se instaló en la orilla de la cama de su amiga.

—Tal vez él ha oído algo acerca de ti y de ese tal Mark Davidson, con quien saliste el otro día. Sabes que las noticias de ese tipo acostumbran correr muy deprisa.

Caroline se sentó abruptamente en la cama. Hasta entonces, esa posibilidad no se le había ocurrido. Ella le había contado a Amanda que Mark tenía una pésima reputación, y su amiga le había aconsejado que no saliera más con ese hombre.

—Oh, Amanda, ¿crees que eso es posible? Él debe haber ido a la oficina ayer, pues me preguntó por qué no fui trabajar. ¿Pero quien iría a contarle una cosa de esas en al momento de su llegada?

—Es perfectamente posible que hubiera otras personas interesadas también en él, querida. Y tu encuentro con Mark sólo podía resultar en complicaciones. Honestamente, no consigo comprender por qué aceptaste en salir con él. No había motivo alguno para actuar de esa manera.

Caroline suspiró.

—Ya te dije, Amanda. Estaba pensando sólo en Adam.

—Hasta para mí, eso parece ser muy poco creíble —Amanda habló, pensativa—. ¿O será que yo debía decir muy improbable?

Caroline estaba desesperada.

—Amanda, ¿que puedo hacer?

—Yo, en tu lugar, aceptaría eso cómo el fin de todo —dije solemnemente—. Caroline, es la mejor alternativa para esta situación.

—¡No lo es! —Exclamó Caroline, desconsolada—. Amanda, te olvidas de una cosa, yo lo amo.

—¿Estás hablando en serio?

—Nunca hablé tan serio en toda mi vida —replicó Caroline, escondiendo el rostro en sus manos.

—¡Mi Dios! Bien, te deseo mucha suerte. Vas a necesitarla.

—Mandy, de cualquier manera, ¿por qué él no me dijo nada acerca de mi salida con Mark?

—No debes olvidar que Adam Steinbeck tiene casi cuarenta años y tú sólo diecisiete.

—Casi dieciocho —la corrigió Caroline.

—Está bien. Dieciocho, entonces crees que eso hace mucha diferencia. El señor Steinbeck se va de viaje. Y después, tú sales con un muchacho que tiene una edad más cercana de la tuya. ¿Que pensarías en su lugar? Yo pensaría que querías a Steinbeck a causa del dinero y Mark para otra cosa.

—¡Amanda! ¡Cielos, Adam es mucho más atractivo que Mark!

—No estás siendo objetiva.

—Oh, ¿Amanda que es lo que debo hacer?

—En tu lugar, yo dejaría la situación se calmara un poco —respondió—. Dicen que la ausencia revela la esencia de los sentimientos.

—Tal vez tengas razón. Pero de cualquier forma voy mandar este brazalete de vuelta mañana. No importa lo que suceda, yo no lo quiero.

El lunes por la mañana, Caroline colocó la caja con el brazalete en la bolsa de mano y se fue a trabajar. Ella esperaba que Adam fuera trabajar aquel día, permitiéndole así que ella le enviara el brazalete con un mensajero. Caroline no quería devolverlo personalmente, sin embargo, durante el recorrido del autobús en dirección al Edificio Steinbeck, comprendió que era prácticamente imposible enviar un objeto de tanto valor por medio de un mensajero.

Y se extraviara? Y si alguien robara el brazalete? No! Tendría que llevarlo personalmente hasta la oficina de él. Entregándolo a su secretaria, podría tener la confianza de que llegaría a sus manos. Cuando pidió permiso a la Srta. Morgan para subir hasta la oficina de

la dirección, su jefe la miró con espanto. Sin embargo, no tuvo el valor de rehusar la salida de la joven, pues no sabía exactamente cual era la relación entre Caroline y Adam Steinbeck.

—El Sr. Steinbeck no vendrá a trabajar hoy por la mañana —informó la Srta. Morgan, tensa.

—Eso no es problema —Caroline respondió tranquilamente—. La secretaria de él podrá resolver el asunto.

—Muy bien. Como su descanso para tomar café comienza dentro de quince minutos, usted puede subir ahora. —Ella se sentía frustrada y eso se transparento en su tono de voz.

—Muchas gracias —Caroline agradeció con una sonrisa y se alejó para coger su bolsa.

El ascensor la llevó hasta el décimo piso. En cada puerta del corredor había una pequeña placa, con el nombre del ocupante de la sala en letras doradas. Así que no tuvo dificultades en encontrar la oficina de Adam Steinbeck. Golpeó a la puerta y entró en la sala ocupada por Laura Freeman, pero, para su sorpresa, no había nadie. Sin embargo, como notó indicios de trabajo de Laura, concluyó que la secretaria no iría a tardar mucho en regresar.

De repente, tuvo la sensación de estar siendo observada por alguien y se volvió rápidamente. Enseguida, enrojeció. El propio Adam estaba recostado en el marco de la puerta por la cual ella acabado de entrar, observándola atentamente. Era obvio que él acababa de llegar al edificio, pues aún vestía el abrigo. Su fuerte magnetismo la alcanzó, haciéndola turbarse. Nunca había pensado que un hombre pudiera provocar tal efecto sobre ella.

Adam la observaba con una intensidad enorme y Caroline sintió un poco tensa, comenzando a jugar nerviosamente con la cajita del brazalete. Después de algún tiempo que le pareció una eternidad, él entró en la oficina.

—¿Querías hablar conmigo? —preguntó él, con voz neutra.

—Sí y no —respondió, medio incomodada—. Vine a devolver sólo el brazalete. Mi intención era dejárselo con su secretaria, pero como no estaba me quedé esperando por ella.

Adam la miró, pensativo.

—No podemos conversar aquí —dijo de manera abrupta—. La Srta. Preeman debe volver en cualquier instante. Ven a mi despacho.

Pasando por delante de ella, abrió la puerta de su oficina y permitió que Caroline lo precediera para entrar en la otra habitación. Caroline permaneció de pie en el centro de su oficina, sin saber que era lo que debía hacer. Se sintió como una colegiala nuevamente, teniendo que enfrentar el director de la escuela.

Caroline miró para bajo y se quedó examinando la punta de sus zapatos. Después, tomando valor, irguió los músculos de los hombros

y volvió a encararlo de frente.

—Entonces, ¿viniste para devolver el brazalete? —él indago.

—Sí. Y sólo eso. —Ella colocó el brazalete sobre un extremo de la mesa de trabajo. Adam la enfrentó de un modo que parecía haber ensayado antes.

—El sábado en la noche fui un poco grosero contigo. Te pido disculpas.

—Todo está bien. —La voz de Caroline demostraba una amable frialdad.

—No estoy acostumbrado a hacer cosas de ese tipo —continuó él —. Supongo que mi estilo no ha tenido mucho éxito.

—Creo que usted hizo exactamente lo que quería hacer —replicó Caroline, esforzándose para mantener la voz distante—. Dejó su posición muy clara.

Adam entrecerró levemente los ojos y después levantó los hombros.

—Comprendo. Bien, tengo la convicción de que no tendrás dificultades en encontrar otra persona que te haga compañía. Pero sé que estás interesada en un joven que trabaja aquí.

Caroline enrojeció. ¡Entonces, él estaba al corriente de lo que había sucedido la noche del jueves!

—¿Está refiriéndote a Mark Davidson? —preguntó ella, irritada.

Adam se sentó en la silla, detrás del escritorio. Se mostraba muy sofisticado y seguro de sí mismo. Caroline sintió ganas de romper la barrera que él había instalado, entre los dos.

—Si no me equivoco, ese es el nombre del joven —estuvo de acuerdo Adam y con mucha naturalidad encendió un cigarrillo.

—Fue exactamente lo que pensé —dijo Caroline—. ¿Quién te contó acerca de él? Adam arqueó las cejas.

—Considerando que es la verdad, no creo que tenga importancia quién me lo contó —respondió—. Él la llevó al cine la semana pasada, mientras yo estaba en Estados Unidos.

—Exactamente. Yo tenía la intención de contarte todo esto, pero no tuve oportunidad de hacerlo.

—Ah, ¿tenías la intención de decírmelo? —Adam no parecía estar creyendo en lo que decía Caroline.

—Es verdad. —Ella suspiró—. ¡Pero no importa! No crees en mí.

—Digamos que ya sé todo lo que vas a decirme.

Caroline bajo la cabeza. ¡Él era tan orgulloso! Ella no sabía como hacer para que Adam supiera lo que realmente había sucedido. Y claro que la culpa era sólo de ella, pero algunas cosas suceden de esa manera.

—Caroline —dije repentinamente—. Tengo algo que decirte. Siéntate.

—No te preocupes por mí —respondió ella, irritada, y volvió el rostro para otro lado.

—Te dije que te sientes —ordenó él, con voz autoritaria. Caroline levantó los hombros y obedeció, instalándose en la silla delante de la de él.

—Puedes estar pensando que fue sólo la salida al cine lo que provoco este distanciamiento entre nosotros, y quiero dejar bien claro que no fue eso. Esta bien, cuando supe que tu y Mark habían salido juntos me sentí furioso y muy decepcionado. En el momento en que te di la espalda, aprovechaste para salir con un otro hombre. Cuando saliste con Mark, dejaste bien claro que necesitas una vida más agitada, que necesita divertirte más, no sólo cuando yo pueda estar a tu lado.

—Estás engañado. A¡dam, no fue nada de eso! ¡Déjame explicar lo que ocurrió!

—¿Que puedes explicar? ¿Que fue uno desliz, que no se repetirá más? ¿Que de ahora en delante vas a ser una niña bien portada? Vamos a reconocer la verdad, Carol, soy demasiado viejo para ti. Aún no está interesada en establecerte en una relación, y creo que era eso lo que yo imaginaba para nosotros dos.

Caroline no consiguió detener las lágrimas. Oír que él la deseaba hasta ese punto y saber que todo había llegado a su fin le partía el corazón.

—¿Crees que la edad es importante cuando se ama alguien? —ella preguntó entre sollozos.

—No me amas… no amas nadie. Carol, sólo soy una gran aventura para ti. No estás interesada en una relación serio, pero yo si.

—Me dijiste antes de irte de viaje que… bien… sabes lo que dijiste.

—Yo estaba hablando en serio. Por Dios, Caroline, yo no cambié. Simplemente volví a pensar de una manera normal. Probablemente esta relación fue lo mejor que podría sucederte.

Caroline limpió sus ojos. Ella no estaba sintiéndose bien.

—No debe haberte importado mucho ya que con el primer problema que se presenta todo terminó —protestó ella, hablando más para sí misma.

—Deja de hablar así —pidió, irritado—. Escucha, dentro de tres semanas, partiré al Caribe de viaje. Cuando yo regrese, tú con exactitud ya habrás conseguido olvidarme. Estoy en lo correcto al decir que esta es la mejor forma en que todo termine.

—¡Oh, Adam! —Caroline susurro—. ¡No termines todo así, por favor!

Adam mordió sus labios. La indefensa belleza de ella, la enorme infelicidad en sus ojos estaban provocando extraños sentimientos dentro de él, y su fuerza de voluntad y su insensibilidad estaban

siendo minadas por la necesidad física que sentía de apretarla contra sí.

—¿Crees que yo quería que todo sucediera de esta forma? —preguntó de modo casi grosero, mientras rodeaba la mesa, aproximándose a ella.

Deliberadamente, Caroline se levanto, de tal modo que su cuerpo se encontró con el de él. Sus instintos parecían decirle que la proximidad física sería capaz de vencer la desconfianza de Adam.

Murmurando palabras incomprensibles, él la acercó hacia sí, tomando los labios de ella ávidamente, mientras los brazos de Caroline envolvían su cuello. Durante los minutos siguientes, las palabras fueron innecesarias, y Caroline, sin aliento, se abrazaba a Adam, para conseguir así sostenerse de pie.

De repente, oyeron a alguien golpeando en la puerta. Durante algún tiempo, sus labios quedaron juntos, y después, con renuencia, Adam a alejó de sí, a la vez que pasaba la mano por los cabellos en desorden. Caroline también se arreglo los cabellos y preguntó:

—¿Es mejor que yo vaya?

Adam hizo un gesto negativo con la cabeza y se dirigió a la puerta, abriéndola.

—Entra —ordenó. Laura entró, y, cuando vio la presencia de Caroline, sus ojos se abrieron con sorpresa. El miedo inmediatamente se transformó en envidia cuando descubrió los labios lívidos y las mejillas sonrosadas de Caroline. Era obvio lo que acababa de interrumpir, y quedó furiosa por el hecho de que sus planes no habían dado los resultados previstos.

Adam, ahora, estaba sentado en el borde del escritorio. Caroline se imagino lo que la secretaria de él de aspecto frío pensaría, si supiera que lo enamorado y excitado que él había estado segundos antes.

Laura era exactamente como ella la imaginara, y, más aún, Caroline sentía la hostilidad que Laura sentía en relación a ella. Una intuición inesperada le dijo que fue esa mujer quien le había dicho a Adam que ella había salido con Mark Davidson.

—Pensé que llegaría pronto para dictarme las cartas, Sr. Steinbeck —dijo Laura, con una sonrisa forzada. —Lo siento mucho, pero yo no sabía que el señor estaba ocupado— estableció lanzando una mirada fría a Caroline.

—¿Podría esperar algunos minutos más Srta. Freeman? Yo la llamaré cuando esté listo.

Laura intentó esconder la decepción.

—Si, señor —habló, saliendo de la sala y cerrando la puerta.

—¿Será que la hemos impresionado? —Caroline preguntó, medio divertida.

—Es muy probable que sí —respondió él.

—Creo que tengo que volver a mi sección. La Srta. Morgan debe estar imaginándose que me fui para casa.

—Yo también pienso que es mejor que regrese —dijo Adam.

—¿Y eso es todo? —pregunto Caroline en un susurro.

—Carol, ¿que quieres que yo te diga? ¿Que te amo? Dios sabe que eso es verdad. ¿Que te necesito? Eso también es verdad. Pero no estoy dispuesto a arruinar tu vida ni tampoco estoy dispuesto a permitir que arruines la mía. Carol, si hiciera cualquier cosa semejante a lo que pasó y nosotros ya estuviéramos casados, ¡creo que te mataría! ¿Comprendes ahora?

—Pero Adam…

—Tengo mucho trabajo que hacer —él murmuró y le volvió la espalda.

Con un sollozo, Caroline corrió en dirección a la puerta, la abrió violentamente, atravesó corriendo la oficina de Laura y se fue por el pasillo. Llegando allá, no consiguió reprimir más las lágrimas y apoyada en la pared, sollozo desesperadamente.

Caroline fue pasar las fiestas de Navidad con su tía Bárbara en Hampstead.

Cuando salió de ahí para irse a vivir con Amanda, tía Bárbara encontró una señora de edad, dispuesta a venir a hacerle compañía pagándole un pequeño salario. Su nombre era Sra. Beale. Su vida era parecida a la de su tía Bárbara, con la diferencia de no tener ningún pariente vivo. Ellas dividían las tareas domésticas entre sí, y todo funcionaba muy bien.

La Navidad fue festejada de manera tranquila y serena. Después de las festividades, cuando volvió al apartamento, intentó expulsar de su mente todos los pensamientos relacionados con Adam. Se transformó en una chica exageradamente alegre, saliendo con Amanda y su círculo de amistades en todas las oportunidades posibles, hasta que Amanda estuvo seriamente preocupada. Amanda advertía que Caroline no se estaba dando tiempo a sí misma para reflexionar sobre sus sentimientos y, por ese motivo, prefirió quedarse callada, sin decir nada.

Cierta noche, cuando salió del Edificio Steinbeck, el hielo que cubría la acera estaba tan resbaloso que sin que lo pudiera evitar, Caroline de pronto resbaló y cayó sentada. Miró a su alrededor se limpió los codos que habían quedado cubiertos de copos de nieve y se sintió ridícula. Un joven muchacho que pretendía a entrar en el edificio, sonrió y la ayudó a levantarse.

Con semblante sonriente, se volvió para agradecerle al caballero y

al mirar al muchacho, se quedó realmente espantada.

—¡John! —exclamó Caroline, entusiasmada—. Lo siento mucho, pero no te reconocí antes.

—Entonces fue recíproco. Yo tampoco te reconocí —respondió, con una sonrisa en los labios. Después, preocupado, añadió:

—¿Estás bien? ¿Es segura que no te lastimaste?

—Desafortunadamente, creo que estoy entera —dijo ella, con una poco de malicia.

—Creo que merezco esa respuesta, finalmente, no me porté muy bien durante aquel fin de semana en Slayford —habló con naturalidad —. Aquel fin de semana en Slayford. Parece nombre de película policial, ¿no lo crees?

Ambos rieron, y Caroline se sintió más a gusto. John era muy parecido a Adam, y el simple hecho de estar al lado de él parecía aproximarla más de Adam de alguna forma. Se quedaron en silencio durante instantes mirándose mutuamente, y Caroline imaginó que John debería estar pensando en lo que habría ocurrido entre ella y su padre.

—¿Tienes que ir muy lejos? —John preguntó finalmente, sin que la voz revelara algún trazo de la ironía que lo caracterizara en el primer encuentro.

—Hasta Gloucester Court, en Chelsea —respondió Caroline, retirando los últimos copos de nieve de su abrigo.

—¿Aceptarías una invitación para tomar una taza de café? —indagó sonriente, mirándola.

Caroline quedó boquiabierta.

—Con esa invitación yo no contaba. A fin de cuentas, ¿no fui la villana en esa su película policial?

John sonrió aún más e insistió:

—¿Aceptas o no?

—Bien... acepto, sí —asintió ella, y comenzaron a andar en dirección a la cafetería más próxima.

Cuando llegaron, Caroline se instaló en una de las coloridas mesas mientras John fue hasta el mostrador. Cuando volvió, trajo consigo dos tazas de café humeante, además de una bandeja con dos hamburguesas y dos recipientes de crema.

—Pensé que tal vez te gustaría hacer una pequeña merienda —dijo él, sentándose delante de ella.

—Fue una buen idea —Caroline habló, sonriendo y aceptando una de las hamburguesas—. ¿Estás de vacaciones?

—Lo estoy. Hasta el comienzo de febrero. Menos mal, pues estudié mucho para mis exámenes y hallo excelente poder relajarme un poco.

—¿No quisiste viajar con tu padre? —Preguntó, mordiendo el bocadillo y esforzándose para no revelar el interés que sentía.

—Acabo de volver de allá. Pasé un mes en el yate, pero acabé regresando antes de tiempo, a fin de aclimatarme otra vez, antes de volver a la universidad.

—Ah, si… —Caroline, de pronto, perdió todo el apetito. La manera casual como él había mencionado su estadía en el Caribe hizo con que ella recordara muchas cosas desagradables.

—Fue maravilloso poder escapar de todo y pasar algunas semanas en un lugar soleado.

—¿Fuiste solo? —preguntó ella, de pronto, acordándose de Tonia y de la manera como ella había mirado a Adam aquel fin de semana.

—Sí.

Caroline suspiró de alivio.

—Tienes mucha suerte —dijo ella, no pensando en el sol o en el yate, sólo en Adam.

—¿Todo termino entre mi padre y tu?

—De parte de él, está todo terminado —respondió, con voz ronca.

—¿Y de la tuya?

—Prefiero no hablar del asunto.

—Entonces retiro mi pregunta. ¿Te gustaría asistir a alguna película?

—¿Estás hablando en serio? —ella cuestionó, sorprendida.

—Nunca hablé más serio en toda mi vida —dijo, sonriendo. —Yo me interesé por ti desde que nos vimos por primera vez. Pero ya sabías eso, ¿no?

—¿Pero… y Tonia? —preguntó, arqueando las cejas.

—Esa historia acabó hace siglos. No me conoces muy bien, si me conocieras no harías preguntas de ese tipo.

—En ese caso, acepto la invitación.

Discutieron los méritos de diversas películas en cartelera y acabaron optando por una comedia francesa. Salieron del cine a las carcajadas, y Caroline percibió que estaba divirtiéndose como no lo había hecho en mucho tiempo. Fueron a cenar en un restaurante francés, ya que combinaba mejor con la película que habían acabado de ver.

—¡Fue fabuloso! —exclamó ella—. Me divertí mucho John. Muchas gracias.

—El placer fue todo mío —respondió naturalmente—. ¿Cuando nos veremos otra vez?

—¿Estas seguro de que te gustaría salir nuevamente conmigo? —preguntó con mucha tranquilidad.

—Tengo la certeza absoluta —dijo él, inclinándose en dirección a Caroline del otro lado de la mesa—. Yo siempre supe que mi padre tenía muy buen gusto.

Caroline enrojeció y se alejó un poco. John se quedó irritado

consigo por su estupidez y pidió disculpas.

—Yo lo siento mucho. Sé que no debí haber dicho eso.

Caroline levantó los hombros.

—No te preocupes —respondió tranquilamente.

—¿Vamos?

Cogieron un taxi para ir hasta Gloucester Court, y, durante el trayecto, John continuó sintiéndose mal por el desliz cometido. Intentando reparar la equivocación, la invitó para cenar el día siguiente.

Segura de estar cometiendo una serie de tonterías al mismo tiempo, Caroline consintió medio renuente, y John quedó satisfecho.

A las siete de la noche siguiente John fue a recoger Caroline. Amanda, que vio el coche llegando y que sabía sólo que John era un muchacho que Caroline había encontrado por casualidad el día anterior, soltó uno silbido de admiración, mientras se alejaba de la ventana.

—¿Como consigues hacer eso, Caroline? —preguntó ella, con una sonrisa de admiración en los labios—. Pareces tener una intuición especial para conquistar siempre a los hombres más atractivos y con los mayores saldos bancarios de la ciudad. ¿Será que podría presentarme a alguno de ellos cualquier día?

—Existe mucha gente que anda en coche lujoso por ahí —respondió Caroline de la manera más natural posible. No quería que Amanda desconfiara de nada.

—¿Te sientes bien, Caroline? —Amanda indagó, preocupada—. Mira, si estuvieras enferma, puedes ir a la cama, que yo bajo y hago lo posible para sustituirla de la mejor manera posible.

—No te preocupes, estoy muy bien —dijo, exagerando en el entusiasmo que sentía.

Ansiosa, Caroline descendió, encontrándose con John, y fueron cenar a un restaurante escogido por el muchacho. Aparentemente, el camarero ya conocía a John, pues los llevó hasta la mesa que fue preparada para recibir a dos personas. John pidió la comida y, mientras esperaban que sirvieran los platos, preguntó:

—¿Como conociste a mi padre?

—Trabajo en el Edificio Steinbeck —ella respondió tranquilamente. —Soy mecanógrafa.

—Ah, comprendo —John habló, aparentemente satisfecho con la explicación—. Siento mucho si estoy constantemente volviendo a ese asunto, pero como no tengo madre y soy hijo único, creo que soy bastante posesivo en relación a mi padre.

Caroline asintió con un movimiento de cabeza, mirándole con mucha simpatía. Ella comprendía perfectamente lo que John estaba sintiendo. Era capaz hasta de comprender el resentimiento que él

había demostrado en Slayford, cuando se conocieron. Se quedó pensando si ahora, en aquel exacto momento en que estaban allí conversando, él tenía una idea concreta de la situación que había existido entre ella y Adam. Tal vez si él pensara que habían sido sólo buenos amigos, todo sería más fácil.

—Cuéntame algo del Caribe. ¿Te divertiste mucho allá? —preguntó Caroline, cambiando de tema.

—Ah, sí, fue maravilloso. Mi padre posee una casa prácticamente en la playa. Es una playa privada, y la arena es casi totalmente blanca. El agua es tibia y muy azul.

—Parece ser un lugar muy bonito. Estás bastante bronceado.

—Pasábamos la mayor parte del tiempo en short y camiseta.

Caroline podía imaginarse como debería ser ese lugar. Habría sido maravilloso pasar las vacaciones al lado de Adam! Poder verlo todos los días durante todo el tiempo. Era un sueño, con poquísimas oportunidades de hacerse realidad algún día.

A las once y media de la noche, después de que cenaron y que bailaron en una discoteca, él la llevó a casa. Cuando estacionó el coche delante del edificio, se volvió a ella con una sonrisa.

—Y entonces, ¿te divertiste esta noche? En caso de ser la respuesta positiva, estás dispuesta a repetir la experiencia?

—Es lógico que me divirtiera y me gustaría mucho verte otra vez.

—Genial. ¿Sugeriría que veamos algún espectáculo, desde luego yo arreglaría lo de las entradas?

—¿Que tipo de espectáculo?

—De que tipo prefieres. De hecho, ¿te gustan las cosas más serias o más ligeras? Aún no sé mucho de tus preferencias.

—Bien, me gusta la música clásica —confesó Caroline —pero también me gusta la música popular. Depende de mi estado de ánimo.

—Muy bien, no hay problema alguno de mi parte. ¿Vamos entonces al Salón del Festival mañana?

—Oh, sí, vamos. Ellos presentarán mañana el Concierto para Piano, de Grieg, y yo adoro ese concierto.

—Entonces está marcado.

Los días que se siguieron, John salió con Caroline casi todas las noches, dándole poco tiempo para poner en orden sus pensamientos. Iban a conciertos y a nuevos espectáculos musicales, generalmente terminaban la noche con una cena en algún restaurante.

Fueron también a una fiesta organizada por los compañeros de John, en la universidad y Caroline se divirtió bastante. John no intentó, en ocasión alguna, ser más que sólo un amigo para ella, y ella se sentía cómoda a causa de eso.

John raramente mencionaba el nombre de Adam, pero cuando eso

sucedía, Caroline se dio cuenta de que me estaba siempre muy interesada. John obviamente se sentía bastante orgulloso de su padre y le contó más detalles Caroline sobre su madre.

—Ella era muy diferente de mi padre —dijo él, con el recuerdo de aquellos tiempos pasados—. Ella se quedaba muy contenta en poder vivir dentro de la misma rutina, años y años. No creo que le importara mucho el hecho de que papá fuera o no un hombre exitoso. Tengo la seguridad de que nunca lo animó en cosa alguna. Sabes, los dos eran muy diferentes. No consigo imaginar lo que los atrajo mutuamente.

Caroline recordaba los detalles que Adam le había contado.

—De cierta forma, creo que ella no llegó a hacer de mucha falta cuando murió —John continuó—. Sé que eso puede parecer una cosa horrible, pero creo que ella nunca habría conseguido ser feliz de la manera como las cosas se desarrollaron—. Supongo que existen mujeres de ese tipo

Caroline habló, muy tranquila.

—¿Hubo muchas mujeres en la vida de tu padre después de la muerte de ella?

—Caroline, mi padre es un millonario. Para algunas mujeres, el dinero es capaz de modificar los rostros más horribles que se pueda imaginar. Y, como mi padre es un hombre bastante atractivo, considerando su edad, hubo incontables mujeres en la vida de él.

—Eso es comprensible. El dinero significa todo para muchas personas.

—Pues es si. —John parecía pensativo —. Sin embargo, si me preguntaras si tuvo relaciones serias, yo le respondería con toda la honestidad que no. Realmente no creo que haya actualmente alguna mujer capaz de hacerlo dejar su libertad.

John volvió a la universidad la primera semana de febrero y escribía una carta para Caroline cada dos días, a pesar de que ella respondía una vez por semana. Nada le había dicho a su padre acerca de las salidas regulares con Caroline, porque ella le había pedido eso. Adam había regresado poco tiempo después de dejar John, Londres.

La situación estaba considerablemente más tranquila ahora en la central de mecanografía. Ruth imaginaba que el encuentro de Caroline con Adam Steinbeck había resultado en nada, y Caroline tenia cuidado para que su compañera no cambiara de opinión. Mientras menos personas estuvieran al corriente de la desastrosa relación, mejor. Ni la misma Amanda, sabía que ella estaba saliendo regularmente con el hijo de Adam, y Caroline imaginaba estar actuando correctamente no llamando la atención de nadie a su vida privada.

Al principio de marzo, John fue pasar un fin de semana prolongado

en Slayford y salió con Caroline para cenar en su primera noche.

—¿Tu padre no esta intrigado por el hecho de que no cenes en casa hoy? —preguntó Caroline, mientras comían.

—No —respondió John sonriendo—. Él está ofreciendo una cena en Slayford para los directores de la firma y sus respectivas esposas. Ellos siempre se reúnen una vez por año, inmediatamente después de la publicación del balance anual. Es una especie de conmemoración por los logros obtenidos el año anterior. A mí no me gustaría estar presente, y, obviamente, él sabe eso. ¿Eso explica por qué conseguí una noche libre?

—¿Pero usted no estás ni un poco interesado en esos asuntos? —preguntó Caroline—. A fin de cuentas, vas a acabar heredando la firma algún día.

—¡Yo! —La expresión de John era de quien nunca había pensado en esa posibilidad—. ¿Puedes imaginarme trabajando en el mundo de las altas finanzas? Oh, no. No es mi género, ni un poco. Pretendo seguir una carrera que no tendrá nada a ver con la Steinbeck Corporation.

—De acuerdo —dijo ella finalmente—. Y como está Ad… tu padre?

—Bien, creo. Él parece un poco cansado, pero, fuera eso, creo que está bien.

El sábado siguiente fue el cumpleaños de Caroline, y ambos pasaron todo el día en Brighton. John descubrió la fecha de su aniversario hacía algún tiempo y, cuando fue recogerla, la mañana del sábado, le entregó un pequeño paquete de obsequio.

Antes de encender el motor, él insistió en que Caroline lo abriera y riendo, ella obedeció. La risa murió en su garganta cuando, al abrir el paquete, vio la pulsera de platino con esmeraldas, rubíes y diamantes, que parecían parpadearle irónicamente.

Su primer impulso, horrorizada fue devolver el presente, pero cuando cogió la joya con dedos temblorosos, entendió que sería un gesto ridículo. Él no comprendería el significado de su actitud. Sólo lastimaría los sentimientos de John. Caroline no quería hacer eso. Era una ironía del destino pensó ella, profundamente sacudida. Adam debía haber dato la pulsera a su hijo, para que él se lo diese a alguna novia. Por coincidencia, esa era justamente ella. Repentinamente, percibió que John estaba mirándola consternado.

—¿Hice algo mal? —preguntó él, intrigado—. ¿No te gustó el presente? Pensé que irías a estar contenta con él.

—Oh, John, la pulsera es linda. Pero no puedo aceptar un presente tan caro así de ti. Es imposible.

—¿Sólo ese es el problema? No seas tonta. Me sentiré muy

ofendido si rechazas el regalo. Por favor, Caroline. Quiero que te quedes con él, que lo uses siempre.

—Está bien, entonces —ella asintió por fin—. Muchas gracias, John. Honestamente, nunca poseí una joya tan bonita cuanta esta.

—Perfecto —dijo él—. Y ahora, voy proporcionarte un día realmente maravilloso. Un día del cuál nunca te olvidarás —y cumplió lo que prometido. No fue su enorme semejanza con Adam, tanto en apariencia como en actitudes, Caroline habría considerado aquel día como el aniversario más agradable de toda su vida.

Volvieron a Londres en la noche, terminando el paseo en un bar para conmemorar el hecho de que ella tenía edad suficiente para tomar bebidas alcohólicas en público, por lo menos esas fueron las palabras de John.

El día siguiente, era domingo, John solamente pudo verse con ella en la noche, y fueron bailar. Él pasó todo el día con su padre en Slayford y tuvo algunas dificultades en explicarle por qué no había llevado su actual chica para que Adam la conociera.

John le contó toda situación a Caroline, que se sintió un poco desganada.

—Supongo que vas revelarle todo —dijo ella, suspirando—. No quiero ser motivo de resentimientos entre ustedes dos.

—Puede ser, voy a hablar con él otro día —John respondió buscando dejarla a la gana—. No te preocupes. Él no estará en contra de nuestra relación.

Caroline se quedó pensando en eso. ¿Sería que Adam no estaría realmente en contra? Y si no fuera así, esa actitud probaría algo?

La música bulliciosa alejaron momentáneamente aquellos pensamientos y, en una pausa, Caroline se alejó de John, en busca de un asiento del salón.

—Bailas muy bien —ella habló, casi sin aliento—, pero estoy exhausta.

—Tampoco bailas nada mal —dijo él, mientras Caroline intentaba mantener cierta distancia entre ellos. De pronto, John bajó la cabeza, y Caroline sintió su boca junto al cuello, su cuerpo imponente contra el de ella.

—¡Oh, John! —Ella se deshizo del contacto, respirando deprisa.

—¿Que pasa? ¿Ahora estoy en la lista negra? —él murmuró.

—No, es lógico que no —respondió ella, sin saber bien como portarse en aquella situación.

De alguna forma, ella nunca había pensado en aquella posibilidad, a pesar de saber que John la miraba últimamente con ojos que no sólo revelaban una grande y sincera amistad. A pesar de todo, esperaba siempre que él no incitará sus sentimientos. Ellos se divertían mucho cuando estaban juntos, y siempre encontraban motivos para reír, pero

Caroline no quería que la relación fuera más allá de eso. Ella sabía que nunca más sería capaz de amar alguien como había amado Adam. No importaba lo que pudiera ocurrir, John nunca podría ser para ella otra cosa más que un buen amigo.

—Tengo la sospecha de que lo siento por ti, no es correspondido —preguntó él, observando atentamente el rostro de ella en la semioscuridad del lugar donde estaban.

—No, lo siento mucho, pero yo no tenía la mínima idea —respondió inquieta—. Oh, John, que puedo decir…

—Por favor, no digas nada. Olvidé lo que sucedió. Yo tenía esperanzas de que mis sentimientos fueran retribuidos por ti.

—Entonces, ¿eso significa que ya no nos veremos más?

—No. Por lo menos, yo espero que no signifique eso —respondió, cogiéndola por los hombros—. Caroline, estoy enamorado de ti. Nunca me sentí así antes, en toda mi vida. Necesito continuar viéndote.

Caroline lo pensó un poco y después se aproximó más a él.

—Bésame, John. ¿No quieres hacerlo?

Él no esperó que la invitación fuera repetida. Su boca era ardiente, suave y muy agradable, pero durante el beso, Caroline imaginó estar en los brazos de Adam, y su reacción fue tal que John quedó aún más entusiasmado. El contacto se tornó violento y apasionado, tanto que Caroline dio un paso para atrás, soltando una exclamación contrariada y frotando sus labios con el dorso de la mano. Era espantoso usar a John de aquella manera.

Más tarde, en el coche, cuando ya estaba de vuelta en casa, Caroline, medio indecisa, preguntó—: ¿Deseas continuar saliendo conmigo?

—Claro que si —respondió él rápidamente—. ¿Quien sabe si alguna mañana despiertes y descubras que también estás enamorada de mí?

Cuando John volvió a la universidad, Caroline se sintió más sola que nunca. Ella no tenía la seguridad de que eso tenía o no que ver con la nueva relación existente entre ellos, pero de cualquier forma, ella extrañaba la compañía de John.

Por otro lado, comenzó a demostrar un interés mucho mayor por el trabajo, y la Srta. Morgan llegó a la conclusión de que ella era la empleada más eficiente de la central de mecanografía. En la Steinbeck Corporation, los buenos empleados siempre eran reconocidos como tal y cuando una de las secretarias renunció, el cargo fue ofrecido a Caroline.

Ella por su parte, aceptó la promoción con alegría, a pesar de saber que sus compañeros consideraban la promoción como seña de favoritismo. El antiguo rumor acerca de ella y Adam volvió a correr de

boca en boca por la empresa. Su cargo nuevo era como secretaria del Sr. Lawson, el encargado de la tesorería.

Su equipo calculaba los impuestos, las contribuciones, los salarios y el pago a los empleados de la firma. Caroline, además de descubrir que su trabajo era muy diferente e interesante, se sintió también muy satisfecha por no tener una supervisora directa.

Cierta tarde, al comienzo del mes de abril, el jefe de Caroline no volvió del almuerzo. Su esposa telefoneó avisando que él tenía un fuerte dolor de cabeza y que no volvería a la oficina aquella tarde.

Caroline le hizo deseos de rápida mejora y enseguida, resolvió aprovechar el tiempo para poner una serie de cosas al día. Había muchos papeles que debían ser archivados. Ella poseía una oficina de trabajo sólo para ella, y estaba muy ocupada cuando el teléfono sonó a su lado.

—Oficina del Sr. Lawson. Habla la Srta. Sinclair.

Después de un breve momento de silencio, una voz masculina y ronca preguntó tranquilamente:

—Caroline, ¿eres tu?

Ella sintió que las piernas le temblaban y se sentó rápidamente en una orilla de las mesa de trabajo.

—Adam —ella murmuró. Se recuperó rápido, y pregunto en un tono extremadamente profesional—: ¿En que puedo serle útil?

—Yo quería conversar con el Sr. Lawson —él respondió, aún con voz tranquila y suave—. No sabía que estabas trabajando con él ahora.

—Soy la secretaria del Sr. Lawson, pero él no vendrá por la tarde —informó.

—No importa hablare con él otro día. —Se hizo el silencio y de pronto él preguntó—: ¿Y tu, como estás?

—Estoy bien, gracias —respondió, esforzándose en asumir un tono de voz distante y desinteresado—. ¿Te divertiste durante las vacaciones?

—¿Vacaciones? Ah… te refieres al viaje en enero. Sí, fue muy agradable. John fue a pasar algunas semanas conmigo, durante sus vacaciones de fin de año—. Ahora dime —pidió él de pronto y había mayor intensidad en su voz—, ¿quien es el joven muchacho con el cual estás saliendo actualmente?

Caroline se quedó atónita. Como sabía él que ella estaba salía regularmente con alguien? Será que estaba mandando a alguien a seguirla o algo así? De pronto, sintió una indignación muy grande. Como tenía Adam el coraje de hacerle aquellas preguntas? Finalmente, que interés podría tener, además de una mera curiosidad?

—Creo que eso no te incumbe —ella dijo, furiosa—. ¿Donde obtuviste esa información?

—No te molestes —dijo naturalmente—. No contraté a nadie para

que te siguiera. Simplemente te vi cenando con un muchacho hace algunas semanas. ¿Sería Mark?

—No, no es él. ¿No reconociste a quien estaba conmigo?— Su irritación parecía haber disminuido un poco.

—No, no lo reconocí.

—Bien, el muchacho que estaba conmigo se llama John Steinbeck —respondió fríamente, queriendo lastimarlo de la misma forma como él lo había hecho.

Además John siempre había querido contarle todo a su padre.

Ella oyó a Adam inhalar profundamente, enseguida preguntó—: ¿Estás jugando, Caroline?

—¿Por qué motivo yo iría a jugar con algo como esto? —ella argumento, llegando casi a sentir odio de sí misma por ser tan ruda.

De pronto, el teléfono se quedó mudo, y Caroline notó que él había colgado el aparato. Con un suspiro, colocó el auricular en su lugar y comenzó a temblar sin conseguir controlarse.

¿Que era eso? ¿Venganza? ¿Y que pasaría ahora?

No tuvo que esperar mucho tiempo para saberlo. Algunos minutos después, la puerta de su oficina se abrió, y Adam entró apresuradamente, cerrando la puerta tras de sí, con un gesto imperioso.

—Bien —murmuró ella, temblando—. ¡Que sorpresa!

—¿Realmente pensaste que podrías contarme eso, sin que yo tuviera alguna reacción? —preguntó él, irritado—. Mi Dios, Carol, ¿que quieres hacerme? ¿Que quede completamente loco?

Caroline enrojeció y volvió a sentarse en su mesa de trabajo.

—Claro que no quiero hacer nada de eso —respondió rápidamente —. Sucede que encontré a John, por mero accidente, en enero cuando tu estabas viajando, y desde entonces nos estamos viendo siempre que él viene Londres.

—Entonces, es eso —dijo Adam, mostrándose alterado—. Gracias a Dios, no fui lo suficientemente tonto para creer en todos tus juramentos de sinceridad. Cuatro meses han pasado, y aquí estamos en esta situación. Parece que conseguiste olvidarte de todo, ¿no es así?

—¡Como tienes la audacia de decirme eso! —exclamó Caroline, irritada también—. Claro que no me olvidé de nada. Mis sentimientos por ti no van a cambiar nunca. Pero como no muestras la mínima intención de hacer algo en relación a ellos, creo que tengo todo el derecho de actuar como una chica normal.

—Mi propio hijo —murmuro con tono amargo—. John, entre todas las personas. ¿Por qué? ¿Para vengarte de mí?

—No, nada de eso. ¿No se te ocurrió que pueda gustarme la compañía de John simplemente porque él es tu hijo?

Adam se volvió y fue hasta la ventana.

—Está bien —dijo finalmente—. Sé que no tengo derecho alguno de interferir en la vida de ustedes dos. Te pido disculpas.

Caroline cerró los puños. Su corazón la impulsaba a ir hasta él, para consolarlo y asegurarle que no necesitaba preocuparse, pues John nunca conseguiría ocupar el lugar que le pertenecía sólo a él. Pero el orgullo no le permitía que lo hiciera.

—Pareces cansado —dijo ella por fin—. ¿No te sientes bien?

—Estoy muy bien, gracias —respondió fríamente y la enfrentó de nuevo. La mirada era intensa. Había una cierta rigidez en torno a sus labios —. Debe ser la edad. Cumplí treinta y nueve años el mes pasado.

—Yo cumplí dieciocho —informó ella.

—Siento mucho haberme olvidado de tu aniversario.

—Tu hijo se acordó —Caroline dijo. Y enseguida continuo—: Me dio una pulsera del platino.

Adam arqueo las cejas.

—¿De verdad? ¿Entonces acabaste quedándote con ella?

Ella se ruborizó.

—No de la manera que hubiera querido —contestó fríamente—. Y tampoco por libre opción. Creo que John no habría comprendido toda la situación, ¿verdad?

Adam palideció visiblemente y después caminó lentamente en dirección a la puerta.

—Creo que ya no tenemos nada que decirnos —murmuró, cansado —. Adiós, Caroline.

—Adiós… Sr. Steinbeck.

Caroline se negó a levantar los ojos cuando él salió, cerrando la puerta tras de sí.

Y en el momento en que oyó la puerta cerrándose, ella escondió el rostro entre las manos.

CAPITULO VI

Caroline escribió a John contándole que Adam ya sabía todo acerca de la amistad entre ellos y se sintió aliviada cuando recibió su respuesta diciendo que su padre ya le había telefoneado para conversar al respecto. Caroline se sintió agradecida por que Adam no había rebelado la reunión entre ellos, como podría fácilmente haberlo hecho. ¿Eso significaba que a él no le importaba más ella?

A fin de cuentas, él era responsable por los gastos de John, pagaba todas las facturas de su educación y podría haber exigido que su hijo se comportara de otro modo.

Tiempo después, en una carta, John le contó que Adam no lo presionaba más para que fuera en mayo con él a Estados Unidos. Quería saber si Caroline podría tomar una semana de vacaciones durante los festivos de la Pascua, para ir juntos a París

Caroline convino excitada la perspectiva del viaje y como podía pedir vacaciones en cualquier momento, decidió acompañarlo.

Respondió diciéndole que aceptaba con placer la invitación. Amanda no quedó tan entusiasmada con la idea y aconsejo a Caroline a pensar muy bien antes de convenir en hacer un viaje tan peligroso. Una semana antes del inicio de las vacaciones de John, Caroline recibió una llamada que cambiaría su vida.

El telefonema era de la Sra. Beale, diciéndole que su tía Bárbara había sufrido un serio ataque cardíaco por la mañana y había fallecido. Caroline quedó profundamente impactada. Tía Bárbara era su único pariente vivo, y la muerte de ella cortaba todos sus lazos con el pasado de la familia Sinclair. Era aterrador saber que estaba sola en el mundo. Ahora, había sólo una enorme sensación de vacío.

Durante el entierro, al ver el féretro por la última vez, Caroline sintió las lágrimas le correr por la cara.

El Dr. Manson, abogado de su tía, que había cuidado de todos los negocios de ella durante muchos años, demostró mucha simpatía por Caroline y, después que los pocos amigos de la fallecida se despidieron y se retiraron de la vieja casa, pidió que Caroline y la Sra. Beale lo acompañaran hasta la biblioteca.

Tras sentarse en torno a la vieja mesa que ocupaba el espacio centro de la biblioteca, el Dr. Manson retiró un sobre de su carpeta de documentos y dijo:

—Aquí está el testamento y los últimos deseos de su tía, Srta. Sinclair.

Caroline quedó sorprendida. Por lo que sabía, su tía poseía sólo aquella casa, y ella nunca había pensado en heredar la propiedad algún día.

El Dr. Manson comenzó a leer los dictámenes del documento. La primera parte del testamento trataba de algunas donaciones a instituciones de caridad. Enseguida, había indicaciones para que la Sra. Beale recibiera una buena renta. Finalmente, el Dr. Manson se volvió hacia Caroline.

—Las demás propiedades, Srta. Sinclair, inclusive esta casa, que podrá ser vendida, si así lo quisiera, le pertenecen. Después de la reducción de impuestos y otras deducciones más pequeñas, calculo que el capital deberá alcanzar una excelente fortuna.

Caroline quedó boquiabierta y se recostó en el respaldo de la silla, incapaz de decir una palabra siquiera.

—¡Una fortuna! —exclamó ella, tras algún tiempo—. Pero, Dr. Manson, mi tía nunca tuvo mucho dinero.

—Durante los últimos años, su tía jugaba regularmente en la bolsa de valores —respondió él tranquilamente.

Trémula, Caroline encendió un cigarrillo. Ella aún no conseguía creer en todo aquello. ¡Era rica! ¡Podía ser totalmente independiente!

—Su tía falleció con casi ochenta años —continuó él—. Ella quería que usted recibiera el dinero de ella, para poder hacer todas las cosas que ella misma nunca tuvo la oportunidad de hacer. Ella me dijo, repetidas veces, que usted se parecía a ella, cuando joven. Endose el dinero y aproveche todo lo que él pueda ofrecerle de bueno. Tengo la certeza de que su tía deseaba exactamente eso. Sin embargo, si me permita hacer una sugerencia, no difunda demasiado la noticia de que usted ahora es una joven mujer rica.

—Muchas gracias. Me gustaría que usted pudiera continuar trabajando como mi abogado. De esa manera, podría ayudarme a resolver cualquier problema que posiblemente surja.

—Pues bien, Srta. Sinclair. Estaré siempre dispuesto a darle cualquier consejo que juzgue necesario.

Después que el abogado salió y que la Sra. Beale se retiró a su cuarto para empacar sus pertenencias, Caroline se quedó sentada durante mucho tiempo, era imposible! De repente, ella había pasado a ser una mujer rica y totalmente independiente.

Libre… La palabra le pareció ser muy irónica. Aún ahora, con toda la tristeza debido a muerte de tía Bárbara, con el choque por descubrir que estaba en una posición ventajosa, el amor que sentía por Adam Steinbeck continuaba entorpeciendo sus acciones y sus actitudes. Ella nunca se sentiría libre del amor que sentía por Adam.

Con una enorme fuerza de voluntad, se obligó a regresar a la realidad. Se sentía muy sola, y sabía que debería tener alguien a su lado, capaz de cuidar de ella, de amarla, y se acordó de John.

En una decisión repentina, se levantó y fue hasta el vestíbulo, donde estaba el teléfono. Enseguida, marco el número del

apartamento de él.

—¡Caroline! —exclamó él, revelando en la voz el placer que sentía —. Estoy muy contento por que me has llamado. Recibí tu recado hoy por la mañana. Recibe mi pésame.

—Gracias, John. Oh, es tan bueno oír tu voz. Yo estaba aquí, sintiéndome tan sola y tan triste, y de repente pensé en ti y decidí telefonearte.

—Sé como te sientes. ¿Todo terminó ya, mi bien?

—Sí. El entierro fue hoy. Pero en medio tanta tristeza, me pasó algo maravilloso. Yo heredé esta casa, que es enorme, y, además de eso, heredé también una fortuna.

—¿Qué? —John quedó tan sorprendido como ella había quedado hacía poco tiempo.

—Pues eso. Yo quedé pasmada. Tía Bárbara insistió en guardar muy bien su secreto y no usó ni un poco de su dinero para suavizar su propia vida.

—¡Es increíble! —John dio un largo silbido de admiración—. Entonces ahora eres una rica heredera. Por lo menos, nadie va a poder decir que estás tras de mi dinero. —Él rió—. Ahora, hablando en serio, Caroline, ¿como te sientes? Me parece que estas bastante confusa y nerviosa. No vas a volver a trabajar ahora que la situación cambió, verdad?

—Al menos, no voy a trabajar mañana. Tengo que conversar con mi abogado inmediatamente.

—¿Y nuestro viaje a París? ¿Continúa en lo acordado o vamos a aplazarlo?

—No sé, John.

—¿Cuando volverás a casa?

—Creo que mañana. Aquí ya está casi todo resuelto. ¿Por qué?

—Te necesito, John. Después decidiremos en cuánto a París.

—De acuerdo, querida. Sabe que hago cualquier cosa que quieras cuando hablas conmigo de ese modo.

Tras colgar el teléfono, Caroline subió las escaleras para el cuarto y miró alrededor tristemente. Sentía que una fase de su vida que había llegado a su fin y que otra estaba comenzando. Se sentó en la cama y se quedó pensando si había actuado de la manera más correcta, contando a John que sentía la necesidad de su presencia.

Amanda quedó sorprendida y contenta con la herencia inesperada de Caroline. Durante las pocas ocasiones en que tuvo contacto con la simpática señora, nunca había imaginado que fuera poseedora de una enorme fortuna.

—Hemos sido buenas amigas, Amanda, y me gustaría que también tuvieras algún dinero en el banco, para momentos de necesidad.

También me gustaría que buscáramos otro apartamento para vivir juntas. No quiero perder el contacto contigo, y esto sucedería precisamente si yo me cambiara de aquí. No sé aún lo que voy a hacer de mi vida. Claro que voy a firmar mi renuncia y a ir de vacaciones a algún lugar, pero ¿y después? Tal vez busque otro empleo como secretaria. No consigo imaginarme sin hacer nada durante todo el tiempo.

—Caroline, puedes hacer un viaje alrededor del mundo… o cualquier otra cosa de ese tipo. Con toda certeza, ¿te gustara visitar otros países, conocer otro tipo de personas, no es así?

—No sé —Caroline habló.

Intuitivamente, Amanda preguntó:

—Caroline, no continúas pensando en ese hombre, ¿verdad?

—Necesito cambiarme de ropa, John está en Londres y quedó de pasar por mí aquí en casa a la seis.

Amanda frunció el ceño. Sabía que Caroline estaba bastante nerviosa. Con firmeza, resolvió no dejar que la otra huyera del asunto y dijo—: Caroline, no respondiste mi pregunta.

—Realmente no lo hice —Caroline aceptó, poniendo punto final en la conversación y retirándose.

Mientras Caroline fue tomar un baño, Amanda caminaba inquieta, de un lado para el otro en la sala. Finalmente, se dirigió al cuarto de Caroline.

—Dime, ¿quien es ese tal de John, con quien estás saliendo? —preguntó Amanda a quema–ropa—. ¿Que es lo que él hace?

—Yo ya te lo dije, él hace estudia en la facultad de filosofía —respondió Caroline, mientras se vestía.

—¿Pero de donde viene él? ¿Cuál es el apellido de él? ¿Que es lo que hacen sus padres? —insistió Amanda.

—¡Cuántas preguntas! —exclamó Caroline, como si nada de aquello fuera importante, pero un rubor le cubrió las mejillas, revelando que ella estaba punto de explotar—. La madre de él ya murió.

—¿Será que, por casualidad, el apellido de él es Steinbeck? —Amanda pregunto repentinamente.

Caroline se volvió bruscamente a su amiga, el cepillo para el cabello suspendido en el aire, con una expresión en el rostro, que Amanda no necesito otra respuesta.

—Exactamente —habló, soltando un suspiro profundo.

—Estoy contenta porque finalmente estés al corriente de la verdad. Quise contarte todo incontables veces.

—¿Que es lo que pretendes conseguir con eso, Caroline? ¿Es alguna forma indirecta de hacer cuentas con el padre de él? ¿O será que estás, realmente, interesada en él?

—En la verdad, me gusta John, no ando con intención de vengarme de Adam, y no sé explicar por qué estoy saliendo constantemente con él.

—Caroline, ¿no estás simplemente usando a ese muchacho?

—No. —Ella no sabía que más responder, y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Yo…, me gusta John, Amanda. Él es muy simpático, atento y… ¡Oh, Dios! ¡Necesito tener alguien cerca de mí!

—Y a ese tal John —continuó Amanda implacablemente— ¿también a él sólo le gustas tú?

—No. Él dice estar enamorado de mí.

—Fue lo que pensé —dijo Amanda, en un tono de voz neutro—. Caroline, ¿será que no comprendes que sólo te estás lastimando más a ti misma al continuar con esta historia? Busca un nuevo novio. Uno que no tenga nada que ver con la familia Steinbeck. Ahora que tienes mucho dinero, tendrás oportunidades de conocer todo tipo de personas.

—No. —Caroline se mostró inflexible—. Mientras John esté satisfecho con nuestra relación, sentiré lo mismo.

—¿Y cual va a ser el resultado de todo esto? Él ya te hizo una propuesta de matrimonio?

—Aún no.

—Pero acabará haciéndolo, no queda la más pequeña duda. ¿Y que pretendes responder cuando él te proponga eso? ¿Aceptaras?

—Tal vez acepte. A fin de cuentas, Amanda, no tengo la más pequeña intención de permanecer soltera por el resto de mi vida.

—¡Caroline Sinclair! Sólo tienes dieciocho años de edad. Ese comentario es completamente ridículo, y lo sabes muy bien. No te juegues la vida. Tienes todo a tu disposición ahora. Todos tus sueños podrán hacerse realidad, posees los medios para eso.

—Todos los sueños, menos uno —dijo Caroline, hablándose a sí misma—. Amanda, yo amo a Adam. No seré capaz de amar a otra persona, y esto está volviéndome loca. Nada tiene sentido sin él. Yo lo necesito, Amanda. Pero él simplemente prefiere ignorarme. Por otro lado, tengo a John. Y por lo menos una parte de John es parecida a Adam. Podemos conversar sobre su padre y me siento bien en su compañía. ¿Que hay de malo en el que estoy haciendo?

—Está torturándote a ti misma —explicó Amanda—. Caroline, nosotros dos hemos sido cómo verdaderas hermanas. Por favor, deja a ese muchacho. Daté a ti misma una oportunidad de olvidar toda esta situación. Vete de viaje.

—No. —Caroline hizo un gesto negativo con la cabeza—. Creo que soy una cobarde además para hacer algo así.

De repente, oyeron el sonido de una bocina. Caroline se apresuró a verificar quién era.

—Es John —informó—. Tengo que irme, Mandy.

—Está bien. Nosotros nos veremos más tarde.

Caroline descendió las escaleras, apresurada, haciendo lo posible para expulsar de su mente la conversación con Amanda. No tenía nada más que decir a su amiga. Ya había dicho lo necesario.

Necesitaba la presencia de John y era bueno saber que él la amaba. Ella llegó a la puerta del edificio exactamente en el momento en que John entraba, de modo que casi se chocaron.

—Caroline —él susurro, examinando la cara enrojecida de ella—. Mi querida… —dijo, abrazándola, mientras sus labios buscaban los de ella. Ella retribuyo el abrazo durante un instante y después se alejó turbada.

—Hola, John —murmuró ella—. Es bueno verte otra vez.

—Parece que realmente sentiste mi ausencia —dijo él, sonriendo —. Yo te amo.

Fueron a cenar a un restaurante sereno, donde podían conversar tranquilamente. Tras la comida, se quedaron sentados durante horas, bebiendo y discutiendo el futuro de Caroline.

Al principio, John se mostró muy animado, pero después, durante algún tiempo, se hizo el silencio entre los dos. Cada uno ocupándose de los propios pensamientos. Y rompiendo el silencio, John finalmente dijo:

—No avanzamos, Caroline. No puedo retardar más mi pregunta. ¿Quieres casarte conmigo? Voy a terminar mi curso en la universidad el próximo año —continuó él. Sin embargo, no obteniendo una respuesta inmediata, añadió: —Pretendía esperar ese tiempo, pero ahora que tu situación se modificó completamente, muero de miedo con la posibilidad de que estés libre por ahí y acabes encontrando alguna otra persona. Sé que no nos conocemos aún lo suficiente, sé también que crees que no me amas, pero yo te amo y se que me haces falta. Esta situación acabó precipitando las cosas. Tengo la certeza de que podríamos ser muy felices juntos. Caroline se quedó mirándolo durante un largo tiempo. ¿Como podría convenir con esa boda? Ella sólo le daría sin sabores.

—Eres maravilloso, John —comenzó a decir lentamente—. Realmente me gustas mucho, pero existe algo que deberías saber acerca de tu padre y de mí.

—Creo que ya sé lo que vas a decirme —él habló suavemente—. ¿Estuviste enamorada de él, no es eso?

—Sí.

—Yo imaginaba eso. Siempre te embelesabas cuando la conversación giraba en torno a él. Estaría ciego si no distinguiera tus reacciones.

—No sabía que era tan fácil adivinar mis pensamientos.

—No debe ser muy fácil para las demás personas —respondió él—, pero estoy enamorado de ti, Caroline, y creo que ya te conozco muy bien.

—No sé si me conoces así de bien —dijo Caroline, frunciendo el ceño—. Si me conocieras bien, ciertamente comprenderías que yo nada puedo darte, además de infelicidad.

—Tonterías. —John estaba irritado ahora. —Si estoy dispuesto a correr ese riesgo, por qué tu no puedes correrlo?

—¡No comprendes! —exclamó, enojada—. ¿Sabes por qué tu padre y yo nos separamos?

—Supongo que papá no quería que la relación de ustedes profundizara más. —John respondió tranquilamente—. Discúlpame si parezco rudo.

—No, tal vez tengas razón —admitió Caroline, reflexionando sobre lo que él había acabado de decir. —Él me dije que soy demasiado joven para él y que él es demasiado mayor para mí.

—¿Y ese fue el único motivo?

—No. Él cree que salí con otro muchacho cuando él fue a Estados Unidos.

—¿Y era verdad?

—No de la manera como él lo entendió. Es una historia muy larga. Y no estoy dispuesta a contártela a ti.

—Entonces, ¿él quedó conforme?

—Imagino que sí. Oh, John, ¿por qué estoy contándote estas cosas?

—En primer lugar, porque yo te pregunté, y también porque va a sentirte mejor tras tener hablarlo. Mi padre, como ya debes haber visto es un hombre muy celoso. Además de eso, es también un gran tonto.

—Imagino que quieres hacerme un elogio —dije ella, intentando retirar una parte de la tensión que pesaba sobre la conversación.

—¿Continúas enamorada de él?

—Creo que sí… ¿para que mentir? Sé que continúo enamorada de Adam. Ahora debes estar viendo que soy un riesgo muy grande para correrlo.

—Estás equivocada. Yo te aceptaría bajo cualquier condición.

—¿Aún sabiendo todo esto? —pregunto admirada.

—Aún así. Sé que estás pasando por una fase difícil, pero estoy convencido de que seré capaz de hacerte superarla. Basta que me des una oportunidad para eso.

—Necesito tiempo para pensar —murmuró suavemente—. Estás yendo demasiado aprisa.

—Personalmente, creo que te hace falta alguien que te sacuda un poco —habló, con firmeza—. No creo que tus sentimientos por mi

padre sean tan profundos como piensas. Necesitas de un hombre de tu edad… como yo. Por lo menos, acepta ser mi prometida —presionó—. Vamos a dar ese primer paso.

—Está bien —concordó con voz suave—. Con una única condición —continuó ella.

—¿Y cuál es esa condición? —Él parecía perturbado.

—Que cualquiera de nosotros tenga libertad para terminar el noviazgo, si es necesario.

—De acuerdo —dije él, aliviado, pues pensaba que la condición era mucho más grave—. No te vas a arrepentir, te lo garantizo. Todo será maravilloso. Nuestra semana en París será sólo el inicio de todo.

—Está bien. —Caroline se dejó llevar por el entusiasmo de él. Era bueno saber que alguien tomaba las decisiones en su lugar. Tal vez ahora, finalmente, pudiera relajarse.

Cuando John pregunto sobre la celebración, Caroline convino en realizar una fiesta de compromiso, pero cuando descubrió que pretendía realizarla en Slayford, el Sábado de Aleluya, se arrepintió de la idea. John, sin embargo, parecía muy contento con la vida y con el mundo y, cuando Caroline expresó sus dudas en relación a toda la situación, él sólo rió y dijo que sería la cosa más natural del mundo que Adam organizara una gran fiesta para conmemorar el noviazgo de su hijo, y que todo el mundo quedaría receloso e imaginando cosas si el noviazgo fuera tratado como un asunto secreto. Caroline sentía miedo de la fiesta y temiendo también el inevitable encuentro con Adam.

Le gustaría poder haber tenido más tiempo para acostumbrarse a la idea de esa boda, antes de exponer la situación entera delante de él. Sería que Adam no iría a pensar que todo fue idea de ella?

John no se había olvidado de tomar la medida del anillo de Caroline, diciéndole que podría escoger personalmente el anillo de pedida en la noche de la fiesta. Tras la ceremonia, el domingo de mañana, ellos partirían a París. Caroline llevaría todo su equipaje consigo y pasaría la noche allá en Slayford.

Amanda estaba muy preocupada con el desarrollo de los acontecimientos, pero se rehusaba a decir cosa alguna a su amiga. Era obvio que Caroline tenía la intención de consumar sus propios errores, y Amanda estaba firmemente convencida de que, de todos los errores, ese era de lejos el mayor.

La excitación y la alegría de Amanda en relación al inesperado presente que había recibido de Caroline fue reducida sólo por los acontecimientos que se sucedían en torno a ella, pero hacía lo posible para aparentar un gran gozo, ayudando a Caroline a escoger ropas nuevas, más compatible con su nuevo estatus financiero. Obviamente, Amanda iba a participar de la fiesta de noviazgo y también compro un

vestido nuevo especialmente para esa ocasión.

Caroline descubrió y llegó a la conclusión de que Amanda se parecía mucho más al tipo de mujer ideal para John que ella misma.

John había convenido en recoger a las dos amigas en el coche de su padre a las siete de la noche y, cuando Caroline se despertó aquella mañana de sábado, tuvo la certidumbre de que no conseguiría sobrevivir a todo lo que aún le esperaba a ella. Sin embargo, cuando llegó la noche, consiguió mantenerse tranquila y distante, como si todo aquello estuviera aconteciendo a otra persona y no a ella, Caroline Sinclair.

—Confieso que estoy muriéndome de ganas de conocer a todas esas personas ricas y refinadas —Amanda habló, mientras esperaban el coche que vendría a recogerlas—. Estoy muy contenta por haberme invitado, Carolina.

—Yo necesito urgentemente apoyo moral.

—No te preocupes —dijo Amanda —estás muy tranquila ahora. Además de eso, necesitas pensar en John. A fin de cuentas, él va a ser su marido dentro de poco tiempo. Él te ama mucho, y la vida que vas a llevar como esposa de él no te dejará mucho tiempo para especulaciones inútiles. En cuanto al otro hombre… las cosas no fueron siempre tan claras como hoy.

—No me vengas con esas frases hechas, Amanda. Mira, creo que el coche llegó.

John fue puntual como siempre. Caroline los presentó, y después del saludo de mano, los ojos de John buscaban sólo a Caroline, y Amanda, que se había sentido instantáneamente atraída por él, sintió un poco de envidia.

John acomodó Caroline en el asiento delantero a su lado, y después ayudó Amanda a entrar en la parte de trasera del coche. Después de colocar el equipaje de Caroline en el maletero, partieron. Al contrario de las expectativas de Caroline, el viaje hasta Slayford fue bastante rápido y agradable. Para ella, era maravilloso saber que John la amaba, y repentinamente, la noche dejó de parecerle amenazadora. Con John a su lado, dándole todo el apoyo, ella ciertamente conseguiría mantenerse tranquila. A fin de cuentas que era lo que podría suceder? Ella vería a Adam. Y qué? Él no era más que un hombre, nada más que eso. Y, aparentemente, no tenía objeción alguna en relación al noviazgo, pues, si lo hubiera, ciertamente habría evitado que John continuara reuniéndose con ella.

La villa, en Slayford, estaba bien iluminada cuando el coche pasó por los portones, en dirección a la entrada, donde ya no era más posible encontrar un lugar para estacionarse. La cena sería servida puntualmente a las ocho de la noche, y ellos apenas consiguieron

llegar a tiempo. Tan pronto entraron, John se dirigió a la sala de estar para buscar a su padre, mientras Caroline y Amanda fueron a retocarse el maquillaje. Caroline sintió que su nerviosismo estaba reapareciendo y buscó quedarse el mayor tiempo posible delante del espejo, retardando la entrada ineludible de las dos en la recepción. Amanda ya estaba impaciente y ansiosa por conocer la casa. Cuando regresaron al vestíbulo, John estaba esperando por ellas, acompañado por Adam. Caroline palideció cuando quedó en medio de ellos y se sintió contenta cuando John agarró su mano, forzándola a estar más cerca de él.

—Hola, Caroline —saludó Adam, en un tono grave—. Creo que es el momento propicio para las felicitaciones. Espero que sean muy felices.

—Muchas gracias. —Caroline casi tartamudeó al decir esas dos palabras, sintiéndose tonta por un súbito malestar.

Todo estaba asumiendo las proporciones de una enorme pesadilla. Ella tuvo unas ganas repentinas de gritar que no estaba dispuesta a casarse con nadie y salir corriendo de allí.

Sin embargo, consiguió dominarse y aparentar la mayor tranquilidad del mundo, mientras John se acercaba y presentaba a Amanda y a su padre. Ella vio como los ojos de Amanda se dilataron cuando le apretó la mano a aquel enorme hombre y amargamente pensó que Adam conseguía atraer a todas las mujeres de la misma manera como una llama atrae a los insectos nocturnos.

En el transcurso de la fiesta, Caroline fue presentada a un gran número de invitados. Algunos eran parientes, otros sólo amigos íntimos. Ella sabía que nunca sería capaz de que acordarse de todos aquellos nombres, pero todos le parecieron ser muy simpáticos y dispuestos a aceptarla en su medio.

La cena fue servida en el gran salón de banquetes y después John llevó a Caroline a la biblioteca, para que ella pudiera recibir el anillo que simbolizaba el noviazgo.

Durante esa rápida ausencia de la joven pareja, el gran salón había sido transformado en una pista de baile. Música moderna y romántica era tocada. Algunas parejas ya bailaban. Caroline vio a Amanda bailando con un señor anciano, con un vasto bigote, que John le había presentado como sir Ralph Maschman, un político local.

Así que cuando John y Caroline entraron en el salón, fueron inmediatamente rodeados por personas que los saludaron deseándoles felicidades. John recibió muchas palmadas en la espalda, y Caroline oyó todas las bromas acerca de la trampa que había preparado para conquistar a aquel hombre excepcional. Los camareros trajeron champán, y todos brindaron a la salud de la joven pareja, inclusive Adam, cuyos ojos se fijaron rápidamente en los de Caroline, por sobre

las cabezas de los invitados. En ese mismo instante, ella sintió su cuerpo temblar

Adam consiguió atravesar el grupo que rodeaba a los prometidos y dijo:

—Creo que tengo el derecho del primer baile, Caroline.

Nadie, a no ser John, comprendió el significado de sus palabras, sin embargo, delante de tantas personas, no tuvo otra alternativa, más que entregar a Caroline a su padre, con una sonrisa. Y así, Caroline se vio nuevamente en los brazos de Adam, sintiendo una extraña sensación. Era como si, finalmente, estuviera volviendo a casa, después de una larga ausencia. Era ese el lugar que el destino le había reservado. ¿Por qué Adam insistía en no querer verlo?

Durante algún tiempo, bailaron en silencio, lo que contribuyó a que Caroline se calmara. Era extremadamente difícil intentar aparentar tranquilidad, con el cuerpo tembloroso al simple toque de aquel hombre que la tenía en sus brazos. Después de algunos instantes, desistió de sus tentativas de racionalización y pasó a disfrutar de aquella agradable sensación.

—Me contaron que ahora eres una joven muy rica.

—Comparando con mi situación financiera de algunos meses atrás, sí —ella coincidió tranquilamente—. Pero aún no consigo acostumbrarme completamente a la idea.

—¿Y a causa de eso es que resolviste comprometerte con John? —preguntó él, con un tono impetuoso en la voz.

—Prefiero no discutir el asunto contigo —respondió, íntimamente sacudida.

—Yo ya imaginaba esa reacción —dijo, irritado—. ¿Caroline, por qué estás haciendo esto conmigo?

—Adam, nada tenemos que decirnos uno al otro —murmuró, forzándose a mantener una apariencia tranquila.

—¿No? —preguntó fríamente—. ¿No te gustaría saber cual es mi opinión acerca de todo esto? ¿No te gustaría saber si aún te amo o no?

—Por favor, no continúes —susurró, trastornada—. Todo acabó entre nosotros. Adam.

Él la atrajo más cerca de sí.

—¿Acabó? —preguntó de manera casi grosera, sintiendo el cuerpo trémulo de ella pegado al suyo.

—Supe que vas para Estados Unidos dentro de algunos días —ella dijo, ignorando la pregunta.

—Es cierto —respondió, frunciendo el ceño—. Mi madre estará muy interesada en saber todos los detalles sobre el noviazgo de John, a ella le habría gustado mucho venir a esta fiesta, pero un ataque de reumatismo impidió que viajara. ¿John y tú continúan con el plan de irse a París?

—Nuestros planes no sufrieron ninguna alteración, de hecho, ya no soy trabajadora de la Steinbeck Corporation, entregue mi dimisión esta semana y hoy por la mañana recibí una carta muy simpática del Sr. Lawson.

Continuaron bailando en silencio, hasta que Caroline tropezó, pues sus pensamientos estaban muy lejos de allí.

—Lo siento mucho —ella dijo.

El rostro de Adam era sombrío y amenazador.

—¿Lo sientes? ¿Todo lo que hiciste?

—No comprendo bien lo que quieres decir. —Había un tono de súplica en su voz—. No me quisiste cuando tuviste la oportunidad. ¿Por qué insistes en atormentarme ahora?

—Yo te quería —respondió, con voz fría como hielo—. Simplemente no quise destruir tu vida. Pero fue inútil. Tu misma estás encargándote de destruirla.

—¿Por qué dices eso? John y yo vamos a vivir muy bien juntos.

—Durante un cierto tiempo, tal vez sí. Pero está ilusionándose en relación a él, mi hijo no es el tipo de hombre capaz de ser fiel la una mujer. Como padre, sé de eso.

—¡Adam! —Su voz se quedó súbitamente irritada—. ¿Como tienes el valor de decirme una cosa de esas?

—Es la pura verdad —él afirmó tranquilamente—. Sé que John te está llevando a conciertos sinfónicos y a espectáculos de ópera. Sé que está haciendo el papel de un perfecto caballero. Sin embargo, eso no va a durar para siempre. Por lo menos, esa es mi opinión, y no quiero seas lastimada.

—¡No lo puedo creer! ¡Tu justamente diciendo eso! ¡La persona que más logró lastimarme en toda mi vida!

La música terminó, y Caroline se alejó rápidamente de Adam. Ligeramente atontada, consiguió volver al lado de John, consciente de que necesitaba de su apoyo. Por un momento, llegó a pensar que se iría a desmayar, pero la sensación de mareo pasó, y ella, cogiéndose firmemente en el brazo del prometido, pidió:

—Por favor, John, no me obligues a bailar otra vez con tu padre. ¡Por favor!

—Cálmate, todo está bien —él la tranquilizó, intentando imaginar lo que Adam le habría dicho para causar tanto nerviosismo.

Más tarde, Caroline vio Amanda bailando con Adam. Su amiga estaba obviamente divirtiéndose mucho y disfrutando la fiesta. En aquel exacto momento, ella reía de alguna cosa que Adam le dijera, y Caroline descubrió que no soportaría continuar observando la escena. Se sintió aliviada cuando los invitados finalmente se retiraron y pudo refugiarse en el cuarto que le había sido preparado.

CAPÍTULO VII

Adam se ofreció a llevar a Amanda a casa. Ella se sintió contenta y halagada con la gentileza.

Durante el recorrido, él le preguntó:

—¿Crees que Caroline se siente feliz?

Con una cierta molestia, Amanda percibió que Adam se había ofrecido a llevarla a casa simplemente para tener una oportunidad de conversar acerca de Caroline. No era una situación muy agradable para ella, pero la aceptó sin rencor. Finalmente, también ella estaba muy preocupada por su amiga. De cierta forma, era incluso un alivio discutir el asunto con otra persona

—Difícilmente consideraría a Caroline una persona feliz —respondió, midiendo sus palabras—. Pero creo que, a pesar de todo, tal vez sea esa la mejor solución. Ese nuevo interés en su vida podría proporcionarle muchas cosas buenas,

—¿Y en relación al dinero? —Adam indagó una vez más—. ¿Ella no quedó enloquecida delante de las incontables posibilidades que ahora se abrieron frente a ella?

—No creo que ella dé mucha importancia al dinero. Caroline es una persona muy emotiva. Siempre dio más importancia a sus sentimientos. Además ella parece estar muy lastimada.

Para Adam, todo lo que había oído esa noche parecía indicar que Caroline intentaba huir de un gran dolor y por tanto estaba dispuesta a sumergirse en una maraña de falsedad. ¿Estaría John al corriente de la verdadera situación entre ellos?

¿Sería posible que él, Adam, estuviera equivocado en su opinión sobre Caroline? La única persona capaz de esclarecer sus dudas era la propia Caroline, y su actitud era por demás defensiva en relación a él. Le parecía difícil la posibilidad de que ella respondiera satisfactoriamente a sus preguntas.

—¿Dirías que Caroline es muy madura para su edad? —Adam cuestionó con voz muy suave.

—No creo que pueda responder a esa pregunta. ¿Por qué no le hace directamente a ella esa pregunta, Sr. Steinbeck?

—¿Cree que sus respuestas serían sinceras?

—¡Entonces, déjela en paz! Caroline necesita de una oportunidad para descubrir sola lo que es importante para ella.

—Tal vez tenga razón —dijo él, inmerso en sus pensamientos.

Cuando Adam volvió la Slayford, su cabeza hervía. Persistía aún la dolorosa situación con Mark, que nunca había llegado a ser satisfactoriamente explicada.

Al mismo tiempo, Amanda, mientras se desnudaba y se preparaba para dormir, consideraba las palabras de Adam. Sus actitudes dejaban bien claro que continuaba enamorado de Caroline, sin la menor intención de hacer nada en relación a eso. Como podía permitir que su propio hijo se casara con ella, sintiendo lo que sentía? Él debía ser un hombre muy bondadoso o completamente insensible. Con la oportunidad de conocer Adam, Amanda podía comprender perfectamente los sentimientos de Caroline en relación a él. Era muy atractivo físicamente, además de eso, hacía que las personas a su lado se sintieran protegidas y amadas. "Debe ser maravilloso ser amada por ese hombre", pensó.

En cuanto a John, Amanda no sentía mucha confianza Era un muchacho bastante agradable y ciertamente se aproximaba más a la idea que ella misma tenía del príncipe encantado. Él no insistía en una conversación inteligente y había dejado bien claro, por la manera como la había tratado, que le gustaban las mujeres atractivas, aún teniendo un compromiso serio.

Caroline escuchó cuando el coche de Adam volvió por el ruido de los neumáticos. Sabía que él fue a llevar a Amanda a casa y no pudo evitar una cierta sensación de envidia en relación a su amiga. De que habrían conversado? Sería que Adam había encontrado a Amanda bonita y atractiva? Ella tenía la seguridad de que a Amanda le había gustado él.

Finalmente consiguió dormir, pero por poco tiempo. Inmediatamente se despertó cuando la Sra. Jones abrió las cortinas de su ventana y deseándole un buen día, colocó una bandeja sobre las piernas de Caroline, mientras esta se esforzaba para sentarse mejor en la cama, y dijo:

—John creyó que la señorita preferiría tomar el desayuno aquí mismo, en vez de bajar hasta el comedor.

—Le estoy agradecida —Caroline dijo, forzando una sonrisa—. Realmente prefiero quedarme aquí. Aún estoy muy cansada.

Después que la Sra., Jones dejó el cuarto, Caroline llenó una taza de café y volvió a admitir que ella era realmente una persona simpática. Era, por lo tanto, comprensible que Adam y John gustase tanto de ella, considerándola parte de la familia. Adam no apareció cuando Caroline y John partieron. John lo vio antes de que él saliera a montar a caballo, pero Caroline no había hablado con él desde la noche anterior, desde la fatal conversación durante el baile.

John la miró pensativamente cuando tomaron la carretera principal a París y después, inclinándose en dirección a ella, acercando su cara le murmuró—: Yo te amo.

—¿Es verdad, John? Oh, estoy tan feliz, tan contenta por que

salgamos de Inglaterra… ¡Vas a ver, esto nos hará un enorme bien!

—Es lógico que lo hará —John coincidió, mucho confiado. Y Caroline se preguntó si él estaba realmente tan acertado a eso como quería demostrar.

En París, el hotel supero todas las expectativas de Caroline. John había reservado una suite, pero, con dos cuartos de dormir, cada uno con su propio baño, Caroline no pensó mucho en el posible significado de eso.

Ella estaba demasiado cautivada con la riqueza de la decoración para examinar las intenciones de John. Además de ella, también estaba demasiado ansiosa por explorar la ciudad. Sin embargo, en ese sentido, no encontró mucha cooperación por parte de John. Él ya conocía París muy bien y en sus planes no estaban incluidos entretenidos paseos por lugares y monumentos históricos de la ciudad.

Al comienzo de la semana, Caroline se mostró dispuesta a tratarlo muy bien, permitiendo siempre que él tomara la iniciativa, pero cortando drásticamente cualquier idea que él pudiera haber sentido que hacer la relación más íntima. No fue muy difícil mantener la relación sólo en una base amigable, platónica. Sólo en algunos momentos, cuando algo lo aburría, es que Caroline entreveía un lado completamente diferente en la personalidad de su compañero, una cierta petulancia que la perturbó bastante.

Fueron visitar Fontainebleau, el palacio renacentista con sus inmensos jardines. Caroline se quedó encantada, pero John pasó toda la tarde cruzando comentarios irónicos, consiguiendo así destruir completamente el entusiasmo de ella.

El día siguiente, hicieron nuevamente un paseo fuera de París. Esta vez, fueron a un lugar escogido por John. Estacionaron el coche en un bosque, al lado de un riachuelo, donde centenares de flores silvestres tapizaban el suelo de amarillo, azul y violeta. Descendieron del coche y fueron hasta el margen del riachuelo.

—Es un lugar muy bonito —dijo ella, mientras John retiraba una manta del coche y la extendía en el campo para que ellos se sentaran —. No lo crees también?

John parecía estar satisfecho consigo.

—Ven aquí, Caroline.

—¿Por qué, John? No estoy cansada. Prefiero pasear un poco por el bosque.

—¿Tienes miedo de mí, Caroline?

—Claro que no.

No era la primera vez que John intentaba interrogarla de esa manera. Descubrió que él estaba intentando despertar en ella una reacción de indignación o de entusiasmo, pero no lo estaba consiguiendo.

—Caroline, nuestra situación necesita evolucionar… ¿Tú sabes eso, no es así?

—¿Evolucionar? —Caroline se mostraba bastante confusa.

—¡No juegues conmigo. Caroline! —exclamó, en un tono de voz menos amistoso.

—¡No estoy jugando! Eres tu quien está yendo deprisa demasiado. Nuestro viaje era para ser un paseo vacacional. ¡Sin embargo, la estás transformando en una especie de torneo! Y pareces estar muy seguro de que vas a acabar ganando.

—Eso es serio, Caroline. ¡Soy un ser humano, y tú eres una gran tentación! —Se levantó, envolviéndola en sus brazos y besándola apasionadamente.

—No comprendo lo que quieres decir —ella dijo, intentando soltarse.

—Oh no, lo comprendes muy bien. Caroline, yo ya te dije que estoy enamorado de ti. ¿Que más quieres que te diga?

—John…

Él ya la había soltado y había regresado a su posición anterior acostado sobre la manta.

—Ven acá y siéntate —pidió él—. ¿Caroline, de que tienes tanto miedo? Estamos comprometidos. No soy un desconocido que te trajo hasta aquí con la intención de seducirte.

Caroline dudó durante un instante y después fue hasta él, sentándose a su lado. Una extraña sensación de malestar la invadió. A fin de cuentas, estaban prometidos, y John siempre se había mostrado respetuoso y gentil con ella.

—Así esta mejor —dijo, sonriendo y estirándola cerca de él—. Y ahora bésame, Caroline —ordenó, con la boca cerca de los labios de ella.

Caroline iba a decir algo, cuando él tomó la iniciativa y presionó fuertemente sus labios contra los de ella. Estaba demasiado nerviosa para participar activamente, en el beso, pero John parecía no percibir eso, y ella sintió que las manos de él la acariciaban con una urgencia cada vez mayor.

—¡No haga eso! —Caroline se levantó y salió corriendo en dirección al coche. Con la respiración agitada, abrió la puerta y tomo asiento. Ella tuvo la impresión de que pasaron horas hasta que él resolvió ir a hacerle compañía, a pesar de que habían pasado sólo algunos minutos. Caroline no tenía el coraje de mirarlo de frente. ¿Que iría a suceder ahora? John se apoyo sobre el volante durante un instante y después la miró.

—Bien, creo que debo pedirte disculpas —dijo él.

—¿Que quieres que te diga? Imagino que en el fondo la culpa sea toda mía, pero no esperes mucho de mí ni que las cosas sucedan

demasiado pronto.

—Está bien. Sé que estoy forzando la situación para ti. Lo siento mucho, nunca tuve mucha paciencia con las mujeres.

—Quieres decir que… nunca tuviste que esperar por las cosas, ¿no es eso?

—Sí, puedes plantar la situación de esa manera. —John encendió el motor, y el asunto fue temporalmente cerrado. Durante el resto de la permanencia de ellos en París, John se mostró tan prudente como Caroline deseaba, pero no había la menor duda de que la relación entre ellos fue sacudido por lo que había sucedido. Las declaraciones de amor de John parecían basarse sólo en la creencia egoísta de que Caroline sería incapaz de pensar en Adam cuando estuviera en sus brazos. Pero nada de eso correspondía a la verdad, y ahora él también sabía.

Volvieron a Londres y en la primera noche cenaron en compañía de Amanda, que inmediatamente les contó todas las novedades sobre el nuevo apartamento con dos dormitorios, una sala de estar, cocina y baño privado. Amanda trabajo mucho en la preparación de la cena para celebrar la vuelta de la pareja, y todos comieron con apetito, conversando sobre París y los lugares donde Caroline y John habían estado. Amanda estaba muy interesada en todo, pero, al mismo tiempo, percibió nítidamente la tensión que había entre ellos. Ambos procuraban dirigirse siempre a Amanda y poco hablaban entre sí, al punto de acabar ella sintiéndose mal. Sin embargo, no había nada que Amanda pudiera hacer para mejorar la situación, a no ser que se fuera a la cama inmediatamente después de la cena, alegando tener un pavoroso dolor de cabeza.

John ayudó Caroline a lavar los platos, y después volvieron hacia la sala, como no tenían mucho que conversar, el muchacho se despidió luego. Después de la salida de John, Amanda volvió a la sala de estar, envuelta por su albornoz

—¿Y entonces? —preguntó de la manera más directa posible—. ¿Que está mal esta vez?

—Si yo te contará, vas a decir que me avisaste de todo esto antes.

—Comprendo. —Amanda arqueo las cejas—. ¿Lo que pasó te hizo cambiar de opinión?

—Todo el mundo cree que él está enamorado de mí, pero parece que él está interesado sólo en una cosa.

—Ahora usted estás siendo injusta y tonta —reprobó Amanda—. Me gustaría saber tu opinión si estuvieras enamorada de él.

—Eso es lo peor —concordó Caroline—. Creo que todo habría sido muy diferente si yo estuviera enamorada de él. Pero como no lo estoy, me quedé fría como un cubo de hielo y ahora sé que él me considera

una idiota.

—John puede pensar lo que quiera. Caroline, querida, nunca hagas nada de lo que puedas arrepentirte más tarde. Cuando te entregues a un hombre, debes hacerlo por libre y espontánea voluntad, y no sólo porque te gustaría dejarlo contento.

Caroline se sentía profundamente desanimada. El viaje, con el cual ella tanto había soñado, se había transformado en una pesadilla, y ahora ella ni siquiera tenía muchas ganas de volver a ver John.

Los días siguientes, ocupó todo su tiempo con el nuevo apartamento. Era exactamente como Amanda había descrito, y Caroline gastó horas planeando los detalles de la decoración. Era una excelente manera de llenar el tiempo, y ella tenía el dinero necesario para comprar lo que quisiera.

Se encontraba diariamente con John y pasaba muchas horas a su lado. Él se mantuvo siempre a una distancia fuera del común, pero como ella misma también estaba distante, no le importó mucho eso. Siempre que Amanda tenía tiempo disponible, él la invitaba para quedarse con ellos, y Amanda advirtió que John se dirigía mucho más a ella en las conversaciones, por lo menos con más frecuencia que en relación a Caroline. Amanda no sabía que hacer, que actitud tomar. Se sentía cómo que estaba robando el lugar de su amiga, y, sin embargo, ambos parecían acomodarse a la situación.

Cuando John volvió a la universidad, Caroline se sintió inconscientemente aliviada. Por lo menos tenía la oportunidad de colocar en orden los pensamientos, sin la necesidad de interrumpirlos para encontrarse con su prometido.

De que manera podría analizar las cosas objetivamente con él a su lado? Una separación era lo mejor para ambos. Dos días después de la partida de John, se cambiaron para al nuevo apartamento. La casa heredada había sido vendida por un precio elevadísimo a un grupo inmobiliario, y fue sólo después de cerrado el negocio que Caroline descubrió que fue adquirida por la Steinbeck Corporation. Ella continuó escribiendo a John como siempre, pero las cartas de él ya no eran tan frecuentes como al inicio. Tenía la seguridad de que él estaba arrepintiéndose tanto como ella del noviazgo. A veces, Caroline pensaba que sería preferible haber puesto punto final en todo antes de que él regresara a la universidad

Después de pasar algunos días en el nuevo apartamento, sintiendo que nada tenía que hacer, Caroline repentinamente decidió hacer un viaje a Grecia. Conocer ese país siempre fue un sueño de infancia y ahora que disponía de medios y libertad para eso no había nada que se lo impidiera. Con la ayuda de Amanda, hizo todos los preparativos, reservando el pasaje con algunos días de anticipación.

En la víspera del viaje, escribió a John, explicándole los motivos del paseo y dándole total libertad, si es que él lo deseaba. Fue una carta difícil de ser escrita, y cada tentativa parecía peor que la anterior. Ella acabo de arrugar la cuarta versión, cuando el teléfono comenzó a sonar. Aún no había conseguido acostumbrarse a ese nuevo lujo y se llevó un susto con el ruido de la campanilla. Se levantó de la silla, cruzó la sala y cogió el teléfono, diciendo apresuradamente el número del aparato.

—¿Quién está hablando? ¿Es la Srta. Sinclair?

Durante un momento, ella fue incapaz de reconocer la voz, pero después pregunto: —¿Es la Sra. Jones?

—Sí, soy yo. Oh, que bueno que la señorita está en casa. Intenté hablar con John, pero no lo conseguí y después recordé que el Sr. Steinbeck había anotado su número en la agenda de él.

—¿Pero que pasa? ¿Sucedió algo?

—Yo recibí una llamada de la Sra. Steinbeck, allá de Boston. Ella intentó hablar con John primero, pero, como no lo consiguió, resolvió conectarse conmigo.

—¿Que significa todo esto? —preguntó Caroline, asustada.

—Es a causa del Sr. Steinbeck, Srta. Sinclair. Él sufrió un accidente automovilístico y está hospitalizado, cerca de la casa de su madre. Caroline sintió que las rodillas le temblaban y se dejó caer al lado del teléfono.

—Él… ¿está muy herido, Sra. Jones?

—La Sra. Steinbeck dijo que tuvo algunos cortes en el rostro y que se lastimo mucho el brazo izquierdo. Aún no saben si hay heridas internas.

—¡Oh, mi Dios, Sra. Jones! —Caroline se oyó apenas.

—Cálmese, Srta. Sinclair. No se preocupe demás. Esas cosas siempre parecen ser mucho más graves de lo que realmente son.

—Señora Jones, no imagina lo que esa noticia me causa.

—Puedo imaginármelo, sí —replicó la vieja señora—. Siempre creí que la señorita estaría mejor con el Sr. Steinbeck. John aún no sabe lo que quiere de la vida.

—Ya que usted está al corriente de todo, ¿podría darme la dirección de la Sra. Steinbeck? —preguntó Caroline, tomando una decisión repentina.

—¿Que es lo que pretende hacer la señorita? —indago, después de que Caroline anotara la dirección.

—Voy a dejar un recado para John, diciéndole lo que sucedió y después reservare mi pasaje para Boston.

—¡Estoy tan contenta, Srta. Sinclair! Y tengo el convencimiento de que al Sr. Steinbeck también le va a gustar mucho verla.

—¿Lo cree de verdad?

—¡Claro! Vi que él cambió mucho durante los últimos meses. Y sabe, yo lo conozco demasiado bien, no me engaña con mucha facilidad.

De repente, Caroline apreció que estaba hablando sobre Adam con la gobernanta y que eso podría no ser de su agrado. Se despidió después de agradecer la información y colgó el teléfono. Durante un momento, se quedó sentada ahí, frente al aparato mirándolo.

Enseguida, comenzó a organizar sus pensamientos. No había nada que pudiera hacer ahora. Era preciso esperar a la mañana siguiente. Sabía que para entrar en Estados Unidos era necesario un permiso de entrada y que sólo podría conseguirlo en la embajada norteamericana. Pero, de momento, podría telefonear al aeropuerto para saber los horarios de los vuelos. Cuando Amanda llegó a casa, encontró a Caroline recorriendo de un lado para el otro el apartamento, inquieta.

—¿Que sucede? —preguntó Amanda—. ¿Estas nerviosa por el viaje de mañana?

Caroline se había olvidado completamente del viaje a Grecia y a causa de eso se quedó mirando a su amiga durante un momento, sin comprender lo que ella quería decir.

—¡Cielos! —exclamó finalmente—. ¡Me olvidé de eso! Voy a tener que cancelar mi reservación!

—¿Cancelar? —Ahora era Amanda quien no comprendía lo que estaba siendo dicho—. ¿Por qué?

Caroline le explicó todo a Amanda.

—¿Y crees que es lo mejor ahora? Quiero decir, no crees que sería mejor esperar un poco y preguntar la opinión de John acerca de todo esto?

—No existe más nada entre John y yo —respondió Caroline—. Yo… estaba intentando escribirle a él sobre eso. Pero ahora tendrá que quedarse para más tarde.

—Está bien, me parece que nada ganaría yo si dijera algo. Ya decidiste lo que vas a hacer, no es así?

Teresa Steinbeck entró en el cuarto que su hijo estaba ocupando en el Hospital Roseberry y sonrió a Adam, que devolvió la sonrisa con mucho afecto.

—¿Y entonces, mi bien? —preguntó ella, cerrando la puerta y dirigiéndose a la cama donde él estaba—. ¿Como te sientes ahora?

—Bien, mejor —respondió, intentando sonreír.

Cualquier movimiento facial le causaba dolores, debido a los puntos que había recibido del lado izquierdo. Su rostro estaba parcialmente cubierto con cortaduras, y su brazo izquierdo también había sido vendado. Entretanto, a pesar de la palidez, su aspecto era bastante bueno.

—¡Perfecto! —Teresa quedó satisfecha.

Cuando ella había recibido la noticia del accidente había estado muy preocupada, pero ahora que los especialistas habían confirmado la ausencia de cualquier herida interna se sentía aliviada.

El accidente fue muy serio. Tres adolescentes perdieron el control de un coche, atravesaron la pista y se estrellaron frontalmente con el coche de Adam. Él había tenido suerte de escapar con vida y sin heridas más serias. Había la posibilidad de que quedara con una gran cicatriz en el rostro, pero eso no era tan grave, ya que podría resolverse con una cirugía plástica.

—¿Tienes noticias de John, mamá? —preguntó Adam—. Espero que no lo hayas llamado a él. No era necesario.

—No digas tonterías. En mi opinión, todo hijo tiene derecho de saber cuando su padre es hospitalizado

—Depende del padre —replicó secamente—. John y yo no hemos tenido mucho que decir uno al otro en los últimos tiempos.

—Para de preocuparte tanto por el chico. Deja que él se preocupe un poco para variar. Eso sólo le hará bien. Él está siendo demasiado egoísta, eso sí. Sólo piensa en sí mismo. Si al menos fuera capaz de traer a esa chica para que yo la conociera antes de comprometerse.

—Mamá, es la vida de él. Deja de dar opiniones cuando no te la piden.

—¿Pero tu no sabías que es exactamente lo que soy? —dijo ella, sonriendo—. Una vieja entrometida.

—No creo eso y tú tampoco —respondió él—. Vamos a dejar eso de lado. ¿Sabes cuando pretenden dejarme salir de aquí?

—Conversé con el doctor y él dijo que, hasta que los puntos fueran retirados, podrías ir a casa. Tuve la impresión de que temen que tengas una reacción posterior en virtud del choque.

—Llevo casi una semana entera aquí dentro —refunfuñó él, suspirando. —Entrar en un lugar de estos es fácil, salir es lo que es complicado. Por eso los hospitales siempre ganan fortunas.

—Bien, vas a quedarte aquí hasta recibir el alta, quieras o no quieras. Oh, Adam, no hagas esa cara de tristeza, finalmente, no existe nada urgente esperando por usted. En Inglaterra, no cuentan con tu vuelta antes del fin de la próxima semana.

—Sí… tienes toda la razón.

Adam desistió de intentar argumentar con ella. No ganaba. Hasta que los puntos fueran retirados, la mejor solución sería quedarse donde estaba.

Cuando Teresa llegó en casa, condiciendo su coche, Liza, la empleada, estaba a su espera en el vestíbulo.

—Hay una chica esperándola señora —informó, preocupada—.

Dijo que su nombre es Srta. Caroline Sinclair y que vino de Inglaterra.

Teresa arqueo las cejas, acordándose de que ya había oído ese nombre antes.

—Sinclair… Sinclair… Caroline Sinclair —murmuró, pensativa—. Creo que fue ese es el nombre que Adam mencionó. La prometida de John… Caroline Sinclair… eso es. ¿John está ahí también, Liza?

—No, señora. Sólo la chica.

—Ah, si. ¿Y donde se encuentra ella?

—En la sala de estar. Yo le ofrecí té, pero ella lo rechazó.

Teresa frunció otra vez el ceño y cruzó el zaguán de entrada en dirección a la sala de estar. Era una situación extraña, inesperada, a no ser, era claro, que John estuviera enfermo y hubiera mandado a la chica en su lugar. En el momento en que Teresa entró en la sala, Caroline se volvió, y Teresa pensó en que nunca había visto una chica tan linda en toda su vida. Su expresión era de extrema tristeza, y Teresa notó que la preocupación aumentaba aún más la belleza de aquel rostro.

—Srta. Sinclair —dijo, cruzando la sala, con la mano extendida.

—Sí, soy yo. —Intercambiaron un saludo de manos—. La señora debe ser la madre de Adam. El parecido es muy grande.

Teresa Steinbeck indicó una butaca a la visitante, donde Caroline se acomodó.

—Muy bien, ¿en que le puedo ser útil? —preguntó Teresa, instalándose en otro asiento frente a la de Caroline—. Por favor, discúlpeme si estuviera equivocada. Pero usted es la prometida de John, ¿no es verdad?

—Por el momento, lo soy sí —Caroline respondió tranquilamente —. Pero antes que la señora me haga cualquier otra pregunta, ¿como está Adam?

—Mi hijo está ingresado en el Hospital Roseberry —informó Teresa, completamente intrigada con la situación y con las palabras de la chica. —Él sufrió algunas heridas en el rostro, y su brazo izquierdo se quedó seriamente lastimado. Fuera de eso, está muy bien. Al contrario de lo que se sospechó al principio, no hubo ningún tipo de herida interna.

—¡Gracias a Dios! —murmuró Caroline, sintiendo que una onda de alivio inundaba su corazón—. Imagino que la señora esta intrigada por la ausencia de John.

—Srta. Sinclair… ¿o puedo llamarla Caroline? —Caroline asintió con un movimiento de cabeza, y ella continuó:

—Estoy en una evidente desventaja en relación a usted. No comprendo el significado de todo esto. Supongo que John se encuentra muy preocupado con la salud de su padre, pero como él obviamente no está a su lado en este momento,

—No, no lo esta. De hecho, imagino que, cuando supo la noticia, debe también haber decidido venir hacia acá. La Sra. Jones no consiguió entrar en contacto con él anoche, cuando usted telefoneo, por eso se comunicó conmigo. Dejé todo lo que intentaba hacer, cogí el primer avión y vine hacia acá inmediatamente. Quería ver a Adam.

—Bien, todo esto es admirable. Supongo que, después de ese largo viaje, usted esté cansada y con hambre.

—Cansada, sí, con hambre, no. Aún así, muchas gracias.

—Sea bienvenida y considérese huésped de la casa durante los días que quiera. Por lo menos, hasta que Adam reciba la alta del hospital. Si John viniera para acá, él también se quedará hospedado aquí.

—Sra. Steinbeck, creo que le debo algunas explicaciones —habló, no sabiendo cómo expresarse y segura de que la madre de Adam debería hallar todo muy extraño.

—Más tarde —dijo Teresa, levantándose de la butaca—. Usted tuvo sus motivos para venir hasta aquí, y, a pesar de estar segura de que están relacionados a mi hijo, creo que sería mejor que usted descansara un poco antes de intentar explicarme la situación. Estoy llegando ahora del hospital, por lo tanto, aún disponemos de algunas horas antes que podamos ir hasta allá otra vez.

Caroline sintió que los ojos se llenaban de lágrimas. La tensión de las últimas horas fue excesiva para sus nervios, y ahora la gentileza de la madre de Adam la dejó aún más vulnerable, y de tal forma que, a pesar de su timidez, comenzó a sollozar convulsivamente, dando paso a las lágrimas.

Teresa se alejó un poco, revolviendo dejarla tranquila. Lo que lloro ciertamente alivio la tensión, dejándola más calmada. Algunos minutos más tarde, Caroline consiguió dominar sus emociones y dijo:

—Por favor, discúlpeme. Normalmente, no me suelo comportar de manera tan dramática. Esto es simplemente porque estoy muy nerviosa.

—No se preocupe, mi bien —Teresa la tranquilizó con una sonrisa —. Yo también me deshice en lágrimas en el momento en que descubrí que las heridas de Adam no eran muy graves. Nosotros las mujeres, somos criaturas extrañas en esas horas. Pero, a propósito, ¿hace cuanto tiempo conoce mi hijo, Caroline?

—Hace seis meses aproximadamente —respondió, medio avergonzada.

—Por lo que Adam me contó, usted y John están juntos desde enero.

—Exacto.

—Por lo tanto, usted conoció Adam antes de comenzar a salir con John —concluyó Teresa.

—Sí.

—Eso explica muchas cosas.

Teresa estaba recordando una visita que Adam le había hecho en noviembre del año anterior. En aquella ocasión, él había mencionado accidentalmente a una chica que había llevado a conocer la casa en Slayford. Sin embargo, no profundizó el asunto, y Teresa tuvo la impresión de que él no había tenido siquiera la intención de referirse a la chica.

Teresa se dio cuenta entonces de que esa actitud era típica de Adam, o sea, no contarle nada. Nunca fue mucho de alardear sus sentimientos en relación a cualquier mujer, y su boda parecía haberlo inmunizado contra cualquier tipo de afecto más serio. La Sra. Steinbeck sonrió y se levantó. Fue en dirección a la puerta y la abrió.

—¡Liza! —llamó—. Muestra el cuarto de huéspedes a la Srta. Sinclair —pidió—. ¿Donde esta el equipaje de ella?

—En la entrada, señora. Quiere que lo lleve a su cuarto. Por aquí, por favor, Srta. Sinclair.

Caroline afirmo con un movimiento de cabeza y se levantó de la asiento. Cuando estuvo cerca de la Sra. Steinbeck, le lanzó una mirada llena de gratitud.

—No sé como agradecerle —dijo.

—Usted es bienvenida aquí, mi bien. Además, me agrada mucho usted y tengo la seguridad de que seremos grandes amigas. —Lanzó una mirada a su reloj—. Son cuatro y media ahora. Usted puede descansar durante algunas horas, después haremos una comida leve antes de que vayamos hacia el hospital.

Caroline se durmió casi que inmediatamente y sólo se despertó cuando Liza fue llamarla a las seis y media.

CAPÍTULO VIII

Cuando Teresa llegó a la sala de estar, vio que Caroline estaba fuera en la terraza y la llamo para que entrara.

—¿Deseas tomar un cherry? —preguntó Teresa—. ¿Consiguió dormir?

—Si gracias acepto, y sí, dormí muy bien —respondió Caroline a las dos preguntas. Enseguida, cogió el vaso que Teresa le ofrecía.

—Ahora me siento mejor.

—Maravilloso. La cena estará dentro de quince minutos. ¿Vamos a sentarnos para que conversemos un poco?

—¿Le gustaría que le explicara la situación?

—Mi querida, confieso que me estoy muriendo de curiosidad.

—Creo que tiene todo el derecho de oír una explicación —replicó Caroline con firmeza.

—Entonces, cuente —dijo Teresa con una sonrisa.

—Bien —comenzó Caroline, jugueteando con el vaso entre los dedos— choqué Adam, por primera vez en noviembre, por mera casualidad, en el ascensor del Edificio Steinbeck. En esa época, yo no tenía la menor idea de quien él era. Yo era una simple mecanógrafa y estaba trabajando desde hacía sólo algunas semanas en la empresa. Cuando descubrí quien era él, eso no pareció hacer diferencia alguna. Para mí, él representaba todo aquello con lo que yo siempre había soñado en un hombre. —Ella enrojeció, y Teresa tomó un trago de su cherry, permitiendo así que Caroline se recuperara otra vez—. Después de algunos días de nuestro primer encuentro, fuimos a Slayford. Inesperadamente, John llegó allá para pasar el fin de semana con una de sus novias. Como se puede imaginar, él no se sintió muy contento de verme ahí y creo que pensó que Adam y yo éramos amantes. Días más tarde, una serie de rumores acerca de Adam y de mi comenzaron a circular dentro de la empresa. Usted sabe como esos rumores pueden perjudicar a las personas, y yo no quería que nuestro amor se transformara en asunto para chismes. Además de eso, Adam era el presidente director de la Steinbeck Corporation, y nunca había ocurrido hasta entonces, con él cosa semejante a eso. Tal vez yo haya sido muy ingenua no sé, pero cuando un muchacho de la oficina me invitó a salir con él, pensé que aceptando, estaría colocando un punto final en todos los rumores y cuchicheos. Cuando Adam volvió y fue a mi apartamento, ya sabía que yo había salido con un muchacho y terminó nuestro romance de un solo golpe. Fue terrible… —Ella interrumpió sus palabras. Sentía la voz insegura. Después de un momento, consiguió recuperar el control nuevamente y prosiguió—: Supongo que la situación debe haber sido muy desagradable para él. Otra vez por mero casualidad me encontré nuevamente con John. Él

me pareció muy simpático esta vez, y creo que debe haber pensado lo mismo respecto de mí. Al comienzo, estuve de acuerdo en salir con él sólo porque era hijo del hombre que yo amaba, así podía mantener un cierto contacto con Adam, sin que él supiera eso, claro. En ocasión de la muerte de mi tía, John me mostró mucha simpatía y comprensión, y acabó pidiéndome que nos casáramos… Él pidió que me casara con él o que por lo menos nos comprometiéramos. Acabé aceptando. Seguramente estaba muy confusa. Sin embargo, el amor que siento por Adam parece tener tan pocas posibilidades… Fui demasiado cobarde para conformarme en soportar todo sola. Además de eso, sabía que si rechazara el pedido de John estaría rompiendo todos los contactos con Adam, y eso es realmente lo que yo no quería. ¿Será usted es digna de entenderme?

Teresa la miraba pensativa. La historia que Caroline había acabado de contarle explicaba todo, y ella estaba convencida de que la chica había dicho sólo la verdad. Todo era demasiado simple para ser mentira. Si ella hubiera inventado esa historia, ciertamente habría imaginado alguna manera más complicada para explicar la conexión con el otro muchacho.

Teresa imaginaba muy bien el dolor que su hijo debía haber sentido con la supuesta traición de Caroline. Y, además de todo, esa chica realmente era muy joven aún.

—¿Cuántos años tienes Caroline? —preguntó repentinamente.

—Dieciocho.

—Que pasará si mi hijo continua rechazando a creer en ti?

—Honestamente, no creo que sería capaz de continuar viviendo sin él. No durante toda la vida. Me siento asustada sólo de pensar en esa posibilidad.

—Yo le agradezco por haberme contado todo, mi bien.

Caroline suspiró, al mismo tiempo en que colocaba el vaso vacío sobre la bandeja.

—Y… que es lo que piensa usted de toda esta historia? —preguntó, armándose de su coraje.

Teresa la encaró con mucha simpatía. Estaba convencida de que esa chica, aunque muy joven, podría venir a ser muy buena compañera para Adam. Y ella quería que su hijo fuera feliz, que tuviera una vida normal al lado de una esposa, de una familia.

—Creo que mi hijo es un hombre extremadamente terco y que usted necesitará esforzarse mucho para que él acepte todo lo que tiene que decirle. Creo también que él tema que su amor por él sea pasajero.

—¿Usted también cree eso?

—No. Usted realmente ama mi hijo.

—Entonces… ¿eso significa que usted no me desaprueba?

—No. De hecho me gustaría mucho que Adam se casara nuevamente, y que esta vez fuera una boda feliz. Su vida al lado de Lidia nunca fue muy buena. Ella era una persona mezquina, incapaz de ver la vida con los parámetros que Adam estaba intentando establecer en aquella época. Y ahora temo que él se juzgue completamente autosuficiente. Y usted, mí querida, está sacudiendo la confianza que él tiene en sí mismo. Me gustaría que fuera bien recibida. Apuesto por usted.

—Muchas gracias. —Caroline sonrió, temblorosa.

Durante la comida, Caroline contó más detalles sobre su historia. Teresa sabía que John era una persona bastante inestable y la noticia del noviazgo la había dejado sorprendida e incluso un poco asombrada, principalmente sabiendo que él daba tanto valor a la libertad. Cuando terminaron la cena, fueron hacia el hospital. Caroline se estaba muriendo de miedo por el encuentro que debería ocurrir dentro de algunos minutos más.

El estilo de construcción del hospital era moderno. Adentro un ascensor las transportó a Caroline y a Teresa hasta el piso donde estaban localizadas las habitaciones privadas en las que Adam había sido ingresado. Caroline se sintió agradecida por la confianza que Teresa le transmitía, presionando su codo con los dedos. Finalmente llegaron a la puerta del cuarto ocupado por Adam, y Teresa se detuvo.

—Ahora, entra ahí —le dijo con mucha firmeza—. Voy a verificar algunas cosas con la enfermera de turno. Prometo no tardarme mucho.

Caroline cerró los ojos durante un rápido momento, pidiendo ayuda Dios.

—¡Oh, Sra. Steinbeck, estoy tan asustada!

—Vamos ánimo. —Teresa abrió la puerta y le dijo—. ¡Buena suerte!

Reuniendo todas sus fuerzas, Caroline entró en el cuarto y cerró la puerta tras de sí Para su sorpresa, la cama estaba vacía y Adam estaba leyendo, sentado en una butaca al lado de la ventana abierta. Él no levantó los ojos inmediatamente, y ella sintió el corazón latir más rápido, al verlo delante de sí, tan familiar, tan querido. Inmediatamente después, él levantó los ojos y la vio. Caroline sintió la sangre subirle a las mejillas.

—Hola, Adam —murmuró—. Es maravilloso poder verlo. ¿Como te sientes?

—Tan bien como podía esperarse en estas circunstancias, como dirían los médicos —respondió él, recuperando la compostura—. ¿Por qué estás aquí? ¿John vino contigo?

—No… Al menos… aún no. —Ella no sabia o que decir—. Yo también recibí el recado de tu madre. Claro que se lo transmití a John y… vine inmediatamente para acá.

—¿Por qué? —La voz de Adam era fría y distante.

—¡¿Por qué?! —Caroline meneo la cabeza, boquiabierta—. ¿Por qué crees? —Ella percibió que su voz no podía ser controlada completamente—. Porque estaba muy preocupada con usted. ¡Porque yo no tenía la más pequeña idea de si las heridas eran graves o no!

—¡Que lindo! Caroline, realmente logras ser una constante sorpresa para mí. ¿Mi madre ya sabe que estás aquí?

—Claro que sí. Fui inmediatamente a la casa de ella hoy en cuanto llegué por la tarde.

—Comprendo. —Obstinadamente, Adam comenzó a mirar por la ventana, y Caroline sintió una profunda rebeldía dentro de ella. Él no podía quedarse indiferente a todo. ¡Simplemente no podía!

—¿Te estás sintiendo bien, Adam? —preguntó, preocupada, aproximándose a él.

Él estaba tenso, mirándola a ella, todo su cuerpo pulsaba de deseo, y tan fuertemente que llegaba a ser casi irresistible.

—No —farfulló, con las defensas totalmente sacudidas por la enfermedad y por la proximidad física de Caroline—. No estoy sintiéndome bien.

Caroline dudó sólo durante un segundo y después lo abrazo, presionando su cuerpo contra el de él.

—Adam —murmuró ella —por favor…

Él se sentía incapaz de resistir a la tentación y buscó los labios de Caroline. Chispas de pasión sellaron la cercanía. Ambos sentían la separación uno del otro. Cuando él la alejó de sí, Caroline no se sorprendió al percibir que había furia en sus ojos. Lo que más la lastimo fue la expresión de ironía.

—Oh, sí, todo esto es bastante divertido, ¿verdad?

—¡Adam, no digas eso!

—¿Que te gustaría que yo dijera? ¿Alguna cosa bien educada, cariñosa? ¿Esperas que me hinque de rodillas a tus pies? ¿Fue por eso que decidiste comprometerte con mi hijo? ¿Para poder crear situaciones de este tipo?

—Adam… yo te amo…

—¡Por favor, no mientas! —exclamó, exasperado.

—¡Pero es la verdad! —Ella lo miraba fijamente. Sus ojos imploraban que creyera en ella

Incapaz de aguantar la situación durante más tiempo, Adam se volvió para el otro lado y se sentó en el sillón. Caroline, profundamente sacudida por sus palabras no tenia la mínima idea de su tormento, no sabía que hacer. Se quedó parada donde estaba, intentando calmarse. Con una sensación de alivio que vio la puerta abrirse para que entrara Teresa.

Los ojos atentos y observadores examinaron rápidamente a

Caroline y enseguida, volvieron a fijarse en Adam. Durante un instante, pareció preocuparse. Con una sonrisa exuberante, ignoró la obvia tensión existente entre los dos y dijo:

—Hola querido. ¿Estas sorprendido con la visita de Caroline?

—Sí. Estoy muy sorprendido —respondió secamente.

—Ustedes dos tienen mucho que hablar —dije Caroline tranquilamente, a pesar de tener la voz un poco trémula—. La espero allá fuera, Sra. Steinbeck. —Caroline caminó en dirección a la puerta.

—Está bien, querida. No voy tardar mucho tiempo. —Teresa esperó un momento, enseguida, miro pensativamente a Adam—. ¿Y entonces, Adam? —preguntó.

—¿Y entonces qué? —replicó, malhumorado.

—Creo que es de lo más obvio —dijo Teresa tranquilamente—. Adam, quiero que me responda una cosa con toda sinceridad. ¿Estás enamorado de esa joven?

—Eso no es de tu incumbencia, mamá —dijo fríamente.

—¡Claro que sí! —Exclamó Teresa—. Eres mi hijo, y yo quiero que seas feliz.

—¿Crees que yo sería feliz con ella? —preguntó irónicamente.

—¡Sí! —respondió Teresa, un tanto irritada—. Por Dios, ¿será que no ves que ella está enamorada de ti? ¿Que fue lo que le dijiste? Estaba tan pálida como un fantasma, cuando entré aquí.

Adam no respondió inmediatamente. No tenía la menor intención de discutir sus asuntos íntimos con su madre. Cualquier cosa que decidiera hacer debería salir exclusivamente de él. Nadie, a no ser él mismo podría tomar cualquier decisión en su nombre propio.

—Creo que ya estoy lo suficientemente grande, mamá, para resolver mis asuntos privados.

—Pero, Adam…

—¿Ya recibiste alguna noticia de John? —Adam la interrumpió.

—No. Aún no tengo noticia alguna. Sin embargo, creo que probablemente él entrará en contacto conmigo hoy en la noche o a lo sumo mañana. No estoy preocupada por eso. Creo que John vendrá sí es que puede.

Tras esas pocas frases, la conversación entre ellos prácticamente cesó. Adam estaba preocupado, absorto además en sus pensamientos, y Teresa, por su parte, estaba furiosa para además poderse mostrar tranquila. Ella sentía mucha pena por Caroline y resolvió abreviar la visita para poder consolar a la chica de alguna forma.

—No crees que deberías estar acostado, hijo? —preguntó por fin, levantándose.

—Todo a su debido tiempo. Pretendo acostarme después de que tú te retires.

Caroline estaba aguardando a la madre de Adam en la sala de espera. Estaba muy pálida y parecía muy distante, lo que hizo que viajaran en silencio durante la mayor parte del camino a casa.

Teresa estaba muy preocupada, tanto por Adam como por Caroline. Cuando llegaron a la casa, un joven descendió corriendo por los escalones de la entrada principal y fue al encuentro de ellas.

—¡Oh! ¡Es John! —exclamó Teresa.

—Hola, amor de mi vida —dije él, besando Teresa en el rostro—. Acabo de llegar y, como Liza me contó que ustedes habían ido al hospital, resolví ir también para allá, para encontrarme con ustedes. Es claro que ahora no es lo más conveniente. ¿Como está papá? ¿Crees que debo visitarlo hoy por la noche?

—En tu lugar, yo no iría allá ahora —Teresa respondió—. Él está inquieto. Perdió mucha sangre, pero deberá estar bien dentro de algunos días. Tuvo algunas heridas en el rostro y en el brazo izquierdo, pero ninguna fue muy seria.

—¡Gracias a Dios! —exclamó John, insistiendo en continuar ignorando la presencia de Caroline—. En ese caso, mejor cancelo el taxi que había llamado.

Él se alejó para hacer eso mientras Teresa y Caroline entraban en la casa. Los nervios de Caroline estaban a flor de la piel. Considerando la manera como John se había comportado, era obvio que los dos aún tendrían una discusión muy seria.

Después de la escena que había tenido con Adam, su única esperanza era quedarse sola, y el simple hecho de saber que no había manera de escapar de la conversación con John aumentaba su malestar.

John entró en el momento en que su abuela salía por el otro lado, y, viendo que estaban a solas con Caroline, finalmente se dirigió a ella.

—Bien, ¿puedes explicarme el significado de todo esto? —pregunto fríamente.

—Lo siento mucho, pero quiero romper nuestro noviazgo, John —dijo, con tranquilidad—. Por favor, no hagas una escena. No seré capaz de aguantar eso hoy. Por favor, ten de vuelta el anillo.

—¿Y cuál es la conclusión que debo entender de esa su breve explicación? ¿Es correcto pensar que mi padre volvió a participar en la competencia?

—No seas tan sarcástico —murmuró.

—¿Entonces, quiere decir que di en el blanco? —preguntó él—. ¡Por Dios, Caroline, creo que estás exagerando en tus intenciones! ¿Que piensas que mis amigos van a decir cuando sepan todo esto? ¡Estás convirtiéndome en la mayor burla del año!

—¿En que petición estoy exagerando? —protestó ella—. Sabías

desde el principio que yo no estaba segura si quería o no casarme contigo.

—Estás confundida si piensas que voy a estar de acuerdo con el rompimiento de nuestro noviazgo —respondió.

—¿Y que harás para impedirlo? —pregunto ella. Y sin esperar que él respondiera, continuó: —¿Donde estabas la pasada noche, cuando tu abuela estaba desesperada intentando entrar en contacto contigo? Estabas curando tu orgullo masculino, al lado de alguna chica? A fin de cuentas, como tú dices, no estás acostumbrado a ser rechazado en tus avances. Es mejor que consideremos este asunto concluido —dijo abruptamente, entregándole el anillo, cuando advirtió que Teresa regresaba.

—La limonada es una de las bebidas más refrescantes que existen. Además de eso, sirve también para calmar los nervios —Teresa comentó, depositando una bandeja con refrescos sobre una mesa—. ¿Aceptas un vaso, Caroline?

—Sí, gracias —respondió y fue sentarse cerca de la puerta.

John también aceptó un vaso y se sentó, intratable en una de los sillones. Él estaba realmente enfurecido. Todo lo que Caroline le había dicho era verdad. Todo parecía indicar que nada podría ocurrir entre ambos, y él continuaba profundamente ofendido por el hecho de ella abiertamente daba preferencia a su padre.

Caroline se sentía totalmente vacía por dentro. Estaba contenta por haber resuelto los problemas pendientes entre ella y John, pero ahora no había nada más que hacer. No había siquiera un motivo para permanecer más tiempo en aquella casa. Adam la despreciaba profundamente, y ya no era más la prometida de John.

Después de terminar de tomar la limonada, Caroline pidió permiso para retirarse. Teresa se mostró muy comprensiva y estuvo de acuerdo diciendo que una noche buen descanso la haría probablemente sentirse bien. Cuando Caroline llegó a su cuarto, pensó en tomar un avión de vuelta para Londres al día siguiente. Quedarse más tiempo ahí sólo serviría para hacer las despedidas aún más dolorosas para ella, a quien le gustaba sinceramente la madre de Adam.

Ella no quería de manera alguna, acabar envolverse por lazos más profundos con la señora. Caroline sintió ganas de caminar, de salir un poco de la casa. La playa estaba muy cerca, y en caso de que lloviese, podría volver corriendo. Cogiendo una chaqueta, salió del cuarto y bajo las escaleras, intentando hacer el mínimo ruido posible. Pudo oír las voces de John y su abuela conversando en la sala e imaginó si no habría una manera de salir sin que ellos la vieran.

Salió en el momento en que Liza apareció, venia de la cocina, y

caminó en dirección a la playa, no encontrando a nadie durante su recorrido. Cruzó la carretera que pasaba por el bordo superior de la pendiente y llegó a la encontrar un camino cubierto de follaje que llevaba hasta la playa. Dos promontorios, uno de cada lado, limitaban el sendero, cuya arena parecía ser muy blanca y limpia. Caroline se sintió reanimada con el olor del mar y comenzó a descender lentamente por la orilla no muy segura.

Parecía no haber otro camino. Cogiéndose cuidadosamente de las ramas y enterrando los talones en el suelo arenoso para poder equilibrarse mejor, consiguió descender con bastante facilidad.

A seis metros aproximadamente, de la playa, advirtió que la costa cubierta de follaje acababa ahí y que el resto era un barranco de piedra. Horrorizada, Caroline permaneció exactamente donde estaba. Allá en la cima, era imposible ver el barranco y se calmo. Envuelta en sus pensamientos, Caroline pisó en falso y acabó cayendo en la arena. Cuando se recobró del susto, entró en pánico, pues no sabía como podría subir por el litoral y llegar a la carretera nuevamente. Suspiró, sin saber que hacer. Tal vez fuera mejor quedarse ahí mismo, hasta que alguien la encontrara. Luego enseguida, le vino otro pensamiento, mucho más aterrador: nadie sabía que ella había decidió salir a pasear. Nadie se daría cuenta de su ausencia antes del desayuno.

De repente, comenzó a sentirse asustada. Había poquísimas probabilidades de que alguien pasara por ahí durante la noche. Además de eso, la tempestad que estaba empezando a caer evidentemente impediría el acceso de otras personas a la playa. Si por lo menos ella hubiera avisado a alguien que pretendía salir a dar un paseo, en vez de comportarse como una pequeña idiota!

De repente, sintió la primera gota de lluvia y simultáneamente oyó el fuerte estruendo de un trueno. La tempestad estaba comenzando a caer. Desesperada, miró alrededor, con la esperanza de encontrar un lugar donde pudiera abrigarse, pero no consiguió descubrir nada. Sintiéndose tremendamente perdida, se recostó en la pared de piedra, en una tentativa fallida de permanecer seca. El resplandor de un relámpago iluminó la playa, siguiendo luego un trueno amenazador.

Era difícil evitar que las lágrimas brotasen de sus ojos, sin embargo ella se negaba a permitir que eso sucediera. Solamente ella era culpable por la estúpida situación en la que se encontraba y sólo a ella debía buscar la mejor solución, Caroline apreció que la arena bajo sus pies era húmeda, firme y no completamente blanca. Eso sólo podía significar una cosa: cuando la marea subía, el mar inundaba toda la playa. El miedo le causó náuseas. Oh, si no hubiera decido salir de la casa! Cuánto tiempo sería el que aún le restaba antes de la llegada de la marea alta?

CAPÍTULO IX

En la sala, Teresa Steinbeck consultó el reloj de pulso Eran casi las diez de la noche, ella bostezó, adormilada.

—Querido —dijo ella, mirando a John —estoy exhausta. Fue un día repleto de acontecimientos.

—Y que lo digas! —exclamó, malhumorado—. Creo que voy a dormir también.

—Caroline debe haber decidido irse a dormir —dijo Teresa casualmente—. Qué tristeza, creo que será mejor no perturbarla ahora. Ella también tuvo un día muy difícil.

John no respondió. Tanto él como su abuela habían hecho todos los arreglos necesarios para aclarar el asunto durante más de una hora, y no tenía la menor intención de discutir ahora. Estaba pensando en irse a dormir y dejar las explicaciones para la mañana siguiente.

Teresa se levantó, apreciando el silencio prolongado de John en relación a su prometida y prefirió no hacer comentario alguno a ese respecto. Si él y Caroline habían resuelto romper el noviazgo, ella ciertamente sería informada de eso a su debido tiempo.

Entonces, de pronto, el teléfono del recibidor comenzó a sonar insistentemente.

Teresa se asustó.

—¡Cielos! —exclamó ella—. ¿Quién será a esta hora de la noche?

—Es el Sr. Adam, señora —dijo Liza, cogiendo el teléfono en la mano. —Él desea hablar con la Srta. Caroline.

—¿Ahora? —inquirió, cogiendo el auricular—. ¿Adam, estás jugando o qué?

—No, mamá, no estoy jugando —Adam respondió con voz tranquila—. Quiero sólo conversar con Caroline.

—Está bien, querido, ya que insistes… —Teresa levantó los hombros, mirando a John con un aire de indecisión, mientras Liza parecía preocupada.

—¿La Srta. Sinclair ya regresó? —preguntó Liza, con la familiaridad de una antigua empleada.

—¿Que quieres decir con eso, Liza? La Srta. Sinclair se fue a dormir hace más de una hora.

Teresa declaró con sorpresa.

—No, señora —objetó Liza, con la voz tranquila y apaciguante—. Yo misma la vi salir, no hace ni una hora. Estoy segura de que ella aún no regresa.

—¿Y ella llevaba algún equipaje, Liza? —preguntó John.

—No vi ningún equipaje —dijo Liza, intentando recordar mejor—. Pero no estoy segura.

—Sube corriendo y verifica —pidió Teresa, cada vez más agitada

—. ¡Vamos, corre, John!

—¿Que es lo que está ocurriendo ahí? —quiso saber Adam. —Caroline está o no?

—Bien, no tengo la seguridad —respondió Teresa, sin saber el modo correcto para continuar la frase.

—¿Que significa todo eso? —gritó él, del otro lado de la línea.

—Bien… parece que ella resolvió salir hace más o menos una hora —explicó Teresa—. Quieres decir, no la vimos cuando salió. John llegó, y nosotros estábamos conversando en la sala. Solamente Liza lo vio, por casualidad, que ella estaba saliendo de aquí.

—¿Y Caroline no dijo para donde iba, mamá? —preguntó Adam.

—No. Liza no llegó ni siquiera a hablar con ella. John acaba de subir para ver si las ropas de ella aún están en el cuarto —informó Teresa.

—Sus ropas están todas ahí —John habló, bajando las escaleras—. ¿Donde será que ella se metió?

—Quiero hablar con John —pidió Adam.

—Hola, papá, ¿como estás?

—Vamos a dejar eso de lado —refunfuñó Adam—. ¿Que está sucediendo?

—Bien, creo que no hace diferencia alguna si te enteras de todo ahora. Ella rompió nuestro noviazgo. Tuvimos una discusión bastante fea, y el resultado fue este.

—¿Entonces ese es el motivo por el que fuiste a ver si las ropas de ella aún están ahí? ¿Pensabas que ella se hubiera ido sin avisar nadie?

—Sí, yo pensé en eso… Oh, papá, ella puede haber salido para dar un paseo.

—¿Con esta tempestad? —Adam dijo, escéptico—. Si alguna cosa le hubiera sucedido a ella… —Su voz desapareció en ese momento, y la conexión se extinguió.

John colocó el auricular en el gancho y encaró a su abuela, pidiendo ayuda. Ella había oído el desarrollo de la conversación entre padre e hijo y estaba arrinconada ahora en la puerta de la sala.

—Bien, ¿entonces no había nada más que la detuviera en esta casa?

—Estás olvidando a mi padre —murmuró John.

—Si piensas que ella y Adam se reconciliaron, estás completamente equivocado —Teresa dijo.

—Pero, entonces… por qué… —él comenzó a decir, sin comprender del todo la situación.

—¿Por qué ella resolvió romper el noviazgo contigo? En mi opinión, debe haber llegado a la conclusión de que no podía casarse contigo, estando enamorada de tu padre. Una situación de esas nunca puede ser correcta.

—Creo que de cierta manera me siento responsable, quiero decir, si es que ella salió de aquí por algún motivo relacionado con algo que sucedió entre nosotros dos.

—¡No piense en una cosa de esas, John! —exclamó Teresa, sintiendo un escalofrío—. Cielos, es posible que ella esté buscando esconderse de la lluvia en algún lugar por ahí. ¿Pero donde?

—¿Donde? Es la gran pregunta de la noche. Bien, será mejor que yo salga por ahí y vea si consigo encontrarla en algún lugar. Y es posible que haya resuelto volver al hospital.

—Y poco probable. ¿Crees que su padre habría telefoneado si ella estuviera allá?

En ese ínterin, John fuera recoger un impermeable. Mientras lo abrochaba, intentaba no imaginar lo que sucedería si encontrara a Caroline herida o… peor aún. Él que de entre todas las personas, debería haber mostrado mayor consideración por su estado altamente emotivo había hecho exactamente lo opuesto, había peleado con ella.

—Yo debí haber avisado a la señora cuando vi a la chica saliendo —Liza dijo, muy preocupada.

—No se preocupe con eso —la tranquilizó Teresa—. Usted no podía saber de todas las circunstancias. Va a ver que no hay problema alguno, Liza. Tengo la certeza de que vamos a encontrarla dentro de poco tiempo.

—¿Por que no hechas una mirada en la playa, John? —sugirió Teresa de pronto—. Sería la cosa más natural del mundo si ella se sintiera atraída por el mar. La vista desde aquí arriba es muy llamativa.

—No hay posibilidad alguna. ¿Además de eso, como ella haría para descender el barranco de piedra?

—El cartel no es visible de todos los puntos de la carretera —argumentó Teresa, irritada—. Yo siempre digo que ese lugar es muy peligroso. En cuanto a descender hasta la playa, esto no es muy difícil, ella puede haber resbalado y caído, como ya sucedió con muchas otras personas antes de ella.

—Tu versión para el caso es un trozo melodramática, ¿no, abuela? —indagó él.

—¡Oh, mi Dios! —exclamó Teresa, impaciente—. No te quedes ahí discutiendo. Ve a buscarla.

—¿No crees que sería bueno llamar a la policía? —preguntó, pensativo, junto antes de salir.

—No, no creo que sea la mejor solución —respondió Teresa, exasperada—. ¿Y que diremos a la policía? ¿Que una chica, nuestra huésped, salió hacia a dar un paseo y aún no vuelve? ¿No me parece motivo para llamar la policía, no lo crees? ¿O tal vez prefieras decir a la policía que tenemos miedo de que ella se haya suicidado?

—Está bien, está bien. Fue sólo una pregunta —murmuró él, abriendo la puerta.

En ese momento, se oyó el sonido de neumáticos frenando delante de la casa y Teresa se llevó la mano a la boca.

—¡Es la policía! —exclamó ella, apenas percibiendo lo que estaba ocurriendo delante de su casa.

Se oyó el sonido de pasos subiendo apresuradamente por los escalones de la escalera e inmediatamente enseguida, Adam entró, vistiendo un abrigo oscuro, los cabellos mojados por el agua de la lluvia. Con una exclamación de alivio, Teresa corrió en su dirección y lo abrazó.

—¡Oh, Adam! Estoy feliz por que hayas venido. ¡Estamos tan preocupados! ¿Como conseguiste que te dejaran salir del hospital?

—Ellos no me dejaron salir. Tuve que suscribir un término de responsabilidad —respondió secamente, mirando hacia su hijo—. Me parece que vosotros aún no consiguieron encontrarla, ¿correcto?

—Yo iba a salir ahora a buscarla —John intervino.

—¿Y por donde pensaste en comenzar a buscarla? —preguntó Adam objetivamente, levantando el cuello de su abrigo, mientras su madre se alejaba de él—. Hay un taxi esperando ahí fuera. Tal vez fuera bueno que aprovechemos ese coche. Está lloviendo mucho.

—Bien, la abuela sugirió que comenzáramos por la playa —dijo John—. Crees que vale la pena ir hasta allá?

—¿Por qué la playa? —quiso saber, mirando a su madre.

—Caroline estaba en un estado de depresión muy grande —explicó ella. —Cuando salimos del hospital, hoy por la tarde, ella parecía estar muy trastornada y…

—Continúa —Adam ordenó.

Teresa levantó los hombros, en un gesto significativo.

—Tengo la seguridad de que sabes muy bien lo que temo, verdad?

—¿Quieres decir suicidio? No creo en esa hipótesis. Otras personas podrían haber pensado en eso, pero no Caroline.

—Tal vez yo sea hipersensible —dijo ella.

—Tal vez —afirmó Adam, pero en su rostro había ahora una expresión preocupada, tensa. Tomando una decisión rápidamente, continuó—: Muy bien, vamos a buscar primero en la playa. ¿Que hora es ahora? La marea alta recubre siempre toda la playa. Si ella estuviera allá cuando la marea subiera, poco importarían las intenciones de ella de salir de aquí. Será bueno que llevemos una cuerda.

—Abuela, ¿tienes una cuerda en casa? —preguntó John.

—Debo tener una en el patio.

—¡Ve a recogerla deprisa, mamá, no tenemos mucho tiempo a perder! —Adam dijo, cada vez más impaciente.

Caroline ya había perdido el valor hacía algún tiempo y no estaba histérica gracias su fuerza de voluntad. La marea subía rápidamente y no llevaría mucho tiempo para cubrir también el pequeño tramo de arena donde ella se encontraba. Pequeños riachuelos y lagunas estaban formándose a su alrededor, y ella presionaba el cuerpo contra la piedra, como se tuviera esperanzas de que ella cediera, salvándole la vida. Había gritado sin parar durante mucho tiempo, y ahora ya estaba prácticamente sin voz.

Sabía que no ganaría nada si continuaba gritando, pues nadie pasaba por la carretera allá arriba, pero sentía una gran necesidad de tener la seguridad de no estar perdiendo cualquier oportunidad de salvarse, por menor que fuera. Comenzó a preguntarse a sí misma si el agua llegaría la una altura suficiente para ahogarla. La fuerza del agua golpeando en las charcas podría ser tan grande que ella acabaría siendo derribada, y el resultado sería exactamente el mismo.

Ella sabía nadar, pero no contra una marea que probablemente la lanzaría contra las rocas, además de eso, los promontorios de ambos lados eran demasiado grandes, imposibilitando cualquier tentativa de rodearlos a nado. Y aún si no hubiera fuertes corrientes marítimas ahí, que existiría además de los promontorios? Tal vez otra secuencia de piedras, impidiendo así su regreso a donde se encontraba. La tempestad había pasado, pero una lluvia fina continuaba cayendo sin parar. Hacía frío, pero el frío interior era mayor aún.

Caroline oyó un coche aproximándose y pensó que estaba imaginando cosas. Los faros iluminaron la caleta, y el coche se estacionó. Ella no creía lo que vía e, inmediatamente enseguida, entró en pánico, pues sintió las primeras olas que llegaban a sus tobillos. Como en un sueño, oyó voces de hombres descendiendo del coche, conversando. Reunió toda la energía de la cual aún disponía y comenzó a gritar, en el más elevado volumen posible:

—¡Socorro, por favor, socorro! —Las lágrimas escurrían por su rostro.

Ellos la oyeron, y, mirando por encima, ella pudo reconocer las siluetas de dos hombres delineadas contra los faros del coche.

—¡Caroline! —gritó alguien. Era la voz de Adam. Ella seguramente estaba soñando. En aquel instante, él debería estar durmiendo en el hospital.

—Adam —ella llamó, la voz perdiendo cada vez más la intensidad —. ¡Estoy aquí abajo!

Hubo un momento de silencio, y después él respondió:

—Está todo bien, querida. Aguanta un poco más. Minutos más tarde, los minutos más largos de la vida de Caroline, un lazo hecho con una cuerda llegó donde ella estaba. Caroline lo agarró con los

dedos helados y trémulos.

—Ahora, colócalo en tu cintura —Adam ordenó—. Es un nudo corredizo y va a apretar cuando comencemos a tirar para arriba. Intenta cogerte de la cuerda, para que tu peso no haga que el nudo quede aún más apretado, entendiste? Así que cuando estés en la parte cubierta de pasto, podrás andar normalmente, usando la cuerda sólo como apoyo.

—Está bien, Adam —dijo ella, con voz ronca, y hizo todo exactamente como él había mandado.

La cuerda era fuerte y resistente, y un minuto fue suficiente para que ella pudiera subir. Apenas podía creer cuando apreció que estaba otra vez en la orilla del acantilado. La apariencia de Caroline era lamentable, estaba mojada y sucia, con los cabellos mojados, pegados al rostro, los ojos exageradamente abiertos y aún espantados. John soltó el nudo que aún pendía de la cuerda en su cintura y la encaró, avergonzado, pero Caroline sólo tenía ojos para Adam.

—Caroline —Adam murmuró—. Eres una chica loca. —Y extendió sus brazos hacia ella, sin importarle el hecho de que estuviera toda mojada, presionándola contra su pecho ancho y calentándola un poco con el calor propio de su cuerpo. Su brazo herido fue olvidado y tanto el conductor del taxi cuanto John se alejaron discretamente.

Caroline estaba abrazada al hombre que amaba. Había valido la pena sentir todo aquel miedo durante la última hora, sólo por la sensación de estar en los brazos de Adam, sabiendo que a él le importaba ella.

—Viniste —ella susurró, sofocada—. Viniste.

—Claro que vine. Por Dios, Caroline, prométeme que nunca más vas a hacer una cosa como esta. Casi enloquecí de tanta preocupación.

Caroline no respondió, simplemente apretó aún más su cuerpo al cuerpo de él. Enseguida, Adam la alejó de sí con pena y la llevó hasta el coche.

—Estás completamente empapada —habló tiernamente.

Inmediatamente después, llegaban a la casa de los Steinbeck, Adam, ignorando el fuerte dolor en su brazo izquierdo, insistió en cargarla hasta su cuarto. Caroline protestó, diciendo que podía andar, pero él simplemente hizo oídos sordos a sus palabras.

En la puerta de entrada, estaba Teresa, pálida, pero aliviada. Ordenó a Liza que los acompañara para preparar un buen baño caliente a la Srta. Caroline, Adam la dejó en su dormitorio y ordenó;

—Muy bien, ahora quítate la ropa.

Imaginando que él pretendía supervisar su baño, Caroline comenzó a desabotonar la chaqueta. En ese momento, dijo Adam:

—Vuelvo más tarde. —Los ojos oscuros no permitían que ella adivinara sus pensamientos. Al salir, cerró la puerta, dejándola sola.

Caroline sintió un placer enorme, mientras su cuerpo se relajaba. Después de aquella extenuante aventura, el baño actuó como un bálsamo sobre su cuerpo dolorido. Enseguida, Liza la ayudó a ir hacia la cama. Poco tiempo después de salir Liza, Caroline oyó un leve llamado en la puerta, y su corazón comenzó a palpitar más rápidamente.

—Pase —dijo ella, con la voz tensa de expectativa, quedándose un poco decepcionada cuando Teresa apareció. Esta se aproximó a la cama, mirando tiernamente a Caroline. Era maravilloso poder ver aquella chica allí, finalmente sana y salva.

—¡Querida, que susto nos dio! —exclamó, sentándose en el borde de la cama—. ¿Que la llevó a hacer una cosa así?

—Siento muchísimo si les causé preocupaciones —se disculpó—. Pero, realmente, no era esa mi intención.

—¿Usted no vio el cartel avisando que la playa es muy peligrosa? — preguntó Teresa.

—¿Que cartel? No vi nada. Ya era noche, y no debo haberlo notado.

—¡Gracias Dios, ahora está salva! Siempre estuve a favor de que colocaran una cerca del otro lado de la carretera, pero generalmente el cartel es suficiente para impedir que personas extrañas desciendan hasta la playa.

—¡Soy realmente una tonta! —Caroline dijo, suspirando—. Esto todo no debería haber pasado.

—Tampoco fue tan trágico —protestó Teresa con una sonrisa—. Los accidentes son comunes. Pero estoy extremadamente feliz en saber que no le sucedió nada más grave.

—Es muy bondadosa. Nunca podré agradecerle lo que hizo por mí.

—¡Tonterías! —exclamó Teresa—. Además de eso, ¡todas las cosas siempre tienen algún fin! Tal vez haya un lado bueno en todo esto. Tal vez haya hecho a alguien percibir ciertas cosas.

—Hay algo que no entendí. ¿Como Adam estaba entre las personas que fueron a buscarme? —preguntó repentinamente.

—Él firmó un término de responsabilidad en el hospital — respondió Teresa, meneando la cabeza—. Estaba muy preocupado. Nunca lo vi así tan perturbado.

Cuando Teresa se fue, Caroline se reclinó en las almohadas, reviviendo otra vez los momentos en que Adam la encontró. Después, resolvió ser lógica y desterró los recuerdos de su memoria.

Súbitamente, Caroline levantó los ojos y vio a Adam, recargado en el marco de la puerta, observándola tranquilamente. Ella enrojeció. La proximidad física de ese hombre siempre la dejaba turbada. Cuando él se aproximó más, pudo percibir que había pasión y afecto en sus ojos. La excitación de Caroline aumentó.

—Siento mucho haber causado tantas complicaciones —murmuró ella suavemente—. Actué como una tonta.

Él se limitó a sonreír y no la contradijo.

—¿Será que no tendrás problemas por haber salido del hospital? —preguntó, preocupada—. Finalmente, no llegaron a retirar los puntos, ¿verdad?

—Puedes quedarte tranquila, no habrá problemas. Voy a dormir aquí esta noche y mañana volveré para allá.

—¿Tienes la certeza de que no habrá mas problemas? —preguntó, sintiéndose culpable por cualquier trastorno que sucediera al hombre que amaba.

—Dudo que haya cualquier otro problema —él respondió, sin dar mucha importancia a la posibilidad—. A fin de cuentas, no sé si lo sabes, pero formo parte de la dirección de aquel hospital.

—¡Oh! —Caroline se sintió tonta otra vez. Ella debería haber imaginado que personas del tipo de Adam Steinbeck no tenían necesidad de comportarse según los patrones normales.

—¿Y como te sientes ahora? Espero que no tengas un resfriado. Tuviste suerte de que nosotros te encontráramos inmediatamente. Quince minutos más tarde, la marea estaría muy alta.

—Lo sé —respondió ella, con un escalofrío—. Estaba asusta.

—Y con toda la razón —dijo él objetivamente—. Esa playa es extremadamente peligrosa. Por eso es por lo que nadie la usa. Mi madre dijo que usted no vio el cartel de aviso.

—Pues si, no lo vi. Oh, Adam, como descubriste que yo había desaparecido?

—Por suerte, te telefoneé, más o menos, las diez de la noche, y fue así que descubrieron que usted no estaba donde debería estar. Liza vio cuando salió de casa, pero obviamente no halló nada de extraordinario en eso.

—Entonces ella me vio. —Caroline suspiró—. Yo no estaba queriendo tomar ninguna actitud drástica, como su madre pensó. Quería simplemente estar sola para pensar. John y yo… bien, tuvimos una pelea muy seria, ¿sabes?

—Sí. Él ya me contó. Fue a causa de esa pelea que mi madre se quedó tan preocupada por ti.

—Ella es una mujer muy simpática y comprensiva —dijo Caroline, con una leve sonrisa en los labios—. Creo que le gusto a ella.

—Yo también lo creo —estuvo de acuerdo Adam, con la mayor naturalidad del mundo—. De hecho, es muy bueno que ella te guste a ti, ya que va a ser tu suegra.

—¿Que, que es lo que dices? —Caroline no consiguió creer en lo que acababa de oír.

—Quiero saber si estás dispuesta a casarte conmigo —dijo Adam,

muy tranquilo—. Te necesito a mi lado.

Caroline cerró los ojos, incapaz de responder.

—Fue por eso que telefoneé del hospital —continuó, tomándole tiernamente las manos—. Quería decirte inmediatamente que llegué a esa conclusión.

—¡Oh, Adam! —ella exclamó—. ¡Apenas puedo creer que eso sea verdad!

Entonces, él se inclinó y la atrajo a sus brazos.

—En ese caso, voy a tener que probar mi sinceridad —murmuró él con voz ronca, su boca encontrando la de ella en un largo y ardiente beso.

Caroline colocó los brazos en torno al cuello de él, y Adam notó que la camiseta apenas le cubría el cuerpo y que sería muy fácil perder el control.

—¿Cuando quieres casarte conmigo? —preguntó él. —Va a tener que ser pronto. Así que debo conseguir los documentos necesarios.

—¡Oh, sí, lo más rápidamente posible! —ella exclamó, con el rostro enrojecido de emoción—. Oh, querido ¿crees que te amo verdad?

—Claro que lo creo. Estoy muy feliz por que no hayas renunciado completamente a mí. Estoy feliz por que viniste hasta aquí.

—Adam… y ¿sobre la historia con Mark Davidson?

—Esta noche, llegué a la conclusión de que te necesito. No importan cuáles sean las consecuencias —él habló con toda sinceridad, besando suavemente la mano de Caroline—. Sin embargo, ahora eso importa poco, mientras estabas tomando tu baño, mi madre me contó lo que realmente sucedió.

—Si me hubieras dejado explicar lo que había sucedido desde el inicio…

—Lo sé. Pero los celos son una cosa terrible.

—¡Es verdad! Y ¡fuiste tan terco!

—A causa de esa terquedad perdimos mucho tiempo, pero ahora prometo que eso no se repetirá.

—¡Estoy tan contenta, Adam! Soy la mujer más feliz del mundo —susurró.

—También yo soy muy feliz, querida.

Y se besaron una vez más.